CAUTIVA



NADIE LA BUSCA. NADIE LA OYE.

ELENA ROBLES

CAUTIVA

Elena Robles

Copyright © 2025 Elena Robles

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo—sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o localidades es pura coincidencia.

CONTENTS

Title Page
Copyright
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 1

La Última Vez

El sobre estaba metido entre los libros de cálculo cuando Abril abrió su casillero. Manila. Sin remitente. Su nombre escrito en mayúsculas con marcador negro.

No debería estar ahí. Los casilleros se cerraban con combinación. Solo ella conocía los números.

Sus dedos temblaron al rasgar el papel.

La Polaroid cayó primero. Lucía. Demacrada, con un ojo morado que se extendía hasta la sien. Sostenía el periódico de ayer—Abril reconoció el titular sobre las elecciones municipales. El cabello oscuro de Lucía, antes brillante, colgaba grasiento sobre sus hombros. Había perdido peso. Mucho peso.

Pero lo peor eran sus ojos. El terror crudo en ellos.

La nota venía doblada debajo:

Estoy viva. Cerca. Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano. Él lo sabe todo de ellos. Encuéntrame tú. Silencio o muerte.

La letra era de Lucía—las aes con el pequeño bucle que hacía, la forma en que cruzaba lastes—pero temblaba. Palabras torcidas sobre el papel barato.

Abril cerró el casillero. El pasillo del instituto hervía con estudiantes camino a clase. Risas. Conversaciones sobre el examen de química. Alguien gritó algo sobre el partido de fútbol del viernes.

Nadie notó que Abril Mendoza había dejado de respirar.

Guardó el sobre en el fondo de su mochila. Caminó al baño más cercano. Se encerró en el último cubículo. Se sentó en el inodoro cerrado y miró la foto.

Seis meses. Seis meses desde que Lucía desapareció.

Seis meses desde la última vez que se hablaron.

La última vez había sido una noche de abril, en el auto de Abril estacionado frente al parque. Lucía había estado llorando. Abril recordaba cada palabra de esa conversación porque las había repetido en su cabeza mil veces.

"No puedo más con esto," había dicho Lucía, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. "Escondernos. Pretender que solo somos amigas."

"Ya lo hablamos."

"No, tú lo decidiste. Yo solo... acepté."

El auto olía a los cigarrillos que Abril fumaba a escondidas. Había uno a medio fumar en el cenicero.

"Mis padres no lo entenderían," dijo Abril. "El instituto sería un infierno. Todo el mundo—"

"Todo el mundo qué, Abril? ¿Sabría que nos amamos? Qué horror."

"No es tan simple."

"Para ti. Para ti no es simple." Lucía se había volteado en el asiento, mirándola directamente. "Yo ya se lo dije a mi mamá. Está bien con eso."

"Tu mamá apenas está en casa."

Fue cruel. Abril lo supo en el momento en que las palabras salieron. La mamá de Lucía trabajaba turnos dobles en el hospital. Su papá era un alcohólico funcional que no funcionaba tanto. Su hermano Daniel tenía nueve años y pasaba más tiempo solo que con adultos.

"Vete a la mierda," susurró Lucía.

"Lucía—"

"No. Ya terminé." Abrió la puerta del auto. "Terminé con esconderme. Terminé con sentirme como algo sucio que tienes que ocultar. Y terminé contigo."

"Estás siendo dramática."

"Y tú estás siendo cobarde."

Lucía bajó del auto. Abril la vio alejarse caminando, con los brazos cruzados sobre el pecho. No la siguió. No bajó la ventanilla para gritarle que volviera. No envió un mensaje después.

Al día siguiente, Lucía no llegó a casa del instituto.

La policía preguntó si había estado deprimida, si había mencionado hacerse daño, si tenía problemas. Abril dijo que no sabía. Que habían tenido una pelea tonta y que no habían hablado mucho últimamente.

Mintió.

Todos mintieron sobre algo, supuso. Los padres de Lucía mintieron sobre qué tan grave era el alcoholismo del padre. Los amigos mintieron sobre no saber nada. El instituto mintió sobre qué tan bien supervisaban a los estudiantes.

Abril mintió sobre amar a Lucía Romero.

Y ahora Lucía estaba viva. Cautiva. Cerca.

Abril vomitó en el inodoro. Comida a medio digerir, bilis, nada. Siguió con arcadas secas hasta que le dolieron las costillas.

Cuando finalmente pudo pararse, se lavó la cara en el lavabo. En el espejo, su reflejo se veía pálido. Tenía dieciséis años pero las ojeras la hacían parecer mayor.

Sacó el teléfono. Sus dedos se movieron hacia el ícono de llamadas. Policía. Emergencias. Sus padres.

Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano.

Guardó el teléfono.

La campana sonó. Segunda clase. Historia Mundial. Abril no se movió.

Alguien entró al baño. Dos chicas riendo sobre algo. Abril esperó en el cubículo hasta que se fueron. Luego salió, caminó al estacionamiento, subió a su auto.

Manejó a casa aunque era mediodía de martes. Sus padres estaban trabajando. La casa estaba vacía.

Se sentó en su cama con la foto de Lucía en las manos.

Encuéntrame tú.

Abril abrió la laptop. Empezó a escribir todo lo que recordaba sobre el día que Lucía desapareció. Cada detalle. Cada persona que podría haber tenido acceso a su casillero del instituto.

La lista era larga.

Su teléfono vibró. Mensaje de su mamá: *¿Todo bien en el instituto?*

Abril escribió: *Sí. Todo bien.*

Mentira número mil.

Miró la foto de nuevo. El ojo morado de Lucía. Su delgadez. El periódico de ayer.

Viva. Cerca.

Abril cerró los ojos y vio a Lucía alejándose esa noche, con los brazos cruzados, vulnerable. La había dejado ir. No la siguió.

Abrió los ojos.

No volvería a cometer el mismo error.

CAPÍTULO 2

El Día Cero

La llamada llegó a las 7:43 PM.

Detective Marta Solís estaba en su tercer whisky cuando el teléfono vibró en la barra. El nombre del comisario parpadeó en la pantalla. Marta consideró no contestar. Eran casi las ocho de la noche de un martes y técnicamente había terminado su turno cuatro horas atrás.

Contestó de todos modos.

"Solís."

"Tenemos una menor desaparecida. Lucía Romero, diecisiete años. No llegó a casa del instituto."

Marta dejó el vaso. "¿Cuánto tiempo?"

"Unas cinco horas. La madre acaba de llegar del trabajo y el padre dice que nunca llegó."

"Cinco horas no es—"

"La chica nunca se retrasa. Sin historial de fugas. La madre está insistiendo."

Marta conocía esa insistencia. La había oído antes en las voces de padres que sabían, en algún nivel profundo e instintivo, que algo estaba mal. A veces tenían razón. A veces era solo pánico prematuro.

"Dame la dirección."

Veinte minutos después, Marta estacionó frente a un edificio de apartamentos en un barrio de clase media baja. Tercer piso. La puerta del 3B estaba entreabierta.

Adentro, una mujer de unos cuarenta años caminaba de un lado al otro de la sala. Uniforme de enfermera. Ojos rojos. Un hombre estaba desplomado en el sofá, con una cerveza en la mano a pesar de la situación. Olía a alcohol viejo.

"Señora Romero, soy la detective Solís."

La mujer se volteó. "¿La encontraron?"

"Todavía no. Necesito que me cuente exactamente qué pasó."

Carmen Romero se sentó en el borde de un sillón. Sus manos no dejaban de moverse, retorciendo un pañuelo desechable.

"Lucía sale del instituto a las cuatro y cuarto. Siempre llega a casa antes de las cinco. Siempre. Hoy trabajé turno doble en el hospital—salgo a las siete. Cuando llegué, Héctor dice que no vino."

Marta miró al hombre del sofá. Héctor Romero no levantó la vista de su cerveza.

"Señor Romero, ¿usted estaba aquí esta tarde?"

"Llegué como a las seis." La voz pastosa. "No estaba."

"¿Llamó a alguien? ¿A la policía? ¿Al instituto?"

"Pensé que estaría con amigas."

Carmen cerró los ojos. Marta vio la tensión en su mandíbula.

"¿Lucía tiene celular?" preguntó Marta.

"Sí. No contesta. Va directo al buzón."

"¿Dónde está su hermano?"

"Daniel está en su cuarto." Carmen se paró. "No quiero que sepa que... que estamos preocupados."

Marta asintió. "Necesito una foto reciente de Lucía. Y los nombres de sus amigas, cualquier lugar que frecuente."

Carmen fue al pasillo. Marta escuchó una puerta abrirse, voces bajas. Volvió con una foto de escuela. Lucía Romero sonreía a la cámara—cabello oscuro, ojos marrones, sonrisa tímida.

"Es del año pasado pero se ve igual."

Marta guardó la foto. "¿Novio?"

"No que yo sepa."

"¿Problemas en el instituto? ¿Drogas? ¿Depresión?"

"No. Lucía es... es buena chica. Saca buenas calificaciones. No se mete en problemas."

Héctor soltó un resoplido desde el sofá. Carmen lo ignoró.

Marta pasó la siguiente hora entrevistando a la familia, revisando el cuarto de Lucía, llamando a las amigas cercanas. Todas dijeron lo mismo: la vieron salir del instituto sola alrededor de las 4:15. Nadie notó nada extraño. Nadie sabía dónde podría estar.

A las 10 PM, Marta activó la alerta de menor desaparecida. La foto de Lucía se distribuyó a todas las patrullas. Se revisaron cámaras de tráfico en las rutas entre el instituto y su casa.

Nada.

Lucía Romero había desaparecido entre las 4:15 y las 5:00 PM en un día ordinario de martes, en una ruta que recorría todos los días, en un vecindario donde la gente caminaba perros y empujaba carriolas.

Marta conocía las estadísticas. Las primeras 48 horas eran críticas. Después de eso, las probabilidades de encontrarla viva caían dramáticamente.

Eran las 11 PM del día cero.

Quedaban 45 horas.

CAPÍTULO 3

El Psicólogo

El Instituto Valencia olía a desinfectante y adolescencia. Marta llegó a las 8:30 AM del día siguiente, cuando los estudiantes entraban en grupos ruidosos. Algunos la miraron con curiosidad. Otros fingieron no notar a la mujer de cuarenta años con placa colgando del cinturón.

La directora, Pilar Méndez, la esperaba en la oficina principal. Cincuenta y tantos, traje gris, expresión profesionalmente preocupada.

"Detective Solís. ¿Alguna noticia de Lucía?"

"Todavía no. Necesito hablar con sus profesores, compañeros de clase, cualquiera que la haya visto ayer."

"Por supuesto. Ya preparé una lista." Pilar le entregó una carpeta. "También incluí su expediente académico. Lucía es... era... es buena estudiante. Sin problemas disciplinarios."

Marta notó el cambio de tiempo verbal. Lo había escuchado antes. Como si la desaparición ya fuera pasado.

"¿Servicios de orientación? ¿Lucía visitaba al consejero?"

"Ocasionalmente. Tenemos un psicólogo escolar, David Roca. Él podría darle más información."

"Me gustaría hablar con él primero."

David Roca tenía una oficina pequeña al final del pasillo de administración. La puerta estaba abierta. Un hombre de unos treinta y ocho años se paró cuando Marta tocó.

"Detective Solís." Alto, complexión promedio, cabello castaño bien cortado. Camisa azul arremangada hasta los codos. Sonrisa preocupada pero profesional. "La directora me avisó que vendría. Por favor, siéntese."

La oficina estaba organizada con precisión casi obsesiva. Libros alineados por tamaño en el estante. Escritorio limpio excepto por una laptop y un portarretratos con la foto de un golden retriever. Dos sillas para visitantes. Una planta en la esquina que parecía recién regada.

Marta se sentó. Sacó su libreta.

"Entiendo que Lucía Romero era su paciente."

"No exactamente paciente—prefiero no usar ese término con estudiantes. Pero sí, Lucía venía a hablar conmigo ocasionalmente."

"¿Con qué frecuencia?"

David abrió un archivo en su laptop, consultó la pantalla. "Una vez al mes, aproximadamente. A veces más si estaba pasando por algo difícil."

"¿Como qué?"

"Situación familiar principalmente." David hizo una pausa. "Entiendo que tiene que investigar, pero hay confidencialidad con los menores—"

"Lucía está desaparecida. La confidencialidad es secundaria a encontrarla viva."

David asintió lentamente. "Por supuesto. Lucía hablaba sobre la situación en casa. Su padre tiene problemas con el alcohol. Su madre trabaja turnos largos. Ella sentía mucha responsabilidad por cuidar a su hermano menor."

"¿Mencionó alguna vez querer escapar? ¿Hacerse daño?"

"No. Nunca." La respuesta fue inmediata, firme. "Lucía tenía baja autoestima, ansiedad social, pero no era suicida. Y amaba a su hermano. No lo dejaría."

Marta tomó notas. "¿Novios? ¿Intereses románticos?"

"No que haya mencionado. Lucía era... reservada con eso."

"¿La vio ayer?"

"Brevemente. Pasó por mi oficina entre clases, alrededor de las dos. Solo para saludar. Parecía normal."

"¿Notó algo diferente en las últimas semanas? ¿Cambios de comportamiento?"

David cerró la laptop. Se reclinó en su silla, con las manos entrelazadas. Su lenguaje corporal era abierto, cooperativo.

"Había estado un poco más callada. Le pregunté si todo estaba bien. Dijo que sí, solo cansada por los exámenes." Hizo una pausa. "Detective, en mi experiencia con adolescentes de perfil similar al de Lucía... a veces buscan formas de escapar de situaciones difíciles. No estoy diciendo que se fugó, pero es una posibilidad que deberían considerar."

"¿Perfil similar?"

"Familia disfuncional. Padre ausente emocionalmente o peor. Madre trabajadora que no puede estar presente. Adolescente que se siente responsable por mantener todo unido. Es mucha presión."

Marta lo estudió. David sostuvo su mirada sin incomodidad.

"¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?"

"Dos años. Vine de Madrid."

"¿Y antes de Madrid?"

"Barcelona, cuatro años. Antes Sevilla, tres años. Me gusta cambiar de ciudad cada cierto tiempo. Mantiene el trabajo fresco."

Marta anotó eso. "Si recuerda algo más, cualquier detalle, llámeme." Le dio su tarjeta.

David la guardó en el cajón superior de su escritorio. "Por supuesto. Espero que la encuentren pronto."

Cuando Marta salió, David cerró la puerta de su oficina. Se sentó en su escritorio. Abrió el cajón donde había guardado la tarjeta.

Debajo había un folder. Dentro del folder, fotos.

Lucía Romero entrando al instituto. Lucía Romero saliendo. Lucía Romero caminando sola.

David cerró el cajón. Revisó su teléfono. Un mensaje de texto de un número sin nombre en sus contactos: *Todo tranquilo.*

Borró el mensaje.

La campana sonó. Estudiantes llenaron los pasillos.

David salió de su oficina con una sonrisa profesional y fue a su siguiente sesión.

Marta pasó el resto del día entrevistando. Profesores que describían a Lucía como callada pero responsable. Compañeros de clase que la conocían pero no íntimamente. La mejor amiga, Abril Mendoza.

Abril llegó a la oficina del director a las 3 PM. Dieciséis años, cabello corto, cara pálida. Se sentó en el borde de la silla como si estuviera lista para salir corriendo.

"¿Cuándo fue la última vez que viste a Lucía?" preguntó Marta.

"Ayer. En el almuerzo."

"¿Cómo estaba?"

"Normal."

"¿Hablaron de algo específico?"

"No realmente. Solo... cosas del instituto."

Marta notó cómo Abril evitaba contacto visual. "¿Eran cercanas?"

"Éramos amigas."

"¿Lucía mencionó problemas? ¿Alguien molestándola? ¿Algo que la preocupara?"

"No."

"¿Sabes si tenía novio?"

"No."

Marta esperó. El silencio se extendió. Abril miraba sus manos.

"Abril, si sabes algo que pueda ayudarnos a encontrar a Lucía—"

"No sé nada." La voz plana. "No hablábamos tanto últimamente."

"¿Por qué no?"

"Solo... pasó. La gente se aleja."

Marta le dio su tarjeta. "Si recuerdas algo, lo que sea, llámame."

Abril tomó la tarjeta sin mirarla. "¿Van a encontrarla?"

"Vamos a intentarlo."

Abril se paró. Se fue sin decir más.

Marta la vio irse. Algo no cuadraba en esa chica. Demasiado calmada. Demasiado controlada para una adolescente cuya mejor amiga acababa de desaparecer.

Pero Marta había aprendido que la gente reaccionaba a la crisis de formas extrañas. Algunas lloraban. Otras se cerraban completamente.

Revisó sus notas. Dieciocho entrevistas. Ninguna pista sólida.

Las cámaras de tráfico mostraban a Lucía caminando sola por la calle principal a las 4:17 PM. Después de eso, nada. Como si se hubiera evaporado.

Marta volvió a la comisaría a las 8 PM. En su escritorio, revisó el archivo otra vez. La foto de Lucía sonriendo. La información sobre su familia. Las transcripciones de las entrevistas.

Había algo ahí. Algo que se le escapaba.

Abrió su laptop. Buscó casos similares. Menores desaparecidas, sin historial de fugas, familias disfuncionales.

Encontró tres en los últimos ocho años. Diferentes ciudades. Sevilla. Barcelona. Madrid.

Chicas de 16-17 años. Todas desaparecidas camino a casa. Ninguna encontrada.

Marta tomó nota de las ciudades. Algo en su cabeza hizo clic.

David Roca había trabajado en esas ciudades. En esos años.

Podía ser coincidencia.

Marta no creía en coincidencias.

Miró el reloj. 11 PM. Día uno terminando.

Lucía Romero llevaba 27 horas desaparecida.

CAPÍTULO 4

La Culpa de Abril

Abril no fue a casa después de la entrevista con la detective.

Manejó sin rumbo durante una hora. Calles que conocía de memoria se volvieron extrañas bajo las luces de la tarde. Pasó frente a la casa de Lucía dos veces antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Las luces estaban encendidas. Una patrulla policial estaba estacionada afuera.

Abril siguió manejando.

Terminó en el parque donde había visto a Lucía por última vez. Estacionó en el mismo lugar. Apagó el motor.

La última conversación se repetía en su cabeza como un disco rayado.

"Terminé con esconderme. Terminé con sentirme como algo sucio."

"Estás siendo dramática."

"Y tú estás siendo cobarde."

Abril cerró los ojos. Podía ver a Lucía bajando del auto. Los hombros tensos. Los brazos cruzados protegiéndose del frío y de Abril.

No la había seguido. No había enviado mensaje después. Ni esa noche ni al día siguiente.

Se había dicho a sí misma que Lucía necesitaba espacio. Que eventualmente se calmaría y hablarían. Que todo volvería a la normalidad.

Pero la normalidad era mentir. Era fingir que solo eran amigas. Era besar a Lucía en su auto con las ventanas empañadas y después pretender que no significaba nada cuando caminaban por los pasillos del instituto.

Lucía se había cansado de normal.

Y ahora Lucía no estaba.

El teléfono de Abril vibró. Mensaje de su mamá: *¿Dónde estás? La cena está lista.*

Abril escribió: *En camino.*

Manejó a casa. Sus padres estaban en la mesa. Roberto Mendoza, contador, cuarenta y cinco años, ya perdiendo el cabello. Carmen Mendoza, dentista, cuarenta y dos, siempre perfectamente arreglada.

"Llegas tarde," dijo su madre.

"Lo siento."

Se sentó. Su padre sirvió pollo asado. Nadie habló durante los primeros minutos.

"Escuchamos sobre Lucía Romero," dijo su madre finalmente. "Qué terrible."

Abril cortó un pedazo de pollo. No lo comió.

"¿Hablaste con la policía?" preguntó su padre.

"Sí."

"¿Y?"

"Y nada. No sé nada."

Su madre la estudió. "Pensé que eran amigas cercanas."

"Éramos. Ya no tanto."

"¿Por qué no?"

Abril dejó el tenedor. "Solo pasó."

"Las amistades no terminan 'solo porque sí', Abril."

"Esta sí."

Silencio. Su padre carraspeó incómodo.

"Bueno, esperemos que la encuentren," dijo. "Probablemente se escapó con algún novio. Ya sabes cómo son las chicas a esa edad."

Abril apretó los puños debajo de la mesa. "Lucía no haría eso."

"¿Cómo sabes?" Su madre tomó agua. "Dijiste que ya no eran cercanas."

Abril se paró. "Perdí el apetito."

"Abril—"

"Tengo tarea."

Subió a su cuarto. Cerró la puerta. Se tiró en la cama.

Su teléfono mostró notificaciones. Mensajes grupales del instituto. Todos hablando sobre Lucía. Teorías. Rumores. Preocupación performativa de gente que apenas le hablaba a Lucía cuando estaba presente.

Abril bloqueó el teléfono.

Se levantó. Fue a su closet. Sacó una caja de zapatos del fondo.

Adentro: fotos Polaroid. Ella y Lucía. Tomadas en secreto durante el último año. Lucía riendo en el auto de Abril. Abril besando la mejilla de Lucía. Las dos acostadas en el pasto del parque.

Evidencia de algo que Abril no podía admitir en voz alta.

Levantó una foto. Lucía mirando directamente a la cámara. Sonrisa genuina. Ojos brillantes.

"No puedo más con esto. Escondernos."

Abril había dicho que no estaba lista. Que necesitaba más tiempo. Que sus padres no lo entenderían.

Todas excusas.

La verdad era más simple y más fea: Abril tenía miedo. Miedo de lo que dirían en el instituto. Miedo de decepcionar a sus padres. Miedo de ser diferente de forma que no pudiera esconder.

Lucía había sido valiente. Le había pedido a Abril que fuera valiente con ella.

Abril había elegido ser cobarde.

Y ahora Lucía estaba desaparecida y Abril no podía decirle a la policía lo que realmente había pasado esa noche. No podía explicar por qué Lucía había estado alterada. No podía admitir que tal vez, solo tal vez, Lucía había hecho algo drástico porque Abril la había roto.

Su teléfono vibró. Número desconocido. Abril consideró no contestar.

Contestó.

"¿Hola?"

Respiración del otro lado. Luego clic. Llamada terminada.

Abril miró la pantalla. El número no aparecía en su registro de llamadas. Como si nunca hubiera existido.

Probablemente error. Telemarketing.

Guardó las fotos. Escondió la caja.

Esa noche no durmió. Cada vez que cerraba los ojos veía a Lucía alejándose. Una y otra vez. En loop infinito.

A las 3 AM, Abril sacó su laptop. Buscó noticias sobre menores desaparecidas. Estadísticas. Casos sin resolver.

Encontró un foro donde familiares de desaparecidos compartían información. Leyó post tras post. Gente buscando a hijas, hermanas,

amigas que se habían evaporado.

La mayoría nunca aparecieron.

Las que aparecieron... Abril no quería pensar en eso.

Cerró la laptop.

Se quedó despierta hasta que el sol empezó a salir. Luego se duchó, se vistió, fue al instituto.

Todo parecía normal. Estudiantes en los pasillos. Profesores dando clases. La vida continuaba como si Lucía Romero nunca hubiera existido.

Solo habían pasado dos días.

Ya nadie hablaba de ella.

Abril pasó junto al casillero de Lucía. Alguien había pegado una foto impresa y flores de papel. "Vuelve pronto" escrito en marcador morado.

Flores de papel para una chica que podía estar muerta.

Abril siguió caminando.

En la clase de historia, la profesora hizo una pausa al pasar lista. "Lucía Romero." Silencio. "Alguien sabe algo?"

Murmullos negativos. La profesora marcó ausente y continuó.

Como si Lucía fuera solo otro nombre en una lista.

Abril apretó el lápiz hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Después de clase, caminó por el pasillo donde estaba la oficina del psicólogo. La puerta estaba abierta. David Roca hablaba con una estudiante. Voz suave, profesional.

Abril siguió de largo.

Algo en él la incomodaba. No sabía qué. Tal vez era solo paranoia.

O tal vez no.

Esa tarde, cuando volvió a su auto en el estacionamiento, encontró algo en el parabrisas.

Una hoja de papel doblada. Sin sobre.

La abrió.

Adentro, escrito en la misma letra temblorosa de la nota de Lucía:

Sé valiente ahora. Por favor.

Abril miró alrededor. El estacionamiento estaba vacío excepto por dos estudiantes entrando a sus autos del otro lado.

Nadie cerca de su auto. Nadie mirando.

Guardó el papel en su mochila con manos temblorosas.

Subió a su auto. Cerró las puertas. Respiró.

Sé valiente ahora.

Lucía estaba viva. Lucía le estaba enviando mensajes.

Lucía necesitaba que Abril hiciera lo que no hizo esa noche: ser valiente.

Abril arrancó el auto.

No fue a casa.

Fue a la biblioteca pública. Usó una computadora pública, no su laptop. Creó una cuenta de email nueva. Empezó a investigar.

Personal del instituto con acceso a casilleros. Personal con acceso a su auto en el estacionamiento.

La lista era larga pero manejable.

Abril abrió un documento. Empezó a escribir nombres.

No iría a la policía. No podía. La nota había sido clara.

Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano.

Pero podía buscar sola.

Tenía que buscar sola.

Por Lucía. Por la chica que había amado y abandonado.

Abril trabajó hasta que la biblioteca cerró. Luego manejó a casa. Le dijo a sus padres que había estado estudiando.

Otra mentira.

Pero esta vez, la mentira tenía propósito.

Esta vez, Abril sería valiente.

Aunque fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 5

Pistas Frías

Marta llegó a la comisaría a las 6 AM del día catorce. Dos semanas desde la desaparición de Lucía Romero. La foto de la chica seguía pegada en el tablero de casos activos, pero había sido movida a la esquina. Nuevos casos la habían reemplazado en el centro.

Un apuñalamiento en un bar. Robo a mano armada en una gasolinera. Violencia doméstica que terminó con un hombre en el hospital.

Crímenes con víctimas visibles. Con evidencia. Con sospechosos.

Lucía era solo una ausencia.

Marta preparó café. Se sentó en su escritorio. Abrió el archivo por centésima vez.

Las primeras 48 horas habían pasado hacía doce días. Las probabilidades de encontrarla viva disminuían cada hora.

Habían revisado cámaras en un radio de tres kilómetros. Habían entrevistado a vecinos, compañeros de clase, profesores. Habían dragado el lago del parque. Habían registrado edificios abandonados.

Nada.

El padre de Lucía había dejado de cooperar después de la primera semana. Marta lo encontraba borracho cada vez que intentaba hablar con él. La madre trabajaba turnos dobles para no estar en casa. El hermano menor había dejado de ir al colegio.

La familia se desintegraba en cámara lenta.

El comisario apareció en la puerta de Marta. Vicente Ruiz, cincuenta y ocho años, treinta en el cuerpo. Cara curtida por demasiados años viendo lo peor de la gente.

"Solís."

"Señor."

"El caso Romero."

Marta supo lo que venía. "Todavía hay líneas de investigación abiertas."

"Han pasado dos semanas. No hay testigos. No hay evidencia. No hay cuerpo."

"Exacto. No hay cuerpo. Podría estar viva."

Vicente se sentó en el borde del escritorio. "O podría estar muerta en un barranco a cien kilómetros de aquí. Podría estar en Portugal. Podría haberse fugado con alguien que conoció en internet."

"No encaja con su perfil."

"Los perfiles no son garantía." Vicente suspiró. "Mira, no estoy cerrando el caso. Pero tenemos prioridades. Tres investigadores activos y quince casos abiertos. No puedo justificar que dediques tiempo completo a una fuga probable."

"No fue fuga."

"¿Tienes evidencia de lo contrario?"

Marta no tenía evidencia. Solo instinto. Veintidós años en el cuerpo le habían enseñado a escuchar ese instinto.

"Dame una semana más."

"Te doy tres días. Después pasas a otros casos y Romero se archiva como fría hasta que aparezca algo nuevo."

Vicente se fue. Marta miró el archivo.

Tres días.

Abrió su laptop. Volvió a los casos que había encontrado. Tres chicas desaparecidas en ocho años. Sevilla, Barcelona, Madrid.

María Santos, 16 años. Desaparecida en Sevilla hace ocho años. Nunca encontrada.

Elena Vidal, 17 años. Desaparecida en Barcelona hace cinco años. Nunca encontrada.

Patricia Molina, 16 años. Desaparecida en Madrid hace dos años. Nunca encontrada.

Todas con familias disfuncionales. Todas sin historial de fugas. Todas desaparecidas camino a casa.

Y David Roca había trabajado en esas tres ciudades en esos años.

Marta llamó a la comisaría de Sevilla. Habló con el detective que había manejado el caso Santos. Retirado ahora, pero recordaba.

"Nunca encontramos nada," dijo el hombre. Voz cansada. "Familia pobre. Padre muerto. Madre trabajaba limpiando casas. La chica simplemente desapareció. Pensamos fuga."

"¿Revisaron al personal escolar?"

"Revisamos a todos. Nada salió."

"¿Un psicólogo llamado David Roca?"

Pausa. "Me suena el nombre. Déjame ver." Sonido de papeles. "Sí, aquí está. Lo entrevistamos. Cooperativo. Sin antecedentes. No era sospechoso."

"¿Recuerda algo específico sobre él?"

"Solo que era nuevo en la ciudad. Había llegado unos meses antes de la desaparición."

Marta anotó eso. "¿Y la chica? ¿Tenía problemas?"

"Los mismos de siempre. Pobreza. Madre ausente. Baja autoestima. El psicólogo dijo que encajaba en perfil de riesgo para fuga."

"¿El psicólogo dijo eso?"

"Sí. Roca. Fue útil. Nos dio información sobre la situación mental de la chica."

Marta colgó. Llamó a Barcelona. La detective que manejó el caso Vidal seguía activa.

"Elena Vidal," repitió la mujer. "Uno de mis casos sin resolver. Me atormenta."

"¿Alguna pista?"

"Ninguna. Cero. Como si la tierra se la hubiera tragado. Familia rota. Padre en prisión. Madre con depresión. Elena cuidaba a dos hermanos menores."

"¿Revisaron personal escolar?"

"Profesores, administrativos, consejería. Nada destacable."

"¿David Roca?"

Silencio breve. "Roca. Sí. Psicólogo. Entrevistado. Limpio."

"¿Qué les dijo?"

"Que Elena tenía problemas en casa. Que había expresado querer escapar. Sugirió fuga como posibilidad."

El mismo patrón.

Marta llamó a Madrid. El caso Molina seguía técnicamente activo pero archivado.

"Patricia era buena chica," dijo el detective. "Padre alcohólico. Madre trabajaba turnos nocturnos. La chica prácticamente criaba a su hermano menor sola."

Marta sintió algo frío en el estómago. El perfil era idéntico a Lucía.

"¿David Roca?"

"Lo entrevisté personalmente. Parecía genuinamente afectado. Dijo que Patricia había estado en terapia con él por estrés familiar. Sugirió que podía haberse fugado para escapar la presión."

"¿Creyó esa teoría?"

"En ese momento sí. Ahora... no sé. Nunca apareció. Ni viva ni muerta."

Marta colgó.

Cuatro ciudades. Cuatro chicas. Mismo perfil. Mismo resultado.

Y David Roca en todas.

No era prueba. Cualquier abogado lo destrozaría en corte. Coincidencia geográfica no era evidencia de crimen.

Pero Marta había dejado de creer en coincidencias hace años.

Necesitaba más. Algo concreto.

Pasó el día revisando el background de David Roca. Estudios en psicología clínica. Maestría en Madrid. Certificaciones válidas. Sin antecedentes penales. Sin denuncias. Sin banderas rojas oficiales.

En papel, David Roca era ciudadano modelo.

Marta buscó más profundo. Redes sociales. David tenía perfil en Facebook pero apenas lo usaba. Fotos genéricas de paisajes. Ninguna foto personal. Sin pareja visible. Sin amigos cercanos etiquetándolo.

LinkedIn mostraba su historial laboral. Sevilla, tres años. Barcelona, cuatro años. Madrid, dos años. Valencia, dos años hasta ahora.

Se movía cada pocos años. Ciudades grandes. Siempre trabajo con adolescentes.

Marta abrió Google Earth. Marcó las ubicaciones de las desapariciones. Luego marcó las direcciones donde David había vivido en cada ciudad.

En Sevilla, María Santos desapareció a 800 metros de donde David vivía.

En Barcelona, Elena Vidal a un kilómetro.

En Madrid, Patricia Molina a 1.2 kilómetros.

Cerca pero no sospechosamente cerca.

Marta se reclinó en su silla. Miró el reloj. 9 PM. Trece horas trabajadas.

La botella de whisky en su cajón inferior la llamaba. No la había tocado en tres días. Pequeña victoria.

La abrió. Un trago. Solo uno.

Se convirtió en tres.

A las 11 PM, Marta manejó a casa. Apartamento de un cuarto en un edificio viejo. Entró. Ni siquiera encendió las luces.

Se tiró en el sofá. El departamento olía a cerrado. A soledad.

Su teléfono vibró. Mensaje de su ex-esposo: *¿Firmaste los papeles del divorcio?*

Marta no respondió. Los papeles seguían en su mesa. Sin firmar. Como si no hacerlo detuviera lo inevitable.

Cerró los ojos.

Vio la foto de Lucía Romero. Sonriendo. Viva.

Vio las otras tres. María. Elena. Patricia. Todas desaparecidas. Todas olvidadas eventualmente por todos excepto sus familias.

Marta se sentó. Abrió su laptop. Escribió un email al comisario.

"Necesito orden judicial para revisar domicilio y registros de David Roca. Posible conexión con cuatro casos de menores desaparecidas en múltiples ciudades. Solicito extensión en caso Romero."

Presionó enviar.

Sabía la respuesta antes de recibirla. Llegó a las 7 AM del día siguiente.

"Denegado. Evidencia insuficiente para orden judicial. Caso Romero pasa a archivo frío efectivo inmediato. Enfócate en casos activos."

Marta cerró el email.

Lucía Romero era oficialmente caso frío.

Otro nombre en una lista de desaparecidas.

Otro archivo en un gabinete.

Otra familia destruida sin respuestas.

Marta guardó el archivo en su cajón personal. No en el archivo general. En el suyo.

Porque sabía algo que el comisario no sabía.

Los casos fríos solo estaban fríos hasta que volvían a calentarse.

Y David Roca volvería a actuar.

Era solo cuestión de tiempo.

En su oficina del instituto, David Roca atendió a su última paciente del día. Una chica de dieciséis años con ansiedad social.

"¿Cómo te sientes sobre empezar en el nuevo grupo de apoyo?" preguntó.

La chica se encogió de hombros. "No sé. Me da miedo hablar con gente."

"Es normal. Pero todos en el grupo tienen problemas similares. Familia, presión escolar. Te sentirás entendida."

La chica asintió. David le dio una hoja con horarios.

Cuando se fue, David cerró la puerta. Abrió su laptop.

Buscó el nombre de la chica en su base de datos. Familia disfuncional. Madre soltera. Dos hermanos menores. Baja autoestima.

David tomó notas.

Cerró la laptop.

Miró por la ventana de su oficina. El estacionamiento del instituto. Estudiantes subiendo a sus autos. Padres recogiendo a sus hijos.

Vida normal. Ordinaria.

Nadie sospechaba nada.

Nadie nunca sospechaba.

David guardó sus cosas. Salió del instituto. Manejó a casa.

Una casa bonita en un barrio tranquilo. Jardín bien cuidado. Vecinos que lo saludaban.

Entró. Cerró la puerta.

Bajó al sótano.

Lucía estaba acurrucada en la esquina. Había perdido más peso. Tenía un moretón nuevo en el brazo.

"Hola, Lucía," dijo David con voz suave.

Lucía no respondió. Miraba la pared.

David dejó una bandeja con comida. Pan. Queso. Agua.

"La policía archivó tu caso," dijo. "Oficialmente ya no te están buscando. Pensé que querrías saber."

Lucía cerró los ojos.

"Nadie te busca, Lucía. Ya te olvidaron."

David subió las escaleras. Cerró la puerta del sótano. Trabó el candado.

Arriba, preparó su cena. Vio las noticias. Todo normal.

Perfecto.

CAPÍTULO 6

El Sobre

Abril abrió su casillero a las 7:45 AM. Seis meses y dos días desde que Lucía desapareció.

El segundo sobre estaba ahí. Manila. Sin remitente. Su nombre en mayúsculas negras.

Abril miró el pasillo. Estudiantes caminando a clase. Nadie prestaba atención.

Cerró el casillero sin abrirlo. Caminó al baño. Se encerró en el último cubículo.

Manos temblando. Abrió el sobre.

Dos Polaroids cayeron.

La primera: Lucía, peor que antes. Mucho peor. Los pómulos sobresalían. El cabello sucio pegado a su cara. Ojos hundidos. Pero viva. Sosteniendo el periódico de ayer.

La segunda: otra chica. Más joven. Pelo rubio enmarañado. Delgada hasta el punto de demacración. Sentada contra una pared de cemento.

Abril no reconoció a la segunda chica.

La nota estaba escrita en la misma letra temblorosa:

Ya somos dos. Si demoras más, seremos más. O seremos ninguna. Él se impacienta. Encuéntrame antes de que sea tarde. No falles otra vez.

Las últimas cuatro palabras subrayadas.

No falles otra vez.

Abril sintió que no podía respirar. El baño se estrechó. Las paredes se acercaban.

Se forzó a inhalar. A pensar.

Seis meses de investigación secreta. Había seguido al personal del instituto. Había revisado registros públicos. Había estudiado cada adulto con acceso a su casillero y al estacionamiento.

La lista se había reducido a cinco nombres.

David Roca estaba en la parte superior.

Abril había empezado a seguirlo hacía tres meses. Anotaba sus rutas. Sus horarios. Dónde vivía.

Una casa en calle Robles 847. Vecindario tranquilo. Nada sospechoso a simple vista.

Pero Abril había notado detalles. Las ventanas del sótano estaban cubiertas con papel desde adentro. David nunca tenía visitas. Compraba comida para más de una persona pero vivía solo.

Pequeñas anomalías que podían significar todo o nada.

Abril guardó las fotos. Salió del baño.

En el pasillo, vio a David Roca hablando con una estudiante. Voz suave. Sonrisa profesional. La estudiante asintiendo a lo que decía.

Abril pasó cerca. David levantó la vista. Sus ojos se encontraron por un segundo.

Él sonrió. "Buenos días, Abril."

"Buenos días."

Siguió caminando. Sintió su mirada en la espalda.

No fue a clase. Salió al estacionamiento. Se sentó en su auto.

Sacó las fotos otra vez. Las estudió.

La segunda chica. ¿Quién era? Abril abrió su teléfono. Buscó noticias de menores desaparecidas en Valencia.

Encontró un artículo de dos meses atrás. Ana Méndez, 16 años. Desaparecida de un hogar de acogida. Caso abierto pero sin pistas.

Abril buscó la foto oficial. Era ella. La chica de la Polaroid.

Dos chicas. Dos cautivas.

Abril abrió el documento donde llevaba sus notas. Seis meses de vigilancia. Rutinas de David Roca mapeadas con precisión militar.

Martes: reunión en el instituto hasta las 5 PM.

Los martes David nunca volvía a casa antes de las 6.

Hoy era martes.

Abril tenía tres horas si actuaba ahora.

Sacó las herramientas que había comprado. Ganzúas. Destornillador. Linterna pequeña.

Había estudiado videos en YouTube. Había practicado en cerraduras viejas. No era experta pero podía forzar una entrada básica.

Arrancó el auto.

Manejó a calle Robles. Estacionó dos cuadras antes. Caminó el resto.

La casa de David era de dos pisos. Fachada color beige. Jardín bien mantenido. Buzón con su nombre.

Abril caminó alrededor. No había autos en la entrada. Las cortinas estaban cerradas.

Fue a la parte trasera. Una cerca baja separaba el jardín trasero del callejón.

La saltó.

El jardín trasero tenía césped cortado. Ninguna herramienta fuera de lugar. Una parrilla cubierta.

Abril se acercó a la casa. Probó la puerta trasera. Cerrada.

Probó las ventanas. Todas cerradas.

Encontró una ventana del sótano medio oculta detrás de un arbusto. Estaba cubierta con papel desde adentro pero el seguro parecía viejo.

Usó el destornillador. Forzó el marco. La ventana cedió con un crack suave.

Abril se quedó quieta. Escuchando.

Silencio.

Empujó la ventana. Se abrió.

El espacio era estrecho. Abril se deslizó adentro. Cayó en un piso de cemento.

Oscuridad total. Encendió la linterna.

Estaba en un cuarto de almacenamiento. Cajas. Herramientas. Nada inusual.

Cruzó el cuarto. Encontró una puerta. La abrió.

Pasillo. Otra puerta al final con candado pesado.

Abril se acercó. El candado era profesional. No podría forzarlo con las herramientas que traía.

Necesitaba cortapernos. O la llave.

Revisó el cuarto de almacenamiento. En una caja encontró herramientas de jardín. Entre ellas, cortapernos.

Volvió al candado. Posicionó los cortapernos. Presionó con toda su fuerza.

El metal resistió.

Presionó más fuerte. Sus manos temblaban.

El candado cedió con un sonido metálico.

Abril lo quitó. Abrió la puerta.

El olor la golpeó primero. Humedad. Sudor. Orina.

Bajó las escaleras.

El sótano estaba dividido en dos secciones con una cortina de tela negra.

Abril movió la cortina.

Lucía estaba acurrucada en el piso. Encadenada a la pared por el tobillo. Dormida o inconsciente.

"Lucía," susurró Abril.

Lucía abrió los ojos lentamente. Por un segundo no hubo reconocimiento.

Luego horror puro.

"No." La voz ronca. "No, no, no."

Abril se arrodilló. "Vine por ti. Voy a sacarte de aquí."

"¿Qué hiciste?" Lucía se alejó tanto como la cadena permitía. "¿QUÉ HICISTE?"

"Lucía, cálmate—"

"¡Tiene cámaras! ¡Te está viendo! ¡Sabe que estás aquí!"

Abril miró alrededor. No vio cámaras obvias.

"No hay—"

"¡LAS TIENE! ¡Él ve todo! ¡Va a matar a mi familia! ¡A MAMÁ! ¡A DANIEL!"

Abril agarró los hombros de Lucía. "Escúchame. Vamos a salir. Llamaremos a la policía. Protegerán a tu familia."

Lucía la golpeó. Puños débiles pero desesperados. "¡NO ENTIENDES! ¡Él tiene gente! ¡Conoce dónde viven! ¡Si me voy, los mata!"

Detrás de la cortina, sonido de movimiento.

Abril se paró. Movió la tela.

La segunda chica—Ana—estaba despierta. Encadenada igual que Lucía. Miraba a Abril con ojos enormes.

"Por favor," susurró Ana. "Sácame de aquí."

Abril miró las cadenas. Necesitaba llave o más cortapernos.

"Voy a sacarlas a las dos," dijo. "Pero necesito—"

Sonido arriba. Motor de auto.

Todas se quedaron quietas.

Puerta abriéndose. Cerrándose.

Pasos en el piso superior.

Abril miró a Lucía. "¿Él vuelve temprano a veces?"

Lucía asintió, lágrimas corriendo por su cara. "Martes. A veces hay simulacros. Cancela reuniones."

Los pasos se movían por la casa. Directo hacia la puerta del sótano.

Abril tenía segundos para decidir.

Quedarse y confrontar a David—sin arma, sin plan.

O subir, sacar a Ana primero, volver por Lucía.

Pero Ana estaba peor. Apenas podía moverse.

Abril ayudó a Ana a pararse. La chica era puro hueso.

"Vuelvo por ti," le dijo a Lucía. "Lo prometo."

"¡NO!" Lucía gritó. "¡Si sales, él sabrá! ¡Quédate! ¡Quédate aquí!"

Los pasos estaban en las escaleras del sótano.

Abril medio-cargó a Ana. Subieron.

David estaba a mitad de escalera cuando las vio.

Se detuvo.

No gritó. No corrió. Solo se paró ahí, mirándolas.

Luego sonrió.

"Abril Mendoza," dijo con voz calmada. "Deberías estar en clase."

CAPÍTULO 7

El Cautiverio - Primera Semana

Seis meses atrás.

Lucía despertó en oscuridad absoluta. Cabeza palpitando. Boca seca. Sabor metálico de sangre.

Intentó moverse. No pudo.

Sus manos estaban atadas detrás de la espalda. Tobillos amarrados juntos. Algo áspero—cuerda—cortando su piel.

Estaba acostada en piso frío. Cemento. El aire olía a humedad y moho.

Intentó gritar. Tenía algo en la boca. Tela apretada, amordazándola.

Pánico. Puro terror visceral.

Se retorció. La cuerda cortó más profundo. Sangre caliente en sus muñecas.

Respirar. Necesitaba respirar. Por la nariz. Inhalaciones cortas. No podía tomar suficiente aire.

Se está ahogando. Se está muriendo.

Cálmate. Cálmate.

¿Dónde estaba? ¿Qué pasó?

Último recuerdo: caminando del instituto a casa. Ruta habitual. Calle principal. Pensando en Abril. Siempre pensando en Abril y en cómo todo se había ido a la mierda.

Entonces... ¿qué?

Auto deteniéndose. Ventana bajándose. Voz familiar.

"¿Lucía? ¿Necesitas aventón?"

Ella se volteó. Reconoció el auto. Reconoció la voz.

David Roca. El psicólogo del instituto.

"Estoy bien, gracias."

"Insisto. Pareces cansada."

Lucía había dudado. Pero era David. Confiable. Adulto responsable. Había hablado con él docenas de veces sobre su papá, sobre Daniel, sobre sentirse sola.

"Bueno. Gracias."

Subió al auto.

David sonrió. "¿Cómo estuvo tu día?"

"Bien. Normal."

Manejaron. Lucía miró por la ventana.

"Esta no es la ruta a mi casa."

"Tengo que pasar por algo primero. Solo un minuto."

Alarma pequeña en el estómago de Lucía. "Puedo caminar desde aquí."

"No seas tonta. Es solo un desvío rápido."

El auto se detuvo frente a una casa que Lucía no reconocía.

"Espérame aquí," dijo David. "Vuelvo enseguida."

Bajó del auto. Entró a la casa.

Lucía debió bajarse entonces. Debió correr.

No lo hizo.

Esperó.

David salió un minuto después. Con algo en la mano.

Abrió la puerta del pasajero. Antes de que Lucía pudiera reaccionar, presionó un trapo húmedo contra su cara.

Olor químico. Dulce y mareante.

Lucía intentó apartarlo. David era más fuerte.

"Shh. Solo relájate."

El mundo se volvió borroso. Luego negro.

Ahora estaba aquí. Amarrada. Amordazada. Sola en la oscuridad.

Tiempo pasó. No sabía cuánto. Minutos. Horas.

Luz súbita. Escaleras. Alguien bajando.

David.

Llevaba jeans y camisa casual. Como si esto fuera fin de semana normal.

Se arrodilló junto a Lucía. "Hola. Debes estar confundida."

Lucía intentó gritar a través de la mordaza. Sonidos ahogados.

"Voy a quitarte esto," dijo David, señalando la mordaza. "Pero si gritas, la vuelvo a poner y no la quito por tres días. ¿Entiendes?"

Lucía asintió.

David desató la tela. Lucía tosió, inhaló aire.

"¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando?"

"Estás en mi casa. En el sótano específicamente."

"¿Por qué?"

"Porque te elegí."

Las palabras no tenían sentido. Lucía miró alrededor. El sótano era pequeño. Paredes de cemento. Sin ventanas. Una puerta de metal al fondo. Un colchón sucio en la esquina.

"Suéltame. Por favor."

"No puedo hacer eso."

"Mi mamá va a buscarme. La policía—"

"Tu mamá trabaja hasta las siete. Tu papá está borracho. Para cuando noten que no llegaste, habrán pasado horas. Y para entonces, no habrá rastro de dónde fuiste."

David habló con voz calmada. Como en sus sesiones de terapia.

"Suéltame." La voz de Lucía quebrándose. "Por favor. No diré nada. Solo déjame ir."

"Lucía, necesito que entiendas algo." David sacó su teléfono. Mostró fotos. La casa de Lucía desde afuera. Daniel saliendo al colegio esa mañana. Su mamá en el estacionamiento del hospital.

"Tomé estas durante las últimas semanas. Conozco las rutas de tu familia. Conozco sus horarios. Conozco todo sobre ustedes."

Lucía sintió algo frío en su estómago.

"Si gritas cuando haya alguien arriba," continuó David, "si intentas escapar, si no obedeces... una llamada. Solo una. Y alguien visitará a Daniel cuando salga del colegio. Nueve años. Solo. Sin mamá para protegerlo."

"No." Susurro. "No le hagas daño a Daniel."

"Eso depende de ti."

David desató las cuerdas de sus manos y pies. Lucía tenía marcas profundas. Sangre seca.

"Hay un baño portátil ahí," señaló una esquina. "Comida dos veces al día. Si te portas bien, te dejo leer. Incluso ver televisión a veces."

"¿Cuánto tiempo?"

"Depende."

"¿De qué?"

David sonrió. "De qué tan rápido aprendes."

Se paró. Subió las escaleras. La puerta se cerró. Candado trabándose.

Oscuridad otra vez.

Lucía se quedó sentada en el piso frío. Llorando. Temblando.

Gritó hasta que su voz se quebró.

Nadie la oyó.

Día dos.

David bajó con comida. Pan. Queso. Agua.

"Tienes que comer."

Lucía no tocó la comida. Estaba acurrucada en el colchón.

"Lucía."

No respondió.

David dejó la bandeja. "Morirte de hambre solo te hará débil. No cambiará nada."

Se fue.

Lucía esperó horas. Finalmente comió. El hambre ganó.

Día tres.

David bajó con ropa limpia. "Tienes que ducharte."

"¿Dónde?"

"Aquí." Señaló una manguera conectada a la pared. "Quítate la ropa."

"No."

"Lucía, llevas tres días con la misma ropa. Hueles mal. Esto no es negociable."

"Voltéate."

"No."

Lucía lo miró. Ojos fríos detrás de esa voz calmada.

Se quitó la ropa con manos temblorosas. Se paró bajo la manguera. David abrió el agua.

Fría. Helada. Lucía gritó.

David la dejó bajo el agua por cinco minutos. Mirando. Solo mirando.

Cuando cerró el agua, le tiró una toalla.

"Vístete."

Lucía se puso la ropa limpia. Jeans y camisa que no eran suyos.

"¿De quién es esta ropa?"

David no respondió.

Día cinco.

Lucía perdió noción del tiempo. Sin ventanas. Sin reloj. Solo luz cuando David bajaba.

Intentó contar las veces que comía. Dos veces al día según David. Pero a veces parecía que pasaban horas entre comidas. Otras veces minutos.

El sótano estaba insonorizado. Descubrió eso cuando gritó durante horas y nadie vino.

David bajó esa tarde—o noche, Lucía no sabía.

Traía una laptop.

"Quiero mostrarte algo."

Puso la laptop en el piso. Pantalla mostrando noticias locales.

Ahí estaba. Su foto. "Menor desaparecida. Lucía Romero, 17 años."

Su mamá llorando en cámara. "Por favor, si alguien la vio..."

"Están buscando," dijo Lucía.

"Sí. Por ahora." David cerró la laptop. "En una semana, serás noticia vieja. En dos semanas, archivo frío. En un mes, tu familia seguirá adelante. Así funciona."

"Mentira."

"¿Sí? ¿Cuánto tiempo buscó tu mamá a tu papá la última vez que desapareció borracho por tres días? Oh, espera. No lo buscó. Solo esperó a que volviera."

Lucía cerró los ojos.

"Tu familia ya está rota, Lucía. Yo no hice eso. Solo aproveché lo que ya existía."

David se paró. "Tengo pacientes arriba en media hora. Sesiones de terapia privada. Gente entrará y saldrá de mi casa. Si gritas, si haces ruido, ellos morirán después. Y Daniel primero. ¿Entiendes?"

Lucía asintió.

"Bien."

Durante las siguientes horas, Lucía oyó voces arriba. Amortiguadas pero audibles. Gente hablando. Riendo. Vida normal a metros de donde ella estaba encadenada.

Gritó una vez. Solo para probar.

El sonido murió en las paredes.

Nadie la oyó.

Día siete.

David bajó con una caja de pizza.

"Pensé que querrías algo diferente."

Lucía no había comido en dos días. Había intentado hacer huelga de hambre.

El olor de la pizza rompió su resolución.

Comió. Odió cada bocado. Odió que su cuerpo traicionara sus intenciones.

"Buena chica," dijo David.

Esa noche—Lucía pensaba que era noche—David bajó otra vez.

Traía una cadena.

"Necesito asegurarme de que no hagas tonterías cuando no estoy aquí."

Ató la cadena a su tobillo. El otro extremo a un gancho en la pared.

"Puedes alcanzar el baño y el colchón. Suficiente espacio."

Lucía miró la cadena. Hierro pesado. Sin forma de quitarla sin llave.

"¿Por cuánto tiempo?" preguntó.

"El tiempo que sea necesario."

"¿Para qué?"

David se arrodilló frente a ella. Tomó su cara entre sus manos. Lucía se congeló.

"Para que entiendas que esto es tu vida ahora. Que nadie viene por ti. Que yo soy lo único que tienes."

Lágrimas corrieron por las mejillas de Lucía.

David las limpió con su pulgar.

"Todavía estás luchando. Eso está bien. Me gusta cuando luchan al principio. Hace el proceso más... satisfactorio."

Se paró. Subió las escaleras.

Lucía se acurrucó en el colchón. La cadena pesaba en su tobillo.

Siete días.

Una semana desde que vio el sol.

Una semana desde que oyó su nombre dicho con amor.

Una semana de oscuridad y David Roca.

Y apenas estaba comenzando.

CAPÍTULO 8

Rastreando Sombras

Presente. Seis meses después de la desaparición de Lucía.

Abril estaba sentada en su auto a tres cuadras de la casa de David Roca. 11 PM. La calle estaba vacía.

Había pasado un mes desde que empezó a seguirlo. Un mes documentando cada movimiento. Cada patrón.

David salía de su casa a las 7:15 AM. Llegaba al instituto a las 7:45. Comía almuerzo en su oficina—nunca en la cafetería con otros profesores. Salía a las 5 PM los lunes, miércoles y viernes. Los martes y jueves se quedaba hasta las 6 por reuniones.

Volvía directamente a casa. Sin desvíos. Sin amigos. Sin vida social visible.

Los fines de semana compraba víveres en el mismo supermercado. Siempre el sábado a las 10 AM. Siempre solo.

Compraba para dos personas. Abril lo había notado al observar sus bolsas desde el estacionamiento. Demasiada comida para un hombre solo.

Abril abrió su laptop. Documento encriptado donde guardaba notas.

Sábado 3 de octubre: Supermercado Díaz. Compró: pan (2 barras), leche (2 litros), huevos (18), pollo (3 kg), verduras variadas, pasta (4 paquetes). Dos bolsas de comida chatarra - papas, galletas. No perfil para soltero saludable.

Lunes 5 de octubre: Basura puesta en calle. Revisada después de recolección (contenedor volcado, accesible). Encontrado: envases de comida procesada, botellas de agua (marca barata), vendas usadas, medicamento para dolor (ibuprofeno, cantidad excesiva).

Miércoles 7 de octubre: Luces del sótano encendidas 11 PM-12:30 AM. Ventanas cubiertas desde dentro con papel grueso. Imposible ver interior.

Abril cerró la laptop. Sacó su teléfono. Abrió la app de notas de voz.

"Día 31 de vigilancia. David Roca mantiene rutinas consistentes. Sin variación significativa. Comportamiento encaja con alguien ocultando actividad en casa. Compra comida y suministros para más de una persona. Ventanas del sótano permanentemente cubiertas. Siguiente paso: necesito entrar a la casa. Necesito confirmar."

Guardó el teléfono.

Miró la casa de David. Luces apagadas excepto una en el segundo piso.

Su dormitorio probablemente.

Abril imaginó a Lucía ahí abajo. En el sótano. Encadenada. Esperando.

Si estaba equivocada, era acoso. Era ilegal. Era locura.

Si tenía razón...

Su teléfono vibró. Mensaje de su mamá: *¿Dónde estás? Son casi medianoche.*

Abril escribió: *Estudiando en casa de Sofia. Me quedo a dormir.*

Mentira. Sofia ni siquiera sabía que Abril la usaba como coartada.

Arrancó el auto. Manejó a casa.

Sus padres estaban dormidos. Abril subió a su cuarto en silencio.

Se sentó en su escritorio. Abrió el documento de investigación.

Cinco nombres había tenido al principio. Personal del instituto con acceso a casilleros y al estacionamiento.

Había eliminado tres después de semanas de vigilancia. Uno se mudó de ciudad. Otro tenía familia—esposa e hijos que estaban con él constantemente. El tercero trabajaba segundo empleo de noche. Sin tiempo para mantener cautiva a nadie.

Quedaban dos.

David Roca.

Y Javier Ortiz, trabajador social del instituto. Cuarenta y dos años. Soltero. Vivía solo en apartamento pequeño.

Abril había vigilado a Javier también. Pero su rutina no mostraba nada sospechoso. Salía con amigos los fines de semana. Tenía novia que se quedaba en su apartamento. Vida social normal.

David no tenía nada de eso.

David era un fantasma que aparecía para trabajar y desaparecía a su casa.

Abril abrió Google Maps. Midió la distancia entre la casa de David y el instituto. 2.3 kilómetros.

Midió la distancia entre la casa de David y donde Lucía desapareció. 800 metros.

Cerca. Demasiado cerca para ser coincidencia.

Abril buscó historial de David en redes sociales. Facebook tenía perfil pero sin actividad real. Fotos genéricas de paisajes. Sin amigos etiquetándolo. Sin check-ins en lugares.

LinkedIn mostraba su carrera. Sevilla. Barcelona. Madrid. Valencia.

Abril buscó noticias de menores desaparecidas en esas ciudades.

Encontró tres.

María Santos, Sevilla, ocho años atrás.

Elena Vidal, Barcelona, cinco años atrás.

Patricia Molina, Madrid, dos años atrás.

Todas entre 16-17 años. Todas desaparecidas sin rastro.

Abril cruzó las fechas con el historial laboral de David.

Él estaba en Sevilla cuando María desapareció.

En Barcelona cuando Elena desapareció.

En Madrid cuando Patricia desapareció.

Coincidencia no era.

Abril imprimió todo. Guardó las impresiones en una carpeta oculta en su closet.

No podía ir a la policía. No todavía. Sin evidencia concreta, la descartarían. Teoría conspirativa de adolescente traumatizada.

Necesitaba prueba.

Necesitaba entrar a esa casa.

Jueves siguiente.

Abril faltó a la escuela. Le dijo a sus padres que estaba enferma. Ellos se fueron a trabajar sin cuestionarla demasiado.

A las 8 AM, Abril estaba estacionada frente a la casa de David. Lo vio salir. Subir a su auto. Manejar hacia el instituto.

Abril esperó cinco minutos. Después caminó a la casa.

El vecindario estaba tranquilo. Gente en trabajo. Niños en escuela.

Abril caminó alrededor de la casa. Probó la puerta trasera. Cerrada.

Probó ventanas. Todas cerradas.

Llegó a la ventana del sótano escondida detrás del arbusto.

Pequeña. Cubierta con papel desde dentro. Pero el marco parecía viejo.

Abril sacó una navaja. Trabajó en el marco. Madera podrida cedió eventualmente.

Empujó. La ventana se abrió unos centímetros.

Suficiente para ver dentro.

Oscuridad. El papel bloqueaba casi todo.

Abril sacó su teléfono. Encendió la linterna. La pasó por la pequeña apertura.

Vio piso de cemento. Cajas. Nada más desde ese ángulo.

No era prueba. Pero confirmaba que el sótano existía y estaba en uso.

Cerró la ventana. Volvió a acomodar el arbusto.

Caminó de vuelta a su auto.

Un vecino sacaba su basura. Hombre mayor. Miró a Abril con curiosidad.

"¿Buscas a alguien?"

"Sí, a David Roca. Soy estudiante del instituto. Necesito hablar con él sobre mi tarea."

"Ah. Está en el trabajo. Vuelve como a las cinco."

"Gracias."

Abril subió a su auto. Manejó dos cuadras. Estacionó.

Esperó.

El vecino volvió a su casa. Cerró la puerta.

Abril respiró.

Casi arruina todo. Ser vista en la casa de David. Estúpido.

Necesitaba ser más cuidadosa.

Esa noche, Abril volvió. 11 PM. Oscuro. Silencioso.

Estacionó tres cuadras lejos. Caminó a la casa de David.

Luz en el segundo piso otra vez.

Abril fue a la parte trasera. Saltó la cerca. Se agachó bajo la ventana del sótano.

Esperó. Escuchando.

Nada.

Sacó su teléfono. Grabó video del exterior de la casa. Las ventanas cubiertas. La configuración del sótano.

Evidencia documental.

Movimiento arriba. Luz del segundo piso se apagó.

David yendo a dormir.

Abril esperó treinta minutos más. Asegurándose.

Luego volvió a su auto. Manejó a casa.

Sus padres dormían. Abril subió a su cuarto.

Descargó el video. Lo guardó en tres ubicaciones: laptop, teléfono, USB escondido.

Si algo le pasaba, si David descubría lo que estaba haciendo, al menos habría evidencia.

Abrió el documento de notas. Escribió:

Confirmado: Sótano existe y es accesible. Ventanas cubiertas intencionalmente. Vecino confirmó que David vive solo oficialmente. Próximo paso: vigilancia intensiva para encontrar ventana de oportunidad para entrada completa. Necesito ver qué hay dentro de ese sótano.

Si Lucía está ahí, necesito sacarla.

Si no está... al menos sabré que intenté todo.

Abril cerró la laptop.

Se acostó pero no durmió.

Solo pensó en Lucía. En la última vez que se vieron.

En las palabras que no dijo.

En el "te amo" que se quedó atorado en su garganta.

Si Lucía estaba en ese sótano, si estaba viva, Abril encontraría la forma de sacarla.

Aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO 9

Marta No Olvida

Marta Solís bebía café solo a las 6 AM cuando su teléfono no sonaba. Cuando sonaba a esa hora, significaba cuerpo.

Hoy no sonó.

Estaba en su apartamento. Ropa del día anterior todavía puesta. Botella de whisky a medio terminar en la mesa de café.

El caso Romero llevaba archivado cuatro meses. Oficialmente frío. Oficialmente olvidado.

Marta no había olvidado.

Se duchó. Se cambió. Manejó a la comisaría.

Su escritorio estaba enterrado en casos activos. Robo con violencia. Agresión sexual. Homicidio doméstico que cerró la semana pasada—esposo mató a esposa, se entregó llorando.

Casos que podía resolver. Casos con evidencia.

El caso Romero no tenía evidencia. Solo instinto de Marta diciendo que algo estaba mal.

Abrió su cajón personal. El archivo de Lucía estaba ahí. No en los archivos generales donde debería estar.

Marta lo había mantenido. Revisándolo cada semana. Buscando algo que hubiera perdido.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

"Detective Solís."

"Hola, detective. Soy Carmen Romero."

Marta se tensó. "Señora Romero. ¿Pasó algo?"

"No. Nada nuevo. Solo... quería saber si había alguna actualización."

Marta había recibido esta llamada una vez al mes desde que el caso se archivó. Siempre la misma pregunta. Siempre la misma respuesta.

"Lo siento. No hay nada nuevo."

Silencio del otro lado. Luego respiración temblorosa.

"Mi esposo murió la semana pasada."

Marta cerró los ojos. "Lo siento mucho."

"Cirrosis. El alcohol finalmente... " La voz de Carmen se quebró. "Daniel pregunta por su hermana todos los días. Le digo que está en un lugar mejor. No sé si cree eso o si piensa que está muerta."

"Señora Romero—"

"Necesito saber qué pasó. Necesito... necesito poder enterrarla. O saber que está viva en algún lado. Este limbo está matándonos."

Marta no tenía respuesta. Había visto esto antes. Familias destruidas por la incertidumbre. A veces un cuerpo era cierre. Horrible pero concreto.

La ausencia era peor.

"Sigo trabajando el caso cuando puedo," dijo Marta. No era exactamente mentira.

"Gracias, detective."

Carmen colgó.

Marta miró el archivo. La foto de Lucía sonriendo. Diecisiete años. Toda una vida por delante.

Probablemente muerta ahora. Estadísticamente hablando.

Pero Marta no creía en probabilidades. Creía en evidencia.

Y no había evidencia de muerte. Solo desaparición.

Abrió su laptop. Buscó otra vez los casos de las otras ciudades.

María Santos, Sevilla.

Elena Vidal, Barcelona.

Patricia Molina, Madrid.

Lucía Romero, Valencia.

Cuatro chicas. Cuatro ciudades. Un nombre conectándolas.

David Roca.

Marta había intentado investigarlo más profundo hace meses. Sin orden judicial, había límites. Pero había formas.

Llamó a un contacto en Madrid. Detective que le debía favor.

"Ruiz."

"Soy Solís, Valencia. ¿Recuerdas el caso Patricia Molina?"

"La chica desaparecida hace dos años. Sí. Archivo frío."

"¿Entrevistaste a un psicólogo escolar llamado David Roca?"

Pausa. "Sí. ¿Por qué?"

"Tengo caso similar aquí. Roca también está aquí. También en Barcelona cuando otra chica desapareció. También en Sevilla."

"Mierda."

"Necesito saber todo lo que recuerdas de él. Cualquier cosa que te pareció rara."

"Déjame revisar el archivo. Te llamo en una hora."

Marta esperó. Bebió más café. Revisó emails. Casos activos demandando atención.

Ruiz llamó cuarenta minutos después.

"Roca era cooperativo. Demasiado cooperativo. Me acuerdo que me pareció extraño cómo hablaba de Patricia. Como si la conociera íntimamente. Detalles sobre su vida familiar que parecían... invasivos."

"¿Invasivos cómo?"

"Sabía que el padre bebía marca específica de cerveza. Sabía el horario exacto de la madre. Sabía qué programa de TV veía el hermano menor. Cuando le pregunté cómo sabía eso, dijo que Patricia se lo había contado en sesiones."

Marta tomó notas. "¿Algo más?"

"Chequeamos su background. Limpio. Sin antecedentes. Referencias excelentes de trabajos anteriores. Parecía modelo a seguir."

"¿Revisaron su domicilio?"

"Sin orden judicial, no. No teníamos causa probable."

"¿Intentaste conseguir una?"

"Sí. Juez la negó. Evidencia circunstancial. El hecho de que conociera a la víctima no era suficiente."

Mismo problema de Marta.

"¿Qué pasó con el caso?"

"Se enfrió. Sin pistas. Patricia nunca apareció. Viva o muerta." Ruiz hizo pausa. "¿Crees que Roca tiene algo que ver?"

"No tengo prueba. Pero cuatro chicas, cuatro ciudades, mismo patrón, y Roca en todas. No creo en coincidencias."

"Yo tampoco. Pero necesitas evidencia sólida. Algo concreto."

Marta colgó.

Abrió Google Earth. Marcó las ubicaciones de las cuatro desapariciones. Luego las direcciones donde David había vivido.

Todas las chicas desaparecieron a menos de un kilómetro de donde David vivía.

Marta imprimió los mapas. Los añadió al archivo.

No era prueba legal. Pero era patrón.

Esa tarde, Marta manejó al Instituto Valencia. Estacionó afuera.

Estudiantes saliendo. Vida normal. Risas. Mochilas. Adolescentes siendo adolescentes.

Lucía Romero había salido de este instituto un día. Nunca llegó a casa.

Marta vio a David Roca salir. Caminando a su auto. Solo. Como siempre.

Lo siguió.

No era vigilancia oficial. Era curiosidad. Era instinto.

David manejó directo a casa. Sin desvíos.

Marta estacionó dos cuadras atrás. Observó.

David entró a su casa. Luces encendiéndose. Segundo piso primero. Luego planta baja.

Luego nada.

Marta esperó una hora. Ningún movimiento visible.

Iba a irse cuando vio algo.

Luz tenue en una ventana del sótano. Solo por un segundo. Luego oscuridad otra vez.

Las ventanas del sótano estaban cubiertas. Marta lo había notado en una visita anterior cuando pasó "casualmente" por el vecindario.

¿Por qué cubrir ventanas del sótano?

Privacidad. Almacenamiento de cosas valiosas. Cuarto oscuro para fotografía.

O para esconder algo que no debería verse.

Marta tomó foto de la casa. Anotó la hora. Agregó a sus notas personales.

Manejó a casa. Se sentó en su apartamento vacío.

Abrió la botella de whisky. Un trago.

Se convirtió en tres.

Su ex-esposo había llamado la semana pasada. Queriendo saber si había firmado los papeles del divorcio.

Marta no había firmado. No por esperanza. Por apatía. Por estar demasiado cansada para hacer el esfuerzo.

Su vida era trabajo y whisky. No había espacio para nada más.

Especialmente no para casos que no podía resolver.

Pero Lucía Romero no la dejaba ir.

Ni María Santos.

Ni Elena Vidal.

Ni Patricia Molina.

Cuatro chicas. Cuatro fantasmas.

Marta las veía cuando cerraba los ojos.

Viernes siguiente.

Marta fue al supermercado Díaz. 10 AM. Sábado según sus notas de vigilancia anterior, David compraba aquí.

No era vigilancia oficial. Era día libre. Era coincidencia que estuviera aquí.

Caminó por los pasillos. Fingiendo comprar cosas.

A las 10:15, David entró.

Marta lo observó desde el pasillo siguiente. Usando espejo convexo de seguridad para mantenerlo en vista.

David llenó su carrito. Pan. Leche. Huevos. Pollo. Verduras. Pasta.

Mucha comida para una persona.

Añadió papas fritas. Galletas. Dos botellas grandes de agua barata.

Pagó en efectivo. Salió.

Marta esperó un minuto. Luego siguió.

David cargó las bolsas en su auto. Manejó directo a casa.

Marta no lo siguió hasta allá. Demasiado obvio.

Pero había visto suficiente.

David Roca vivía solo según registros. Sin esposa. Sin hijos. Sin compañero de cuarto.

¿Por qué comprar comida para dos o tres personas?

Podía ser que cocinara en lote. Que congelara comidas.

O podía estar alimentando a alguien que no debería estar ahí.

Lunes siguiente.

Marta fue confrontada por el comisario.

"¿Por qué estás vigilando a David Roca?"

Marta se quedó quieta. "¿Disculpa?"

"Recibí llamada. Roca reportó que una detective lo ha estado siguiendo. Te describió perfectamente."

Mierda.

"Estoy revisando casos fríos en mi tiempo libre."

"El caso Romero está cerrado. Archivado. No es tu tiempo libre si estás acosando civiles."

"No es acoso. Es investigación."

"Sin orden judicial, sin autorización, es acoso." Vicente se sentó en el borde del escritorio de Marta. "Mira, sé que este caso te afectó. Pero no puedes obsesionarte."

"Hay patrón. Cuatro chicas en cuatro ciudades. Roca en todas."

"Eso no es evidencia. Es coincidencia geográfica."

"Demasiada coincidencia."

"Entonces consigue orden judicial."

"Ya intenté. Fue negada."

"Porque no hay causa probable." Vicente bajó la voz. "Solís, eres buena detective. Pero esto te está consumiendo. Estás bebiendo más. Tus otros casos están sufriendo. Necesitas soltar esto."

Marta no respondió.

"Si te vuelvo a atrapar vigilando a Roca sin autorización, habrá consecuencias. ¿Entendido?"

"Entendido."

Vicente se fue.

Marta cerró el archivo de Lucía. Lo guardó en su cajón.

Oficialmente, soltaría el caso.

Oficialmente.

Esa noche, Marta manejó a calle Robles. Estacionó lejos de la casa de David.

No iba a confrontarlo. Solo observar.

Vio las luces. Segundo piso encendido. Luego apagado a las 11 PM.

Marta esperó.

A las 11:30, movimiento en el auto estacionado tres casas adelante.

Alguien estaba ahí. Sentado. Observando la casa de David.

Marta se acercó a pie. Usó linterna.

Adolescente en el auto. Chica. Se asustó cuando Marta tocó la ventana.

Bajó el vidrio.

Marta reconoció la cara. Abril Mendoza. Mejor amiga de Lucía.

"¿Qué haces aquí?" preguntó Marta.

Abril no respondió.

"Estás vigilando la casa de David Roca."

"No."

"No me mientas. Te vi desde mi auto."

Abril miró hacia otro lado.

Marta abrió la puerta del pasajero. Se sentó.

"Habla."

"No hay nada que decir."

"¿Por qué vigilas a Roca?"

"No lo estoy vigilando."

"Abril. Soy detective. Sé cuándo alguien está haciendo vigilancia amateur." Marta esperó. "¿Sabes algo sobre la desaparición de Lucía?"

Abril apretó el volante.

"Si sabes algo, necesito que me digas."

"No puedo."

"¿Por qué no?"

"Porque si hablo, la matará."

Las palabras salieron antes de que Abril pudiera detenerlas.

Marta se tensó. "¿Quién la matará? ¿Roca?"

Abril cerró los ojos. Había dicho demasiado.

"Abril, si Lucía está viva, si Roca la tiene, necesito saberlo."

"No tengo prueba."

"¿Pero sabes algo?"

Abril sacó su teléfono. Mostró foto guardada. La Polaroid de Lucía. Demacrada. Con moretones. Sosteniendo periódico de hace dos meses.

Marta sintió que el aire salía de sus pulmones.

"¿Dónde conseguiste esto?"

"En mi casillero. Hace dos meses."

"¿Y no viniste a la policía?"

"La nota decía que si hablaba, mataría a su familia." Abril mostró la nota fotografiada también.

Marta leyó. *Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano.*

"Mierda."

"He estado investigando sola. Siguiendo a Roca. Él tiene que tenerla. Tiene que ser él."

Marta miró la foto de Lucía. Evidencia real. Prueba de vida.

De hace dos meses. Lucía podía estar muerta ahora.

O podía estar viva. Cautiva. Esperando.

"Dame todo lo que tienes," dijo Marta. "Cada foto. Cada nota. Cada observación."

"¿Qué vas a hacer?"

"Conseguir orden judicial. Con esto, tengo causa probable."

"¿Y si la mata antes de que entres?"

"¿Y si muere porque no actuamos?"

Abril no tenía respuesta.

Pasó las fotos a Marta. Todo. Meses de investigación.

Marta las revisó. Amateur pero meticuloso. Abril había hecho buen trabajo.

"No vuelvas aquí," dijo Marta. "Si Roca te ve, podría ponerte en peligro."

"Necesito sacarla."

"Yo la sacaré. Es mi trabajo."

"Fallaste la primera vez."

Las palabras dolieron porque eran verdad.

"No fallaré otra vez," dijo Marta.

Abril la miró. Buscando certeza. Encontrando solo determinación cansada.

"Sálvala," susurró Abril. "Por favor."

"Lo intentaré."

Marta bajó del auto. Vio a Abril alejarse.

Luego miró la casa de David Roca.

Las luces apagadas. Silencio.

Ahí adentro, en algún lugar, podía estar Lucía.

Viva. Esperando.

Marta tenía evidencia ahora. Tenía causa probable.

Mañana conseguiría la orden.

Esta vez no fallaría.

Esta vez traería a Lucía a casa.

Viva o muerta.

CAPÍTULO 10

La Casa

Abril no fue directo a casa después de que Marta se fue.

Manejó sin rumbo. Calles vacías a medianoche. Semáforos parpadeando amarillo.

Había roto su promesa a Lucía. Había hablado. Le había dado las fotos a la policía.

¿Y si David lo sabía? ¿Y si tenía forma de saber?

El teléfono de Abril vibró. Número desconocido.

Su corazón se detuvo.

Contestó. "¿Hola?"

Silencio.

"¿Hola?"

Respiración. Lenta. Deliberada.

Luego voz. Distorsionada. Como pasada por filtro digital.

"No debiste hablar."

Clic. Llamada terminada.

Abril dejó caer el teléfono. Manos temblando tanto que apenas podía sostener el volante.

Estacionó en el arcén. Respirando rápido. Pánico cerrando su garganta.

Él sabía. David sabía que había hablado.

Abril marcó el número de Marta. Directo a buzón.

Marcó otra vez. Buzón.

Mierda.

Arrancó el auto. Manejó a calle Robles.

Llegó a la casa de David. Todas las luces apagadas ahora.

El auto de David estaba en la entrada.

Abril estacionó al otro lado de la calle. Observando.

Nada se movía.

Su teléfono vibró otra vez. Mensaje de texto. Número desconocido.

Foto adjunta.

Abril abrió la imagen.

Lucía. En el sótano. Encadenada. Mirando directo a la cámara.

Y detrás de ella, visible en la esquina del encuadre, una pantalla de computadora.

Mostrando feed de seguridad.

Mostrando el exterior de la casa de David.

Mostrando el auto de Abril estacionado afuera.

En tiempo real.

Mensaje de texto debajo de la foto: *Te veo.*

Abril sintió hielo en sus venas.

David la estaba mirando ahora mismo. Sabía que estaba ahí.

Otro mensaje: *Entra. O ella muere en los próximos cinco minutos.*

Abril miró la casa. Oscura. Silenciosa.

Trampa. Obviamente trampa.

Pero si no entraba...

Su teléfono vibró otra vez. Video.

Abril lo abrió.

David. En el sótano. De pie junto a Lucía.

Tenía cuchillo en la mano.

"Hola, Abril," dijo en el video. Voz calmada. Normal. Sin filtro digital esta vez. "Sé que estás afuera. Sé que hablaste con la policía. Eso fue error."

Presionó el cuchillo contra el cuello de Lucía. Ella gimió. Lágrimas corriendo por su cara.

"Tienes dos opciones," continuó David. "Entras ahora. Sola. O la mato mientras miras."

El video se congeló en la cara de Lucía. Terror absoluto.

Abril miró alrededor. Calle vacía. 12:30 AM. Sin testigos.

Llamó a Marta otra vez. Buzón.

Escribió mensaje: *En casa de Roca. Él sabe. Dice que matará a Lucía si no entro. Voy a entrar. Por favor ven.*

Envió. Sin saber si Marta lo vería a tiempo.

Bajó del auto.

Caminó a la puerta principal de la casa de David.

Estaba entreabierta.

Abril empujó. Bisagras crujiendo suavemente.

"Entra," voz de David desde adentro. "Cierra la puerta detrás de ti."

Abril entró. Cerró la puerta.

La casa estaba oscura. Solo luz tenue viniendo del sótano.

"Baja las escaleras. Despacio."

Abril caminó hacia donde venía la voz. Encontró la puerta del sótano. Abierta.

Escaleras descendiendo a oscuridad parcial.

Empezó a bajar.

Cada paso chirriando bajo su peso.

Llegó al fondo.

El sótano estaba dividido por cortina negra. Luz viniendo de detrás.

"Pasa la cortina."

Abril la movió.

David estaba ahí. De pie junto a Lucía encadenada. Cuchillo todavía en su mano.

Al otro lado del sótano, Ana. Encadenada también. Mirando con ojos enormes.

"Cierra la cortina," dijo David.

Abril lo hizo.

Ahora estaban los cuatro en espacio cerrado. Dos chicas encadenadas. Una detective amateur. Un psicópata con cuchillo.

"Sabía que vendrías," dijo David. "Eres predecible. Todo este tiempo vigilándome. Pensaste que eras cuidadosa. Pero te vi desde la primera semana."

Abril no respondió.

"La detective también. Solís. La vi siguiéndome hace meses. Ustedes son tan... obvias."

David se acercó a Abril. Ella retrocedió hasta que su espalda tocó la pared.

"Dale tu teléfono."

"No."

David presionó el cuchillo contra el cuello de Lucía. Sangre brotando en línea fina.

Lucía gritó.

"Tu teléfono. Ahora."

Abril se lo dio.

David lo tiró al piso. Lo pisoteó hasta que la pantalla se quebró.

"Ahora. Vas a sentarte." Señaló el piso junto a Ana. "Y vas a quedarte callada mientras decido qué hacer contigo."

"Déjalas ir," dijo Abril. "Llámame a mí. Fue mi culpa. Yo hablé."

"Oh, lo sé. Y habrá consecuencias." David sonrió. "Pero no inmediatas. Primero quiero que entiendas algo."

Se arrodilló frente a Abril. Lo suficientemente cerca para que ella pudiera oler su aliento. Menta.

"He hecho esto cuatro veces antes. Bueno, técnicamente ocho si contamos las que no sobrevivieron. Y nunca. Nunca. Me han atrapado."

Abril tragó saliva.

"¿Sabes por qué?" David se paró. "Porque soy paciente. Porque planeo. Porque elijo chicas que nadie busca demasiado. Chicas rotas de familias rotas."

Caminó hacia Lucía. Le tocó el cabello. Ella se encogió.

"Lucía encajaba perfectamente. Padre alcohólico. Madre ausente. Hermano pequeño. Baja autoestima. Secretos que la hacían vulnerable."

Miró a Abril. "Secretos sobre ti."

Abril sintió que el piso se movía bajo ella.

"Supe sobre ustedes desde el principio," dijo David. "Que eran más que amigas. Lucía me lo contó en sesiones. Pensó que era seguro. Que yo la ayudaría."

Lucía sollozó.

"Usé eso," continuó David. "Por eso te envié las notas a ti. Sabía que vendrías. Sabía que no podrías dejarlo ir. Amor verdadero y todo eso."

Se rio. Sonido sin humor.

"Y ahora estás aquí. Justo donde quería."

Abril miró a Lucía. A Ana. Las dos mirándola con mezcla de esperanza y terror.

No había plan. No había escape obvio.

Abril había caminado directo a la trampa.

"Entonces, ¿qué ahora?" preguntó, voz más firme de lo que sentía.

"Ahora espero," dijo David. "Espero a ver si tu detective amiga viene. Si consigue orden judicial. Si irrumpe aquí."

Sacó su teléfono. Mostró pantalla. Feeds de cámaras de seguridad. Exterior de la casa desde múltiples ángulos.

"Tengo sensores en todas las entradas. Si alguien se acerca, lo sabré."

Guardó el teléfono. "Si la policía viene antes del amanecer, bueno... será caótico. Tendré que apurarme. Tres cuerpos son más difíciles de manejar que uno, pero tengo plan de contingencia."

Caminó a la escalera. "Si no vienen... entonces tengo tiempo. Tiempo para decidir qué hacer contigo. Si vales la pena mantener. O si eres solo... complicación a eliminar."

Subió dos escalones. Se detuvo.

"Una cosa más, Abril. Tu mensaje a Solís. Lo vi antes de romper tu teléfono. Muy dramático. 'Por favor ven.' Pero hay problema."

Sonrió.

"Solís no vendrá esta noche. Porque no tiene orden judicial todavía. Y sin orden, no puede entrar legalmente. Es policía. Sigue reglas."

David subió el resto de las escaleras.

"Descansen. Mañana será día largo."

La puerta del sótano se cerró. Candado trabándose.

Oscuridad casi completa. Solo luz pequeña en la esquina.

Abril se quedó sentada en el piso. Espalda contra la pared fría.

Lucía lloraba en silencio.

Ana miraba al vacío.

Abril había venido a salvarlas.

Ahora las tres estaban atrapadas.

Y nadie sabía dónde estaban.

Arriba, David lavó el cuchillo en el fregadero de la cocina. Lo secó cuidadosamente. Lo guardó en el cajón.

Se sirvió vaso de agua. Tomó dos aspirinas. Había sido noche larga.

Revisó las cámaras de seguridad en su teléfono otra vez. Calle vacía. Sin autos policiales. Sin movimiento.

Tal como esperaba.

Subió a su cuarto. Se acostó en la cama.

Puso alarma para las 6 AM. Necesitaba estar despierto cuando amaneciera. Listo para lo que viniera.

Si Solís venía, tendría que actuar rápido. Tres cuerpos. Podía manejarlos. Había planeado para esta contingencia.

Si no venía... bueno. Entonces tendría que replantear.

Tres chicas era demasiado. Demasiado riesgo. Demasiado trabajo.

Una tendría que irse. Permanentemente.

Probablemente Ana. Ya no era útil. Demasiado dañada. Demasiado rota.

O Abril. Complicación no planeada. Riesgo.

O Lucía. Su favorita. Pero si tenía que elegir...

David cerró los ojos.

Decisiones, decisiones.

Las tomaría en la mañana.

Con cabeza clara.

Por ahora, dormir.

En el sótano, Abril se arrastró hacia Lucía.

"Lo siento," susurró. "Lo siento mucho."

Lucía no respondió. Solo lloró.

Abril tomó su mano. Fría. Huesuda.

"Voy a sacarnos de aquí."

"No puedes," dijo Lucía. Voz muerta. "Nadie puede. Ya intenté todo."

"Tiene que haber forma."

"No hay. Él planea todo. Cada detalle." Lucía levantó la vista. Ojos vacíos. "Deberías haberme dejado. Ahora vas a morir también."

Abril apretó su mano.

"Si voy a morir, al menos estoy contigo."

Lucía cerró los ojos. Lágrimas nuevas.

Al otro lado, Ana habló por primera vez. Voz ronca.

"Tiene razón. No hay escape. Llevo aquí dos meses. He intentado todo."

"¿Cómo te capturó?" preguntó Abril.

"Ofrecí aventón cuando salí de mi casa de acogida. Confiaba en él. Era trabajador social. Se suponía que ayudaba."

Ana se rio. Sonido quebrado.

"Todos confiamos en él. Por eso somos tan fáciles."

Abril miró alrededor del sótano. Paredes de cemento. Puerta de metal. Sin ventanas accesibles.

Cadenas pesadas en los tobillos de Lucía y Ana.

Pero Abril no estaba encadenada todavía.

Eso era algo.

Se paró. Exploró el espacio. Buscando algo. Cualquier cosa.

Encontró herramientas en caja en la esquina. David había sido descuidado. O confiado.

Abril sacó destornillador. Pequeño pero sólido.

No era arma. Pero era algo.

Lo escondió en su bolsillo.

Volvió junto a Lucía.

"¿Sabes su rutina? ¿Cuándo baja? ¿Cuándo está distraído?"

"Baja dos veces al día," dijo Lucía. "Mañana y noche. Trae comida. A veces se queda. A veces solo deja la bandeja y se va."

"¿Alguna vez baja sin el cuchillo?"

"A veces. Cuando piensa que estamos demasiado débiles para resistir."

Abril asintió. Plan formándose. Débil. Desesperado. Pero plan.

Cuando David bajara mañana, Abril esperaría. Paciente. Quieta.

Y cuando se acercara...

No sabía qué pasaría después. Solo sabía que tenía que intentar.

Porque Marta no vendría. No a tiempo.

Porque estaban solas.

Porque si Abril no hacía algo, las tres morirían en este sótano.

Y Lucía nunca sabría que Abril había venido por ella. Que había sido valiente finalmente.

Aunque fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 11

El Cautiverio - Mes Dos

Dos meses después de que Lucía fue capturada.

David había establecido rutina. Predecible. Metódica.

7 AM: bajaba con desayuno. Pan. Queso. Agua.

7 PM: bajaba con cena. Pasta. Pollo. Verduras a veces.

Entre esas horas, Lucía estaba sola en oscuridad casi completa.

Había intentado todo.

Intentó gritar. Sus gritos murieron en paredes insonorizadas.

Intentó romper la cadena. El metal era industrial. Irrompible sin herramientas.

Intentó forzar el candado. Imposible sin llave.

Intentó no comer. David la dejaba hasta que el hambre ganaba.

Cada rebelión terminaba igual. Con Lucía más débil. Con David más satisfecho.

Él disfrutaba verla intentar. Verla fallar.

"Tienes espíritu," decía. "Me gusta eso. Hace el proceso más interesante."

Este día, David bajó temprano. 6 AM. Antes de lo usual.

Lucía estaba medio dormida en el colchón sucio.

"Despierta," dijo David. "Tenemos visita."

Lucía se sentó. Confusa.

David arrastró algo pesado por las escaleras.

No algo. Alguien.

Una chica. Inconsciente. Pelo rubio. Joven.

David la dejó caer en el piso del otro lado de la cortina negra.

"Te presento a Ana," dijo. "Tu nueva compañera."

Lucía miró a la chica inconsciente. Tenía quizá dieciséis años. Delgada. Ropa sucia.

"¿Qué le hiciste?"

"Lo mismo que te hice a ti. Cloroformo. Funciona perfecto." David encadenó el tobillo de Ana a otro gancho en la pared. "Despertará en unas horas. Asustada. Confundida. Como tú al principio."

David se paró. Miró a Lucía.

"No quiero que le hables. No quiero que conspiren. ¿Entendido?"

"¿Por qué trajiste a otra?"

"Porque puedo." David sonrió. "Y porque me gusta tener opciones."

Se fue.

Lucía miró a Ana. La chica empezó a despertar. Gimiendo. Moviendo la cabeza.

Abrió los ojos. Pánico inmediato.

Intentó gritar. Tenía mordaza todavía.

Lucía susurró. "Tranquila. No te va a ayudar gritar."

Ana la miró. Ojos enormes llenos de terror.

"Estamos en su sótano. Está insonorizado. Nadie nos oye."

Ana tiró de la cadena. Frenética.

"No se rompe. Ya intenté."

Ana empezó a llorar debajo de la mordaza.

Lucía quería consolarla. Decirle que estaría bien. Pero sería mentira.

Nada estaría bien.

David bajó esa noche. Quitó la mordaza de Ana.

Ella gritó inmediatamente. "¡AYUDA! ¡AYÚDENME! ¡ALGUIEN!"

David esperó. Dejándola gritar hasta que su voz se rompió.

"¿Terminaste?"

Ana lo miró con odio puro.

"¿Quién eres? ¿Por qué me trajiste aquí?"

"Soy David. Te traje porque te elegí." Misma explicación que le dio a Lucía. "Y vas a quedarte aquí hasta que decida qué hacer contigo."

"Mi familia me buscará."

"¿Qué familia?" David sacó su teléfono. Mostró archivo. "Ana Méndez. Dieciséis años. Casa de acogida desde los doce. Padres muertos. Sin familia extendida. Historial de fugas."

La cara de Ana se derrumbó.

"Cuando reportaron tu desaparición—si es que lo hicieron—asumieron que te fugaste otra vez. Pasa todo el tiempo con chicas como tú."

David guardó el teléfono. "Nadie te busca, Ana. Igual que nadie busca a Lucía."

Dejó comida. Subió las escaleras.

Ana lloró toda la noche.

Días pasaron. Una semana. Dos.

David bajaba. Traía comida. A veces se quedaba horas. Mirándolas. Hablando con voz calmada sobre sus vidas pasadas.

Sabía todo sobre ellas. Detalles íntimos que solo habían compartido en sesiones de terapia supuestamente privadas.

Usaba ese conocimiento como arma. Recordándoles sus peores momentos. Sus mayores vergüenzas.

Con Ana, hablaba sobre su padrastro que abusó de ella antes de que entrara al sistema.

Con Lucía, sobre su padre alcohólico. Sobre Abril. Sobre sentirse no querida.

Cada palabra diseñada para romperlas más.

Un mes después de que Ana llegó.

Lucía y Ana habían empezado a hablar en susurros cuando David no estaba.

Violando su regla. Arriesgándose a castigo.

Pero necesitaban conexión humana. Algo que no fuera David.

"¿Cuánto tiempo llevas aquí?" preguntó Ana.

"Tres meses creo. Perdí la cuenta."

"¿Has intentado escapar?"

"Todo. No funciona nada."

Ana miró la cadena en su tobillo. "Tiene que haber forma."

"Si la hay, no la he encontrado."

Silencio. Luego Ana preguntó lo que ambas pensaban.

"¿Crees que nos matará?"

Lucía no respondió inmediatamente.

"No sé. A veces pienso que sí. Que solo está esperando el momento correcto."

"¿Y otras veces?"

"Otras veces pienso que esto es peor que morir. Que nos mantendrá aquí para siempre."

Ana cerró los ojos.

"Mi padrastro solía... hacerme cosas. Pensé que cuando me sacaron de esa casa, se terminó. Que estaba a salvo."

Voz quebrándose.

"Pero nunca termina, ¿verdad? Siempre hay alguien queriendo lastimarte."

Lucía extendió su mano tanto como la cadena permitía. Ana hizo lo mismo. Sus dedos apenas se tocaban.

"No estás sola," dijo Lucía. "Esta vez no estás sola."

Pequeño consuelo. Pero algo.

David las descubrió hablando una semana después.

Bajó silenciosamente. Las oyó susurrando.

"Interesante," dijo, haciéndolas saltar.

Las dos se quedaron quietas.

"Les dije que no hablaran."

"Lo siento," murmuró Lucía.

"Lo siento no es suficiente." David se acercó. "Las advertencias tienen que tener consecuencias. Si no, no significan nada."

Sacó el cuchillo que siempre llevaba ahora.

Ana gritó.

David la ignoró. Se arrodilló junto a Lucía.

"Dame tu mano."

"No."

"Lucía. Tu mano."

Lucía extendió la mano temblando.

David presionó el cuchillo contra su palma. Hizo corte superficial. Sangre brotando.

Lucía gimió pero no gritó.

"Eso es por desobeder." David limpió el cuchillo en su pantalón. "Próxima vez será peor."

Se paró. Colgó cortina negra entre ellas. Dividiéndolas completamente.

"Ya no pueden ni verse. Eso es lo que pasa cuando rompen reglas."

Se fue.

Lucía presionó su mano sangrando contra su camisa.

Del otro lado de la cortina, Ana lloraba.

"Lo siento," susurró Lucía. "Lo siento mucho."

"No es tu culpa," Ana susurró de vuelta.

Pero se sentía como su culpa.

Todo se sentía como culpa de Lucía.

Si no hubiera subido al auto de David ese día.

Si no hubiera confiado en él.

Si no hubiera sido tan estúpida, tan ingenua, tan desesperada por que alguien la escuchara.

Ahora estaba aquí. Ana estaba aquí.

Y nadie venía a salvarlas.

Dos semanas después.

David bajó con laptop.

"Quiero mostrarles algo."

Puso la laptop donde ambas pudieran ver. Video de noticias.

"Menor desaparecida sigue sin pistas. Lucía Romero lleva tres meses desaparecida. Policía archiva caso como frío."

La cara de Lucía en pantalla. Su mamá siendo entrevistada. "Si alguien sabe algo..."

David pausó el video.

"Ves? Caso frío. Ya no buscan activamente. Eres historia vieja."

Cambió a otro video. "Ana Méndez. Desaparecida hace dos meses. Se cree que fugó de hogar de acogida."

Foto de Ana. Ninguna familia pidiendo su regreso.

"Nadie te busca," dijo David. "Literalmente nadie."

Cerró la laptop.

"Entonces aquí está la realidad. Pueden quedarse aquí indefinidamente. O pueden hacer esto más fácil para todos."

"¿Más fácil cómo?" preguntó Lucía.

"Dejan de resistir. Dejan de llorar. Dejan de pensar en escape." David habló con voz razonable. Como terapeuta. "Aceptan que esta es su vida ahora. Yo cuido de ustedes. Las alimento. Las mantengo vivas. A cambio, obedecen."

"Vete a la mierda," dijo Ana.

David sonrió. "Todavía tienes espíritu. Está bien. Con el tiempo se romperá."

Subió las escaleras.

Lucía miró el techo. Imaginó el mundo arriba. Sol. Aire fresco. Libertad.

Cosas que tal vez nunca volvería a ver.

Cuatro meses después de su captura.

Lucía había dejado de contar días exactos.

Tiempo se volvió borroso. Comidas marcaban rutina pero no significaban nada.

Su cuerpo había cambiado. Perdió peso. Músculos atrofiados. Piel pálida por falta de sol.

Su mente también cambió.

Empezó a disociarse cuando David bajaba. Se separaba de su cuerpo. Miraba desde lejos mientras él hablaba, mientras tocaba su cabello, mientras la obligaba a comer.

No era real. Nada era real.

Solo sobrevivir al siguiente minuto. La siguiente hora.

No pensar en Daniel. En su mamá. En Abril.

Especialmente no en Abril.

Pensar en Abril dolía demasiado.

Pero una noche, sola en la oscuridad, Lucía pensó en ella de todos modos.

Recordó su primera beso. Detrás de las gradas del instituto. Rápido. Asustadas de que alguien las viera.

Recordó noches en el auto de Abril. Hablando hasta el amanecer. Tocándose con cuidado. Como si fueran frágiles.

Recordó la última pelea. Palabras crueles. Dolor.

Lucía cerró los ojos.

Si alguna vez saliera de aquí—si, no cuando—necesitaba que Abril supiera.

Que la perdonaba.

Que la amaba.

Que nada de esto era su culpa.

David bajó con papel y lápiz esa semana.

"Quiero que escribas algo."

"¿Qué?"

"Lo que sea. Carta. Nota. A quien quieras."

Lucía lo miró sospechosamente. "¿Por qué?"

"Experimento. Quiero ver qué escribes cuando piensas que nadie lo leerá."

Mentira. Todo con David era manipulación.

Pero Lucía tomó el papel.

Escribió con mano temblorosa.

Abril. Estoy viva. Cerca. Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano. Él lo sabe todo de ellos. Encuéntrame tú. Silencio o muerte.

Dobló el papel. Se lo dio a David.

Él lo leyó. Sonrió.

"Perfecto."

Subió las escaleras con la nota.

Lucía no sabía qué haría con ella.

No sabía que David la pondría en el casillero de Abril dos meses después.

No sabía que empezaría cadena de eventos que traería a Abril directo a esta trampa.

Solo sabía que había intentado advertir a la persona que amaba.

Y esperaba que fuera suficiente.

CAPÍTULO 12

La Primera Entrada

Cuatro meses antes del presente.

Abril se despertó a las 3 AM. Pesadilla. Lucía gritando su nombre. Alejándose en la oscuridad.

No pudo volver a dormir.

Se sentó en su escritorio. Abrió el documento de investigación.

Treinta días vigilando a David Roca. Treinta días de patrones. Rutinas. Nada concreto.

Necesitaba más. Necesitaba evidencia real.

Necesitaba entrar a esa casa.

Revisó sus notas. Martes David se quedaba en el instituto hasta las 6 PM. Reuniones de personal.

Abril tenía ventana de oportunidad.

Pero era ilegal. Allanamiento. Si la atrapaban, arrestada. Antecedentes penales. Universidad arruinada.

Miró la foto de Lucía en su teléfono. Sonriendo. Viva.

Valía el riesgo.

Martes siguiente.

Abril faltó a la última clase. Salió del instituto a las 2 PM.

Manejó a calle Robles. Estacionó dos cuadras lejos.

Esperó. Observando.

3 PM: vecinos en trabajo. Calle vacía.

Abril caminó a la casa de David. Rodeó al jardín trasero.

Saltó la cerca baja. Agachándose detrás de arbustos.

Probó la puerta trasera. Cerrada con llave.

Probó ventanas. Todas cerradas.

Llegó a la ventana del sótano medio escondida. Cubierta con papel desde dentro.

Sacó destornillador. Trabajó en el marco de madera vieja.

Veinte minutos de esfuerzo. La ventana cedió.

Abril la empujó. Se abrió cinco centímetros. No más.

Suficiente para pasar linterna.

Encendió su teléfono. Luz brillando a través de la pequeña apertura.

Vio piso de cemento. Cajas apiladas. Herramientas de jardín.

Nada sospechoso desde este ángulo.

Abril empujó más fuerte. La ventana se abrió otros centímetros.

Podía caber si se contorsionaba.

Lo pensó. Cinco segundos. Diez.

Metió la cabeza primero.

Espacio apretado. Sus hombros apenas pasaron.

Cayó en el cuarto de almacenamiento. Aterrizó mal. Dolor en muñeca.

Se quedó quieta. Escuchando.

Silencio absoluto.

Se paró. Sacudió la muñeca. No rota. Solo adolorida.

Encendió la linterna del teléfono. Exploró el cuarto.

Cajas con rótulos. "Libros." "Ropa de invierno." "Documentos."

Abrió la caja de documentos. Papeles del banco. Facturas. Todo normal.

Cruzó el cuarto. Puerta al otro lado.

La abrió. Pasillo pequeño. Otra puerta al final.

Esa puerta tenía candado. Pesado. Profesional.

¿Por qué candado en puerta interior?

Abril se acercó. Probó el candado. Sólido. Sin forma de abrirlo sin cortapernos.

Revisó el cuarto de almacenamiento. Entre las herramientas de jardín encontró cortapernos viejos.

Los llevó al candado. Posicionó las cuchillas.

Presionó. Metal resistiendo.

Presionó más fuerte. Sus manos temblando por el esfuerzo.

El candado no cedió.

Abril descansó. Respiró profundo.

Intentó otra vez. Ángulo diferente.

Esta vez el metal empezó a ceder. Lentamente.

Un último empujón. El candado se rompió.

Cayó al piso con sonido metálico que retumbó en el espacio cerrado.

Abril se quedó petrificada. Esperando alarmas. Sirenas. Algo.

Nada.

Abrió la puerta.

Escaleras bajando a oscuridad.

El olor la golpeó. Humedad. Sudor. Orina. Algo más. Algo orgánico y podrido.

Abril bajó las escaleras. Paso a paso.

Llegó al fondo. Espacio más grande. Dividido por cortina negra.

Movió la cortina.

El sótano estaba vacío.

Colchón sucio en una esquina. Cadena conectada a gancho en la pared. Baño portátil. Bandejas de comida con restos viejos.

Pero no había nadie.

Abril caminó alrededor. Buscando. Tocando paredes. Buscando puertas ocultas. Cuartos secretos.

Nada.

El sótano estaba configurado para mantener a alguien cautivo. Eso era obvio.

Pero estaba vacío ahora.

Abril sacó su teléfono. Tomó fotos. Las cadenas. El colchón. El baño. Todo.

Evidencia.

Pero evidencia de qué exactamente. David podía decir que era cuarto de almacenamiento extraño. Fetiche personal. Nada ilegal.

Sin víctima actual, sin cuerpo, no era prueba de crimen.

Abril revisó otra vez. Más cuidadosamente.

Encontró cabellos largos en el colchón. Oscuros. Como los de Lucía.

Los guardó en bolsa plástica pequeña que traía.

Encontró marca en la pared. Altura. Como midiendo a alguien.

Encontró uñas rotas en una esquina. Como si alguien hubiera arañado el cemento.

Evidencia. Pequeña. Circunstancial. Pero algo.

Revisó la hora. 4:30 PM.

David volvería en hora y media.

Abril subió las escaleras. Volvió a poner el candado roto en su lugar. Parecía cerrado desde lejos.

Volvió al cuarto de almacenamiento. Salió por la ventana.

Apenas logró impulsarse hacia arriba. La ventana era más fácil para entrar que salir.

Finalmente salió. Cerró la ventana. Acomodó el marco.

Saltó la cerca. Caminó a su auto.

Nadie la vio. Nadie la detuvo.

Manejó a casa. Manos todavía temblando.

Había entrado. Había encontrado el sótano.

Pero Lucía no estaba ahí.

¿Significaba que Abril estaba equivocada? ¿Que David no la tenía?

¿O significaba que la había movido? ¿Matado? ¿Escondido en otro lugar?

Abril no sabía.

Solo sabía que el sótano de David estaba configurado para cautiverio.

Y que tenía que averiguar dónde estaba Lucía ahora.

Esa noche, Abril recibió mensaje.

Número desconocido.

"Sé que entraste a mi casa."

Su sangre se congeló.

Otro mensaje: "Veo todo."

Foto adjunta. Abril saliendo por la ventana del sótano. Tomada desde cámara de seguridad que no había visto.

Abril dejó caer el teléfono.

Él sabía. David sabía.

¿Por qué no había hecho nada? ¿Por qué no llamó a la policía?

Otro mensaje: "Eres valiente. Me gusta eso. Pero estás jugando juego peligroso."

Abril no respondió.

Último mensaje: "Ella está aquí. Viva. Por ahora. Si quieres verla, sigue buscando. Pero cuidado. Mientras más te acercas, más peligro corres. Para ti. Para ella. Para todos los que amas."

El teléfono dejó de vibrar.

Abril se sentó en su cama. Paralizada.

David la estaba vigilando. Probablemente desde el principio.

Sabía que ella sabía.

Y estaba jugando con ella. Como gato con ratón.

Abril abrió su laptop. Descargó las fotos del sótano. Las guardó en múltiples ubicaciones.

Si algo le pasaba, al menos habría evidencia.

Escribió documento detallando todo. La vigilancia. La entrada. Los mensajes amenazantes.

Lo guardó con instrucciones: "Si me pasa algo, dar a la policía. Detective Marta Solís."

No sabía si serviría. Pero era algo.

Abril no durmió esa noche.

Solo esperó. Preguntándose cuándo David haría su próximo movimiento.

Preguntándose si Lucía realmente estaba viva.

Preguntándose si ella misma vería el próximo amanecer.

CAPÍTULO 13

Ana

Dos meses antes del presente.

Ana Méndez despertó en oscuridad.

Cabeza palpitando. Boca seca. Náusea subiendo por su garganta.

Intentó moverse. No pudo.

Manos atadas. Tobillos atados. Mordaza en la boca.

Pánico inmediato. Absoluto.

Se retorció. Cuerda cortando su piel.

¿Dónde estaba? ¿Qué pasó?

Último recuerdo: saliendo de su casa de acogida. Otra pelea con los padres temporales. No aguantaba más.

Empacó mochila. Salió.

Iba a casa de una amiga. Solo por unos días. Hasta calmarse.

Caminaba por la calle cuando auto se detuvo.

Ventana bajándose. Hombre sonriendo.

"¿Ana? Soy Javier Ortiz. ¿Te acuerdas de mí?"

Ana lo reconoció. Trabajador social. Había procesado su caso cuando entró al sistema hacía cuatro años.

"¿Estás bien? Pareces alterada."

"Estoy bien."

"¿Segura? ¿A dónde vas con esa mochila?"

Ana había dudado. Pero Javier era seguro. Adulto responsable. Parte del sistema que se suponía la protegía.

"Tuve pelea con mis padres de acogida. Voy a casa de una amiga."

"Déjame llevarte. Es tarde para caminar sola."

"No, gracias. Está cerca."

"Insisto. No me sentiría bien dejándote aquí."

Ana había subido al auto.

Error fatal.

Javier manejó dirección correcta. Hablando normalmente. Preguntando por la escuela. Por la casa de acogida.

Luego se desvió.

"Esta no es la ruta," dijo Ana.

"Tengo que pasar por algo primero. Solo un minuto."

Alarma en el estómago de Ana. "Déjame aquí. Puedo caminar."

"No seas tonta."

El auto se detuvo. No frente a casa. Frente a edificio que Ana no reconocía.

"Baja. Necesito mostrarte algo."

"No quiero."

Javier la agarró del brazo. Fuerte. "Dije que bajes."

Ana intentó abrir la puerta del otro lado. Seguros activados.

Javier la sacó a la fuerza. La arrastró al edificio.

Ana gritó. Nadie vino.

La llevó a apartamento vacío. La tiró en el piso.

Sacó trapo húmedo. Olor químico.

Presionó contra la cara de Ana.

Ella peleó. Intentó morder. Rasguñar.

Javier era más fuerte.

El mundo se volvió borroso. Negro.

Ahora estaba aquí. Amarrada en oscuridad.

Oyó puerta abriéndose. Pasos bajando escaleras.

Luz encendiéndose. Cegadora después de oscuridad.

Pero no era Javier.

Era otro hombre. Desconocido. Treinta y tantos. Pelo castaño. Camisa casual.

"Hola, Ana," dijo con voz calmada. "Soy David."

Ana intentó gritar a través de la mordaza. Sonidos ahogados.

"Entiendo que estés asustada. Es normal." David se arrodilló junto a ella. "Pero necesito que te calmes. ¿Puedes hacer eso?"

Ana no se calmó. Siguió retorciéndose.

"Está bien. Toma tu tiempo."

David esperó. Pacientemente.

Ana eventualmente se cansó. Se quedó quieta. Respirando pesado por la nariz.

"Bien. Ahora voy a quitarte la mordaza. Pero si gritas, la vuelvo a poner. ¿Entiendes?"

Ana asintió.

David quitó la mordaza. Ana tosió. Inhaló aire.

"¿Dónde está Javier?"

"Se fue. Su parte terminó."

"¿Su parte?"

"Javier me ayudó a traerte. Ahora yo me encargo."

Ana miró alrededor. Sótano de cemento. Sin ventanas. Colchón en esquina. Cadena en la pared.

Otra persona estaba ahí. Chica acurrucada en el colchón. Mirando a Ana con ojos enormes.

"¿Quién es ella?"

"Lucía. Ha estado aquí unos meses. Ahora son compañeras de cuarto."

David desató las cuerdas de Ana. Ató cadena a su tobillo.

"No intentes quitarla. Es imposible sin llave."

Ana tiró de la cadena inmediatamente. Pesada. Sólida.

"¿Por qué me trajiste aquí?"

"Porque te elegí."

"Mi familia me buscará."

David sonrió. Sacó carpeta. "Ana Méndez. Dieciséis años. Casa de acogida desde los doce. Padres muertos en accidente de auto. Sin familia extendida. Historial de tres fugas previas."

Le mostró los papeles. Oficial. Su archivo completo.

"Cuando reportaron tu desaparición—si es que lo hicieron—asumirán que te fugaste otra vez. Caso de rutina. Sin seguimiento activo."

Ana sintió que algo se rompía dentro de ella.

"Nadie te busca," continuó David. "Eres invisible para el sistema. Por eso eres perfecta."

Dejó comida. Pan. Agua. "Come. Necesitas fuerzas."

Subió las escaleras. Puerta cerrándose. Candado trabándose.

Ana se quedó sentada. Shock. Horror. Negación.

Esto no podía estar pasando.

Lucía habló desde el colchón. Voz suave. Rota.

"Lo siento. Lo siento mucho."

Ana la miró. "¿Cuánto tiempo llevas aquí?"

"Dos meses creo. Perdí la cuenta."

"¿Has intentado escapar?"

"Todo. Nada funciona."

Ana tiró de la cadena otra vez. Más fuerte. El gancho en la pared no se movía.

"Tiene que haber forma."

"No hay."

Ana no aceptó eso. No podía aceptarlo.

Pasó horas explorando. Buscando debilidades. Herramientas. Algo.

No encontró nada útil.

Días pasaron. Rutina estableciéndose.

David bajaba dos veces al día. Traía comida. A veces hablaba. A veces solo miraba.

Ana se resistió al principio. Gritaba. Maldecía. Escupía la comida.

David esperaba pacientemente. Dejaba que el hambre hiciera el trabajo.

Eventualmente Ana comía. Odiándose por cada bocado.

Lucía le había advertido. "Resistir solo te hace más débil. No cambia nada."

Pero Ana no quería aceptar. No quería rendirse.

Semana dos.

David bajó con laptop.

"Quiero mostrarte algo, Ana."

Puso la laptop donde ella pudiera ver. Noticias locales.

"Menor reportada desaparecida. Ana Méndez, 16, se fugó de casa de acogida. Cualquier información..."

Foto de Ana. Sin familia llorando por ella. Solo trabajadores sociales dando declaraciones rutinarias.

"¿Ves?" dijo David. "Fuga. Como predije. No hay búsqueda real. Solo protocolo."

Cerró la laptop.

Ana sintió algo morir dentro de ella.

Tenía razón. Nadie la buscaba. No realmente.

Era solo otra estadística. Otra chica perdida en el sistema.

Semana tres.

Ana y Lucía hablaban en susurros cuando David no estaba.

Contra sus reglas. Pero necesitaban conexión.

"¿Cómo te capturó?" preguntó Lucía.

Ana le contó sobre Javier. Sobre subir al auto.

"Javier Ortiz," dijo Ana. "Trabajador social. ¿Lo conoces?"

"No. David nunca mencionó a alguien más."

"Dijo que Javier lo ayudó. Que fue su parte."

Lucía procesó eso. "Entonces no trabaja solo. Tiene cómplice."

Ana asintió. "Lo que significa que es más peligroso de lo que pensábamos."

Semana cuatro.

David las descubrió hablando.

El castigo fue rápido. Cortó la palma de Lucía con cuchillo. No profundo pero dolió.

Luego colgó cortina negra entre ellas.

"Ya no pueden verse. Aprendan la lección."

Ana lloró esa noche. No por el castigo. Por Lucía.

Había hecho que lastimaran a Lucía por algo tan simple como conversación.

"No es tu culpa," susurró Lucía desde el otro lado de la cortina.

Pero se sentía como su culpa.

Todo en este lugar se sentía como castigo por existir.

Mes dos.

Ana había dejado de contar días exactos.

Su cuerpo cambió. Perdió peso. Músculos débiles. Piel pálida.

Su mente también cambió.

Empezó a disociarse cuando David bajaba. Separándose de su cuerpo. Flotando lejos.

Técnica de supervivencia aprendida con su padrastro años atrás.

Funcionaba entonces. Funcionaba ahora.

David notó el cambio.

"Te estás rindiendo," dijo. "Eso no me gusta. Me gusta cuando luchan."

Ana no respondió. Solo miraba al vacío.

David le tocó la cara. Ana no reaccionó.

"Interesante," murmuró. "Muy interesante."

Se fue.

Ana volvió a su cuerpo. Temblando.

No se estaba rindiendo.

Estaba sobreviviendo.

Había diferencia.

Presente.

Ana estaba acurrucada en su esquina del sótano cuando Abril entró.

Vio todo. David confrontándola. Abril bajando las escaleras.

Ahora eran tres.

Tres chicas en el sótano de David.

Ana miró a Abril. Joven. Asustada pero tratando de ser valiente.

Como Ana había sido una vez.

Antes de que dos meses en este infierno la rompieran.

"Lo siento," susurró Ana. "Lo siento mucho que estés aquí."

Abril no respondió. Solo miraba a Lucía.

Ana entendió. Había visto cómo se miraban. Cómo Lucía susurraba el nombre de Abril en su sueño.

Amor. Incluso aquí. Incluso ahora.

Ana cerró los ojos.

No sabía si eso hacía todo mejor o peor.

Solo sabía que ahora eran tres.

Y las posibilidades de que alguna sobreviviera acababan de disminuir drásticamente.

CAPÍTULO 14

Marta Conecta los Puntos

Marta despertó a las 6 AM con resaca.

La botella de whisky estaba vacía en la mesa. No recordaba terminarla.

Su teléfono mostró mensaje de Abril de las 12:47 AM.

En casa de Roca. Él sabe. Dice que matará a Lucía si no entro. Voy a entrar. Por favor ven.

Marta se sentó de golpe. Cabeza palpitando.

Revisó la hora del mensaje. Seis horas atrás.

Llamó a Abril. Directo a buzón.

"Mierda."

Marta se vistió rápido. Agarró su placa. Su arma.

Manejó a calle Robles. Llegó a las 6:45 AM.

El auto de Abril estaba estacionado dos cuadras de la casa de David. Vacío.

Marta checó. Puertas cerradas. Mochila de Abril en el asiento trasero. Teléfono no visible.

Caminó a la casa de David. Luces apagadas. Auto en la entrada.

Marta tocó la puerta. Esperó.

Nadie respondió.

Tocó más fuerte. "David Roca. Policía. Abra la puerta."

Nada.

Marta probó la puerta. Cerrada.

Rodeó la casa. Ventanas cerradas. Puerta trasera cerrada.

No tenía orden judicial. No podía entrar legalmente.

Pero Abril había enviado mensaje diciendo que estaba en peligro. Eso daba causa para entrada de emergencia.

Marta volvió a la puerta principal. Sacó su arma.

Pateó la puerta junto a la cerradura.

Madera vieja. Cedió en segundo intento.

Marta entró. Arma levantada.

"Policía. Alguien responda."

Silencio.

Revisó planta baja. Sala vacía. Cocina limpia. Todo ordenado.

Subió escaleras. Revisó dormitorios. Vacíos. Camas hechas.

Baño vacío.

Bajó. Buscó sótano.

Encontró la puerta. Abierta. Candado tirado en el piso.

Marta bajó las escaleras. Despacio. Arma lista.

Llegó al fondo. Luz tenue desde una bombilla.

El sótano estaba vacío.

Colchón. Cadenas. Baño portátil. Evidencia de cautiverio.

Pero no había nadie.

Ni David. Ni Abril. Ni Lucía. Ni Ana.

Marta revisó cada esquina. Buscó puertas ocultas. Cuartos secretos.

Nada.

Sacó su teléfono. Llamó a la comisaría.

"Necesito unidades en calle Robles 847. Posible secuestro. Casa de David Roca."

"¿Tienes orden judicial, Solís?"

"No. Entrada de emergencia. Tengo causa probable."

"El comisario no va a estar contento."

"No me importa. Envía las unidades."

Colgó.

Revisó el sótano otra vez. Tomó fotos. Las cadenas. El colchón. Evidencia.

Pero sin víctimas, sin cuerpos, David podría argumentar cualquier cosa.

Marta subió. Esperó afuera.

Dos patrullas llegaron quince minutos después.

"Revisen la casa," ordenó Marta. "Busquen cualquier evidencia de víctimas. Documentos. Fotos. Cualquier cosa."

Los oficiales entraron. Marta esperó.

Una hora después, uno salió.

"Encontramos laptop. Múltiples archivos encriptados. También cámaras de seguridad conectadas. Sistema completo."

"¿Footage?"

"Borrado. Remotamente. Hace como una hora."

David había limpiado. Sabía que vendrían.

"¿Algo más?"

"Pelos en el sótano. Muestras de sangre en el piso. Huellas dactilares por todas partes."

Evidencia. Finalmente.

Pero no víctimas.

El comisario llegó a las 9 AM. Vicente Ruiz. Cara roja de ira.

"¿Qué mierda hiciste, Solís?"

"Mi trabajo."

"Entraste sin orden a propiedad privada."

"Tenía causa probable. Mensaje de menor en peligro."

"¿Dónde está esa menor ahora?"

Marta no respondió.

"¿Dónde está David Roca?"

"No sé."

"¿Encontraste a Lucía Romero?"

"No."

Vicente cerró los ojos. "Nos van a demandar. Y vamos a perder."

"Tenemos evidencia de cautiverio. Cadenas. Sangre. Esto es escena de crimen."

"Es sótano raro sin víctimas presentes. Un buen abogado lo destroza."

"Tengo fotos que Abril me dio. Lucía cautiva. Con periódico reciente."

"Que pudieron ser tomadas en cualquier lugar. Que pudieron ser falsificadas."

Marta sabía que Vicente tenía razón. Sin víctimas vivas o cuerpos, el caso era débil.

"Emite alerta para David Roca. Apresar para interrogatorio."

"¿Bajo qué cargo?"

"Sospecha de secuestro."

"Con la evidencia que tenemos, ningún juez firmará orden de arresto."

"Entonces consigue un juez que sí."

Vicente se fue. Furioso.

Marta se quedó en la casa. Supervisando la recolección de evidencia.

Técnicos tomando muestras. Fotografiando todo.

Marta revisó el cuarto de David. Armario organizado. Escritorio limpio. Nada personal.

Encontró caja debajo de la cama. Adentro: archivos. Impresos.

Información sobre chicas. Lucía. Ana. Otras que Marta no reconoció.

Fotos de vigilancia. Rutas. Rutinas familiares.

David había planeado todo meticulosamente.

Marta fotografió todo. Evidencia.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

Contestó. "Solís."

"Detective." Voz masculina. Calmada. "Soy David Roca."

Marta hizo señal a un técnico. Rastrear llamada.

"¿Dónde estás?"

"Lejos. No me encontrarán."

"¿Dónde está Abril Mendoza?"

"Con Lucía. Y Ana. Las tres juntas finalmente."

"¿Están vivas?"

"Por ahora."

"David, esto puede terminar de dos formas—"

"No me sermones, detective. Sé cómo funciona esto." David hizo pausa. "Entraste a mi casa. Encontraste mi sótano. Pero no las encontraste a ellas. ¿Sabes por qué?"

"Dime."

"Porque siempre tuve plan B. Siempre. Ubicación secundaria. Solo para emergencias."

Marta escribió notas. Rastreando. Siguiendo.

"¿Qué quieres?"

"Tiempo. Para decidir qué hacer con ellas."

"Suéltalas. Entrégalas. Negociamos."

David se rio. "No hay negociación. Ya tomé mi decisión cuando entraste sin permiso."

"¿Qué decisión?"

"Que no todas sobreviven esto."

Línea muerta.

Marta miró al técnico. "¿Lo rastreaste?"

"Torre de celular en las afueras. Radio de tres kilómetros. No puedo ser más específico."

Marta marcó el área en mapa. Zona industrial. Almacenes abandonados. Docenas de edificios.

Buscar tomaría horas. Días quizá.

Y las chicas no tenían días.

Marta volvió a la comisaría. Reunió a su equipo.

"David Roca tiene a tres chicas. Lucía Romero. Ana Méndez. Abril Mendoza. Están en ubicación secundaria en zona industrial este."

Mostró el mapa. "Tres kilómetros cuadrados. Necesitamos revisar cada edificio. Cada almacén."

"Eso son cientos de estructuras," dijo un detective.

"Entonces empecemos ahora."

Vicente interrumpió. "No tenemos recursos para eso. No sin algo más concreto."

"Tenemos llamada amenazante. Tenemos evidencia de cautiverio. Tenemos—"

"Tenemos caso débil que podría desmoronarse en corte." Vicente se sentó. "Mira, Solís. Entiendo que quieres salvarlas. Pero necesitamos hacer esto bien. Legal."

"Para cuando hagamos todo legal, estarán muertas."

"Si violamos más procedimientos, el caso se cae completamente. David sale libre. ¿Quieres eso?"

Marta no respondió.

"Consigue más información. Localización específica. Testigos. Algo." Vicente se paró. "Mientras tanto, emito alerta para David. Lo buscan para interrogatorio voluntario. No arresto. Voluntario."

"No va a venir voluntariamente."

"Entonces consigue evidencia para orden de arresto real."

Vicente se fue.

Marta se quedó en la sala de conferencias. Sola.

Miró el mapa. Tres kilómetros cuadrados.

Tres chicas en algún lugar ahí.

Vivas. Por ahora.

Marta agarró su chaqueta. Su arma.

No esperaría por permisos. Por órdenes. Por burocracia.

Iría ella misma. Revisaría cada edificio si era necesario.

Porque esas chicas no tenían tiempo.

Y Marta había fallado una vez con Lucía.

No fallaría otra vez.

CAPÍTULO 15

El Segundo Sobre

Dos meses antes del presente.

Abril abrió su casillero a las 8 AM. Dos meses después del primer sobre.

El segundo sobre estaba ahí. Manila. Sin remitente.

Manos temblando cuando lo abrió.

Dos Polaroids cayeron.

La primera: Lucía. Peor que la foto anterior. Demacrada hasta el punto de esqueleto. Cabello sucio. Moretones viejos y nuevos. Pero viva. Sosteniendo periódico de ayer.

La segunda: chica que Abril no conocía. Rubia. Joven. Igual de demacrada. Encadenada junto a Lucía.

La nota en letra temblorosa:

Ya somos dos. Si demoras más, seremos más. O seremos ninguna. Él se impacienta. Encuéntrame antes de que sea tarde. No falles otra vez.

Las últimas palabras subrayadas.

Abril no fue a clase. Fue directo al baño. Se encerró en cubículo.

Estudió las fotos. La segunda chica. ¿Quién era?

Buscó en su teléfono. Noticias de menores desaparecidas.

Ana Méndez. 16 años. Desaparecida hace dos meses. Hogar de acogida.

Era ella.

Dos chicas. David tenía dos chicas.

Abril había pasado dos meses vigilándolo. Siguiendo cada movimiento. Documentando todo.

Había entrado a su casa una vez. Encontró el sótano vacío pero equipado para cautiverio.

David le había enviado mensajes después. Amenazas veladas.

Abril no había ido a la policía todavía. Miedo de que matara a Lucía si hablaba.

Pero ahora había otra chica. Otra víctima.

¿Cuánto tiempo antes de que hubiera tercera? ¿Cuarta?

Abril guardó las fotos. Salió del instituto.

Manejó a la biblioteca. Usó computadora pública.

Investigó propiedades a nombre de David Roca. Solo una. Su casa en calle Robles.

Buscó propiedades a nombre de familiares. Padres muertos. Sin hermanos. Sin otros vínculos.

¿Entonces dónde las tenía?

Abril expandió la búsqueda. Propiedades alquiladas. Almacenes. Espacios comerciales.

Encontró algo. Almacén en zona industrial. Alquilado bajo nombre de compañía shell. Pero la firma en el contrato coincidía con firma de David en documentos escolares que Abril había encontrado en línea.

Dirección: Calle Industrial 234. Zona este de la ciudad.

Abril anotó la dirección.

Esa noche, manejó allá.

Zona desolada. Almacenes abandonados. Fábricas cerradas.

Encontró el edificio. Tres pisos. Ventanas tapiadas. Sin señales de vida.

El auto de David no estaba ahí. Ningún auto visible.

Abril estacionó lejos. Observó.

Dos horas. Nada.

Volvió noche siguiente. Misma vigilancia. Sin movimiento.

Tercera noche, vio algo. Luz tenue en ventana del segundo piso. Solo por minutos. Luego oscuridad.

Abril tomó fotos. Evidencia.

Pero no se acercó. No todavía.

Semana siguiente.

Abril había establecido nueva rutina. Vigilancia dividida.

Algunas noches la casa de David en calle Robles. Otras el almacén.

David parecía usar ambas ubicaciones. Casa para apariencia normal. Almacén para lo demás.

Abril nunca lo vio mover a las chicas. Debía hacerlo cuando ella no vigilaba. O por ruta que no conocía.

Necesitaba confirmación. Necesitaba estar segura.

Una noche, esperó hasta que David salió del almacén. 11 PM.

Vio su auto alejarse.

Abril se acercó al edificio. Buscó entrada.

Puerta principal cerrada con candado pesado. Ventanas tapiadas. Puerta trasera soldada.

No había forma de entrar sin herramientas serias.

Abril rodeó el edificio. Buscando ventanas del sótano. Algo.

Encontró rejilla de ventilación. Baja. Medio escondida por maleza.

Se arrodilló. Escuchó.

Nada al principio.

Luego sonido. Débil. Como llanto.

Abril presionó su oído contra la rejilla.

Voz femenina. Llorando. Suplicando.

"Por favor... por favor no..."

Luego otra voz. Más débil. "Cállate. Solo lo haces peor."

Abril reconoció la segunda voz.

Lucía.

Estaban ahí. Adentro. Vivas.

Abril sacó su teléfono. Marcó 911.

Dedo sobre el botón de llamar.

Si hablas, mata a mamá, a papá, a mi hermano.

Abril bajó el teléfono.

No podía arriesgar. No todavía.

Necesitaba plan. Forma de sacarlas sin poner a la familia de Lucía en peligro.

Volvió a su auto. Manejó a casa.

Esa noche escribió todo. La ubicación del almacén. Los sonidos que oyó. Las fotos.

Guardó todo en documento encriptado.

Si algo le pasaba, al menos habría evidencia.

Días después, Abril recibió otro mensaje.

Número desconocido.

"Sé que encontraste el almacén."

Su sangre se congeló.

Otro mensaje: "Buen trabajo, detective. Eres más lista de lo que pensé."

Foto adjunta. Abril arrodillada junto a la rejilla de ventilación. Tomada desde cámara de seguridad.

Él la había visto. Todo el tiempo.

Mensaje final: "Sigues jugando juego peligroso. Pero admiro tu dedicación. Lucía tiene suerte de tener alguien que la ama tanto. Lástima que ese amor las va a matar a ambas."

Abril bloqueó el número. No sirvió. Otro mensaje llegó desde número diferente.

"No puedes bloquearme. Puedo contactarte cuando quiera. Como quiera."

Abril dejó de responder.

Pero los mensajes siguieron. Esporádicos. Impredecibles.

Fotos de Abril en el instituto. En su casa. En su auto.

David la vigilaba constantemente.

Jugando con ella.

Demostrando que controlaba todo.

Seis semanas antes del presente.

Abril tomó decisión.

Iría a la policía. Daría toda la evidencia. Arriesgaría las consecuencias.

Porque si no hacía algo, las tres morirían eventualmente.

Mejor arriesgarse ahora que garantizar muerte después.

Buscó a la detective que había manejado el caso de Lucía. Marta Solís.

No la contactó directamente. Primero observó.

Siguió a Marta. Documentó sus rutinas. Verificó que seguía investigando.

Vio a Marta vigilar la casa de David varias veces. Sola. Fuera de horario.

La detective no había soltado el caso.

Eso era bueno.

Cuatro semanas antes del presente.

Abril finalmente se acercó a Marta.

Estacionada afuera de la casa de David. Medianoche.

Marta tocó la ventana de Abril. Las dos se miraron.

Abril bajó el vidrio.

"¿Qué haces aquí?" preguntó Marta.

"Lo mismo que tú."

Marta se sentó en el asiento del pasajero. "Habla."

Abril le mostró las fotos. Las notas. Meses de investigación.

Marta las revisó en silencio. Cara cada vez más seria.

"¿Por qué no viniste antes?"

"Tenía miedo. Por Lucía. Por su familia."

"David los está amenazando."

"Sí."

Marta asintió. "Dame todo. Voy a conseguir orden judicial. Vamos a terminar esto."

Abril transfirió todo. Archivos. Fotos. Ubicaciones.

"El almacén," dijo Abril. "Creo que las tiene ahí."

"¿Estás segura?"

"Oí voces. Reconocí a Lucía."

Marta anotó la dirección. "No vuelvas allá. Es peligroso."

"¿Vas a ir?"

"Necesito orden primero. Hacer esto legal. Si entramos mal, David sale libre en tecnicismos."

Abril entendió. Pero también sabía que el tiempo se acababa.

"¿Cuánto tardarás?"

"Días. Tal vez una semana."

"¿Y si no tenemos una semana?"

Marta no respondió.

Abril bajó del auto. "Sálvalas. Por favor."

"Lo intentaré."

Abril se fue.

No sabía que esa sería la última vez que vería a Marta libre.

No sabía que David tenía plan para neutralizar cualquier intervención.

No sabía que en semanas, ella misma estaría en el sótano con Lucía.

Solo sabía que había hecho lo que pudo.

Y esperaba que fuera suficiente.

CAPÍTULO 16

El Cautiverio - Mes Seis

Presente. En el sótano del almacén.

Lucía llevaba seis meses cautiva. Había dejado de contar semanas atrás.

David las había movido del sótano de su casa al almacén hacía tres semanas. Sin explicación. Solo las drogó, las transportó, las encadenó en nuevo espacio.

El almacén era peor. Más frío. Más húmedo. Más oscuro.

Y ahora Abril estaba con ellas.

Lucía la miraba desde su esquina. Abril sentada contra la pared opuesta. Ana acurrucada entre ellas.

Las tres esperando.

David había subido hace horas. Desde entonces, silencio.

"¿Crees que nos matará?" susurró Ana.

Nadie respondió.

Abril finalmente habló. "Hay que salir de aquí."

"No hay forma," dijo Lucía. Voz muerta.

"Tiene que haberla."

"Llevo seis meses buscando. Ana dos meses. No hay nada."

Abril se paró. Exploró el espacio. Las paredes de cemento. La puerta de metal. Las cadenas en los tobillos de Lucía y Ana.

"Yo no estoy encadenada todavía."

"Todavía," repitió Lucía. "Palabras clave."

Abril encontró la caja de herramientas en la esquina. Sacó destornillador. Lo escondió en su bolsillo.

"¿Qué vas a hacer con eso?" preguntó Ana.

"No sé. Pero es algo."

Lucía cerró los ojos. "Va a matarte si te resistes."

"Ya nos va a matar de todos modos. ¿Qué diferencia hace?"

"La diferencia es cuánto sufrimos antes de morir."

Las palabras quedaron suspendidas en el aire frío.

Ana empezó a llorar silenciosamente.

Abril se sentó junto a Lucía. Por primera vez en seis meses, estaban a centímetros de distancia.

"Lo siento," dijo Abril. "Por todo. Por esa noche. Por las cosas que dije."

"No importa ahora."

"Importa para mí."

Lucía la miró. Ojos vacíos. "Te amaba. Tanto. Y tú me hiciste sentir que ese amor era algo de lo que avergonzarse."

"Lo sé."

"Y ahora estás aquí. Porque viniste por mí. Porque finalmente fuiste valiente." Lucía se rio. Sonido quebrado. "Y míranos. Ambas vamos a morir en este sótano."

"No vamos a morir."

"Sí vamos. Todas vamos." Lucía miró a Ana. "Ella ya está medio muerta. Solo mírala."

Ana se encogió más.

"¿Sabes qué es lo peor?" continuó Lucía. "No es el cautiverio. No es el hambre o el frío o incluso lo que David nos hace."

"¿Qué es?"

"Es saber que nadie nos busca. No realmente. Mi familia ya siguió adelante. Tu familia ni siquiera sabe dónde estás. La familia de Ana nunca existió." Lucía miró al techo. "Somos fantasmas. Ya estábamos muertas antes de llegar aquí."

Abril tomó la mano de Lucía. Fría. Huesuda.

"No eres fantasma. Estás viva. Te siento."

"¿Por cuánto tiempo?"

Abril no tenía respuesta.

Horas después, David bajó.

Traía bandejas de comida. Las dejó en el piso.

"Coman."

Ninguna se movió.

"No estoy de humor para juegos. Coman."

Ana gateó hacia la comida. Hambrienta. Desesperada.

David la observó comer como animal. Sonriendo.

Luego miró a Lucía. "¿Tú no?"

"No tengo hambre."

"Tienes hambre. Solo estás siendo difícil." David se acercó. Se arrodilló. "Abre la boca."

"No."

David sacó el cuchillo. Lo presionó contra el cuello de Abril.

"Come o la corto."

Lucía abrió la boca. David le metió pan. Ella masticó. Tragó.

"Buena chica."

David se paró. Miró a Abril.

"Y tú. Todavía no decides si te quedas o no."

"¿Qué significa eso?"

"Significa que tres es demasiado. Demasiado trabajo. Demasiado riesgo. Demasiada complicación." David caminó alrededor de ella. "Alguien tiene que irse."

"¿Irme a dónde?"

David sonrió. No respondió.

Se fue. Candado trabándose.

Abril miró a Lucía. "¿A qué se refiere?"

"Matará a una de nosotras. Para hacer las cosas manejables."

"¿Cómo sabes?"

"Porque lo escuché hablando solo arriba una vez. Hace semanas. Hablando sobre 'eliminar exceso de inventario'. Como si fuéramos productos."

Ana dejó de comer. "¿A cuál matará?"

"No sé. Probablemente a la más débil. La menos útil."

Ana miró su propio cuerpo demacrado. "Yo."

"O la más problemática," dijo Lucía mirando a Abril. "La que acaba de llegar y todavía lucha."

Abril apretó el destornillador en su bolsillo.

"No voy a esperar a que decida."

"¿Qué vas a hacer?"

"Cuando baje otra vez, lo ataco. Ustedes corren."

"Estamos encadenadas," dijo Lucía levantando su tobillo.

"Entonces las libero primero."

"Con qué? ¿Un destornillador? Estas cadenas necesitan llave o cortapernos industriales."

Abril revisó el espacio otra vez. Más desesperada ahora.

No había cortapernos. No había llave. No había herramientas útiles.

Solo destornillador pequeño que no serviría como arma real contra hombre adulto con cuchillo.

"Tiene que haber forma," murmuró Abril.

Lucía se acostó en el colchón sucio. "No hay. Deja de buscarlo. Solo acepta que esto es todo."

"No acepto."

"Entonces vas a sufrir más cuando descubras que tengo razón."

Ana se acurrucó. Empezó a mecerse. Cantando bajito. Canción de cuna sin palabras.

Abril las miró. Dos chicas rotas. Una ya había aceptado la muerte. La otra perdiendo la cordura.

¿Eso le pasaría a ella?

¿Cuánto tiempo antes de que dejara de luchar?

Se sentó. Esperó.

El tiempo se volvió elástico. No había reloj. No había ventanas. Solo oscuridad interrumpida por visitas de David.

Abril intentó contar las horas. Perdió la cuenta.

Durmió. Despertó. No sabía cuánto tiempo había pasado.

David bajó eventualmente. Tal vez horas después. Tal vez días.

Traía silla. La puso en el centro del sótano. Se sentó.

"Tengo decisión que tomar," dijo. "Pensé en incluirlas en el proceso."

Ninguna respondió.

"Como dije, tres es demasiado. Entonces una tiene que irse." Sacó moneda. "Podemos dejarlo al azar. Justo. Democrático."

Lanzó la moneda. La atrapó. La miró.

"O," continuó, "una de ustedes puede ofrecerse voluntaria. Sacrificarse por las otras dos."

Silencio.

"No?" David guardó la moneda. "Entiendo. El instinto de supervivencia es fuerte. Incluso cuando la supervivencia es solo existencia miserable."

Se paró. Caminó hacia Ana.

"Ana. Has estado aquí dos meses. ¿Cuánto peso has perdido? ¿Diez kilos? ¿Quince?"

Ana no respondió.

"Tu cuerpo se está comiendo a sí mismo. En un mes, tal vez dos, morirás de desnutrición de todos modos. ¿No sería más piadoso terminar ahora?"

Ana cerró los ojos. Lágrimas silenciosas.

David se movió a Lucía.

"Lucía. Seis meses. La más antigua. La más quebrada. Has dejado de luchar. Aceptaste tu destino. Eso debería hacerte candidata ideal."

Lucía lo miró sin expresión.

David se movió a Abril.

"Y tú. La recién llegada. La heroína. Viniste a salvarlas. Qué noble. Qué estúpido." Se arrodilló frente a ella. "Tal vez debería ser tú. Enviar mensaje. Demostrar que el heroísmo solo trae muerte."

Abril escupió en su cara.

David se limpió lentamente. Sonriendo.

"Temperamento. Me gusta."

Se paró. Caminó a la escalera.

"Tienen hasta mañana. Decidan entre ustedes. O decido yo."

Subió. Puerta cerrándose.

Silencio absoluto por minutos.

Luego Ana habló. Voz quebrada.

"Que sea yo."

"No," dijo Abril inmediatamente.

"Tiene razón. Ya estoy muriendo. Puedo sentirlo. Mi cuerpo... ya no funciona bien."

"No vamos a dejarte morir."

"No lo están dejando. Él ya decidió. Solo nos da ilusión de control." Ana miró a Lucía. "¿Verdad?"

Lucía asintió lentamente. "Ya decidió. Solo está jugando con nosotras."

"¿Entonces a cuál?" preguntó Abril.

"A la que cause menos problema. La que sea más fácil de... disponer."

Ana se rio. Histérica. "¿Disponer? Como basura. Eso somos. Basura humana que nadie quiere."

"No eres basura," dijo Abril.

"Sí lo soy. Lo he sido desde que mi padrastro... desde que el sistema... desde que..." Ana no pudo terminar.

Lloró. Sollozos profundos que sacudieron su cuerpo frágil.

Abril gateó hacia ella. La abrazó. Ana se aferró a ella.

"No voy a dejarlo matarte," susurró Abril.

"No puedes impedirlo."

"Voy a intentarlo."

Lucía observaba desde su esquina. Cara inexpresiva.

Abril la miró. "¿No vas a decir nada?"

"¿Qué quieres que diga? ¿Que vamos a estar bien? Sería mentira. ¿Que vamos a escapar? Otra mentira. ¿Que sobreviviremos? La mentira más grande."

"Entonces ayúdame a encontrar forma de luchar."

"Ya no me queda lucha." Lucía cerró los ojos. "Si David me mata mañana, al menos termina. Finalmente termina."

Abril sintió algo romperse en su pecho.

Esta no era la Lucía que conocía. La chica que amaba.

David la había destruido completamente.

Y pronto la mataría a ella también.

A menos que Abril hiciera algo.

Apretó el destornillador en su bolsillo.

Mañana cuando David bajara, Abril esperaría. Paciente. Quieta.

Y cuando se acercara...

No sabía si funcionaría. Probablemente no.

Pero no podía quedarse esperando la muerte.

Prefería morir luchando.

La noche se extendió. Interminable.

Ana eventualmente se durmió. Agotada por llorar.

Lucía miraba al techo. Despierta pero ausente.

Abril no durmió. Planificó.

Cuando David bajara, vendría con cuchillo. Abril tenía destornillador.

Desventaja obvia.

Pero si lo tomaba por sorpresa. Si apuntaba a lugar vulnerable. Ojos. Garganta. Ingle.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Porque si no hacía nada, las tres morirían.

Y al menos así, tal vez dos podrían escapar.

Abril miró a Lucía.

"Si funciona," dijo. "Si logro herirlo. Corre. No mires atrás. Solo corre."

Lucía la miró. Lágrimas corriendo por su cara.

"No voy a dejarte."

"Tienes que hacerlo."

"Pasé seis meses queriendo que vinieras. Queriendo verte una vez más. Y ahora estás aquí. Y voy a perderte otra vez."

Abril cruzó el espacio. Se sentó junto a Lucía.

"No me vas a perder. Vamos a salir de esto."

"Mentirosa."

"Está bien. Soy mentirosa." Abril tomó la cara de Lucía entre sus manos. "Pero te amo. Eso no es mentira."

Lucía cerró los ojos. Más lágrimas.

"Yo también te amo. Siempre te amé. Incluso cuando me hiciste daño. Incluso aquí."

Se besaron. Desesperado. Salado por lágrimas.

Último beso.

Ambas lo sabían.

Cuando se separaron, Lucía susurró: "Si morimos mañana, al menos muero sabiendo que me amaste."

"No vamos a morir."

"Sí vamos. Pero está bien. Ya estoy cansada."

Abril la abrazó. Sintió los huesos de Lucía a través de la piel. Tan frágil.

Se quedaron así hasta que la oscuridad se hizo más profunda.

Esperando el amanecer.

Esperando a David.

Esperando el final.

CAPÍTULO 17

Rastreando Sombras

Marta manejó a la zona industrial. 7 AM. Sol apenas saliendo.

Había pasado la noche en su auto afuera de la comisaría. Tres horas de sueño interrumpido.

El mapa estaba en el asiento del pasajero. Tres kilómetros cuadrados marcados en rojo.

Cientos de edificios. Almacenes. Fábricas abandonadas.

Marta empezó en el extremo norte. Metodicamente.

Primer edificio: vacío. Candado oxidado. Años sin usar.

Segundo: ocupado. Compañía de distribución. Trabajadores cargando camiones.

Tercero: abandonado pero accesible. Marta entró. Revisó cada piso. Nada.

Cuarto, quinto, sexto. Todos vacíos o irrelevantes.

Hora de almuerzo. Marta compró café. Sandwich que no comió.

Continuó.

Para las 3 PM había revisado veinte edificios. Nada.

Su teléfono sonó. Vicente.

"¿Dónde estás, Solís?"

"Trabajando el caso Romero."

"Te ordené que esperaras."

"No puedo esperar. Esas chicas no tienen tiempo."

"No tienes autorización para búsqueda en esa zona."

"No necesito autorización para manejar por calles públicas."

Vicente suspiró. "Si entras a propiedad privada sin permiso—"

"Lo sé. Tendré cuidado."

Colgó.

Continuó buscando.

Edificio veintiuno: almacén de tres pisos. Ventanas tapiadas. Puerta con candado.

Marta chequeó los registros en su teléfono. Propiedad alquilada bajo compañía shell.

No podía confirmar conexión con David sin orden judicial.

Pero era sospechoso.

Caminó alrededor del edificio. Buscando evidencia de actividad reciente.

Encontró marca de llantas. Frescas. De esta semana.

Encontró rejilla de ventilación. Se arrodilló. Escuchó.

Nada.

Se paró. Checó la puerta principal otra vez.

No podía entrar legalmente. No sin orden.

Pero las chicas podrían estar adentro.

Marta marcó el edificio en su mapa. Continuó con los demás.

Para las 7 PM había revisado treinta y cinco edificios.

Tres eran sospechosos. Incluyendo el almacén.

Necesitaba orden para todos.

Volvió a la comisaría. Preparó solicitud formal.

Vicente la rechazó.

"No tienes causa probable específica. Solo sospechas."

"Las marcas de llantas—"

"Pueden ser de cualquiera. Cientos de personas usan esa zona."

"La compañía shell—"

"No está directamente conectada a David Roca. Es circunstancial."

Marta apretó los puños. "Esas chicas se están muriendo mientras discutimos legalidades."

"Y si entramos mal, David sale libre. ¿Quieres eso?"

Marta no respondió.

"Consigue evidencia concreta. Testigo. Conexión directa. Algo."

Vicente se fue.

Marta se quedó en su escritorio. Frustrada. Agotada.

Su teléfono vibró. Mensaje de número desconocido.

"Detective Solís. ¿Disfrutó su día buscando?"

David.

Marta escribió: "¿Dónde estás?"

"Cerca. Mirando."

"Suelta a las chicas."

"No."

"¿Qué quieres?"

"Ya lo tengo. Tiempo. Control. Tres vidas en mis manos."

Marta intentó rastrear el mensaje. Sin éxito.

Otro mensaje: "Encontró tres edificios interesantes hoy. Uno de ellos es correcto. ¿Adivina cuál?"

Marta miró su lista. El almacén y dos más.

"El de calle Industrial 234."

"Muy bien. Ganó premio."

"¿Qué premio?"

"Tiempo. Le doy seis horas. Consiga su orden. Venga con equipo completo. Haga todo legal."

"¿Y después de seis horas?"

"Después de seis horas, una de ellas muere. Cada seis horas, otra. Hasta que llegue o hasta que se acaben."

"No puedes—"

"Sí puedo. Y lo haré. Reloj empieza ahora."

Mensaje final: "6 horas. No llegue tarde."

Marta corrió a la oficina de Vicente.

"Tengo ubicación. David me la confirmó. Necesito orden ahora."

Vicente leyó los mensajes. "Podría ser trampa."

"O podría ser real. No puedo arriesgarme."

Vicente hizo llamadas. Juez de turno. Explicó la situación.

Veinte minutos después: orden aprobada.

Marta reunió equipo. SWAT. Paramédicos. Tres detectivs de apoyo.

Briefing rápido.

"Entrada forzada. Posible rehenes. Sospechoso armado y peligroso. Prioridad: extraer víctimas vivas."

Todos asintieron.

7:45 PM. Convoy salió hacia calle Industrial 234.

Llegaron a las 8:15.

Rodearon el edificio. SWAT posicionándose.

Marta checó la hora. Cinco horas restantes según el ultimátum de David.

SWAT rompió la puerta. Entraron. Armas levantadas.

"¡Policía! ¡Salgan con manos arriba!"

Silencio.

Revisaron planta baja. Vacía. Polvo. Escombros.

Segundo piso. Vacío.

Tercer piso. Vacío.

Marta bajó al sótano. El equipo la siguió.

Encontraron el espacio.

Colchón sucio. Cadenas en la pared. Bandejas de comida con restos viejos.

Pero no había nadie.

El sótano estaba vacío.

Marta sintió que el piso desaparecía bajo sus pies.

"Revisen otra vez," ordenó. "Cada esquina. Cada cuarto escondido."

SWAT revisó. Técnicos revisaron.

Nada.

El edificio estaba abandonado.

Marta sacó su teléfono. Llamó al número de David.

Buzón.

Mensaje de texto llegó.

"¿Disfrutó la cacería de ganso? Les di ubicación correcta. Pero las moví hace tres horas. Antes de que consiguiera su orden."

"Hijo de puta."

Otro mensaje: "Ahora tiene... 2 horas y 15 minutos. Hasta la primera muerte. Mejor apresúrese."

"¿Dónde estás?"

"Buscando."

Llamada terminada.

Marta gritó. Frustración pura.

Vicente apareció en el sótano. "¿Algo?"

"Nos jugó. Las movió antes de que llegaramos."

"Mierda."

Marta miró alrededor. Evidencia de cautiverio. Pero sin víctimas.

David siempre estaba tres pasos adelante.

Porque tenía ventaja. Sabía todo sobre ellos. Mientras ellos solo adivinaban.

"Necesito rastrear sus comunicaciones," dijo Marta. "Encontrar su ubicación actual."

"Ya lo intentamos. Usa VPN. Números desechables."

"Entonces rastreemos su auto. GPS."

"No está en su auto registrado. Probablemente robó uno."

Marta pensó. Rápido.

David tenía que estar en algún lugar con espacio para tres prisioneras. Lugar aislado. Con electricidad y agua.

No otro edificio en zona industrial. Demasiado obvio ahora.

¿Dónde?

Marta abrió mapa en su teléfono. Expandió búsqueda.

Áreas rurales fuera de la ciudad. Granjas abandonadas. Casas aisladas.

Demasiadas opciones.

"Necesito helicóptero," dijo Marta. "Búsqueda aérea. Cámaras térmicas."

"No tenemos presupuesto—"

"¡No me importa el presupuesto!" Marta enfrentó a Vicente. "Tres chicas van a morir en dos horas si no las encontramos."

Vicente la miró. Vio desesperación. Determinación.

"Haré las llamadas."

Media hora después, helicóptero despegó. Cámaras térmicas escaneando zona rural norte.

Marta fue en auto. Siguiendo por tierra.

Buscando. Siempre buscando.

Su teléfono vibró. Vicente.

"Cámaras térmicas detectaron algo. Granja abandonada. Diez kilómetros norte de la ciudad. Múltiples firmas de calor en estructura subterránea."

"Mándame coordenadas."

Las recibió. Aceleró.

Veinte minutos de manejo. Camino de tierra. Granja en ruinas.

Granero colapsado. Casa principal destruida.

Pero había sótano. Accesible desde trampilla en el piso del granero.

SWAT llegó cinco minutos después.

Rodearon el área. Marta con ellos.

Abrieron la trampilla. Escaleras bajando a oscuridad.

SWAT bajó primero. Luces tácticas iluminando el espacio.

Marta los siguió.

El sótano se extendía. Más grande de lo que parecía desde afuera.

Cuartos divididos. Pasillos estrechos.

En el cuarto del fondo, encontraron algo.

Pero no eran las chicas.

Era cuerpo. Mujer. Veinte y tantos. Muerta hace días según descomposición.

Marta se acercó. Reconoció la cara de fotos de personas desaparecidas.

Patricia Molina. Desaparecida de Madrid hace dos años.

Una de las víctimas anteriores de David.

La había mantenido viva todo este tiempo. Hasta recientemente.

"Busquen más," ordenó Marta.

Encontraron segundo cuerpo. María Santos. Sevilla. Ocho años desaparecida.

Tercer cuerpo. Elena Vidal. Barcelona. Cinco años.

Las otras víctimas. Todas aquí. Todas muertas.

Pero no Lucía. No Ana. No Abril.

Marta checó la hora.

Una hora restante según ultimátum de David.

Y todavía no las encontraba.

David las había movido otra vez.

O nunca estuvieron aquí.

Otra trampa. Otra distracción.

Mientras él estaba en otro lugar completamente.

Con las tres chicas.

Haciendo lo que prometió.

Matándolas una por una.

CAPÍTULO 18

La Entrada

Presente. Sótano del almacén.

Abril despertó con sonido de pasos arriba.

David.

Se sentó. Agarró el destornillador. Lo escondió bajo su pierna.

Lucía estaba despierta. Mirando la puerta. Esperando.

Ana seguía dormida. O fingía dormir. Difícil saber.

La puerta se abrió. David bajó las escaleras.

Traía bandeja con comida. Y el cuchillo. Siempre el cuchillo.

"Buenos días."

Ninguna respondió.

David dejó la bandeja. Se paró en el centro del espacio.

"Espero que hayan pensado en mi oferta. ¿Alguien se ofrece voluntaria?"

Silencio.

"No?" David sacó moneda. "Entonces lo hacemos al azar."

Lanzó la moneda. Cayó en el piso. Rodó. Se detuvo frente a Ana.

David se agachó. La recogió.

"Cruz." Miró a Ana. "Parece que el universo decidió por nosotras."

Ana abrió los ojos. Terror absoluto.

"Por favor..."

"Shh. Será rápido. Prometo."

David se acercó. Cuchillo en mano.

Abril se movió. Rápido.

Sacó el destornillador. Se lanzó hacia David.

Apuntó a su garganta.

David se volteó en último segundo. El destornillador le cortó el hombro en lugar del cuello.

Sangre. No profundo. Pero dolió.

David gritó. Golpeó a Abril. Ella cayó.

Él se paró sobre ella. Cuchillo levantado.

"Perra estúpida."

Lucía gritó. "¡No!"

David se volteó hacia ella. Distracción de un segundo.

Abril pateó sus piernas. David perdió balance. Cayó.

El cuchillo resbaló de su mano. Rodó bajo el colchón.

Abril se arrastró hacia él. David la agarró del tobillo. La jaló.

Lucharon. Abril arañando. Golpeando. Mordiendo.

David era más fuerte. La volteó. Presionó su cara contra el piso de cemento.

"Vas a morir lenta por eso."

Lucía tiró de su cadena. Frenética. "¡Suéltala!"

Ana se despertó completamente. Mirando horrorizada.

David levantó a Abril. La estrelló contra la pared.

Su cabeza golpeó cemento. Visión borrosa.

David sacó el destornillador de su hombro. Lo tiró.

"Ahora," dijo, respirando pesado. "Vas a ver cómo mato a tu amiga. Despacio."

Se acercó a Lucía.

Ella intentó alejarse. La cadena la detuvo.

"Por favor," susurró. "Por favor no."

David se arrodilló frente a ella. "Debió ser tú desde el principio. La primera. La más rota."

Buscó el cuchillo con la mano. Lo encontró bajo el colchón.

Lo levantó.

Abril se forzó a pararse. Tambaléandose. Vio a David con el cuchillo. A Lucía paralizada de miedo.

No.

No dejaría que esto pasara.

Abril cargó. Ignorando el dolor. La desorientación.

Se lanzó sobre David. Lo empujó justo cuando el cuchillo bajaba.

La hoja cortó a Lucía. Pero superficial. Brazo. No fatal.

Lucía gritó.

Abril y David rodaron por el piso. Luchando por el cuchillo.

Ana tiró de su cadena. "¡Ayuda! ¡Alguien ayuda!"

Nadie vendría. El sótano estaba insonorizado.

Abril tenía las manos en la muñeca de David. Intentando mantener el cuchillo lejos.

Él era más fuerte. El cuchillo se acercaba a su cara. Centímetro por centímetro.

Abril usó toda su fuerza. Empujó.

La hoja se desvió. Cortó la mejilla de David.

Él gritó. Retrocedió.

Abril se paró. Sangrando. Mareada.

David también se paró. Sosteniendo su cara cortada.

Se miraron. Ambos respirando pesado.

"Tienes espíritu," dijo David. "Lástima que no sea suficiente."

Cargó hacia ella.

Abril intentó esquivar. Demasiado lenta.

David la golpeó. Cayó otra vez.

Él se paró sobre ella. Cuchillo levantado.

"Adiós, Abril."

Sonido arriba. Fuerte. Como explosión.

Puerta siendo forzada.

Voces. "¡Policía! ¡Salgan con manos arriba!"

David se quedó quieto. Mirando hacia la escalera.

Pasos. Múltiples. Bajando rápido.

"¡Aquí abajo!"

SWAT entró. Armas apuntando.

"¡Suelte el arma! ¡Manos arriba!"

David miró el cuchillo. Luego a Abril. A Lucía. A Ana.

Sonrió.

"Casi lo logré."

Levantó el cuchillo. Apuntando a su propio cuello.

Los oficiales dispararon.

David cayó. El cuchillo resbalando de su mano.

Silencio. Luego caos.

Más oficiales entrando. Paramédicos. Voces gritando órdenes.

Marta apareció. Corrió hacia las chicas.

"¿Están vivas?"

Abril asintió. Apenas consciente.

Lucía lloraba. Aferrándose a su brazo sangrando.

Ana se había desmayado.

Paramédicos trabajaron rápido. Cortando cadenas. Revisando heridas. Preparando camillas.

Marta se arrodilló junto a Abril.

"Lo lograste. Las salvaste."

Abril miró a David. Inmóvil en el piso. Sangre expandiéndose debajo de él.

"¿Está muerto?"

Paramédico checó. "Tiene pulso. Débil. Necesita cirugía."

Lo subieron en camilla. Lo sacaron.

Marta ayudó a Abril a pararse. "Vamos. Te sacaremos de aquí."

"Lucía... Ana..."

"Están vivas. Las tres están vivas."

Subieron las escaleras. Luz del día cegándolas después de oscuridad.

Afuera, ambulancias esperando. Policías por todas partes.

Abril fue puesta en camilla. Paramédico limpiando sus heridas.

Vio a Lucía siendo cargada en otra ambulancia. Tan frágil. Tan rota.

Pero viva.

Ana en tercera ambulancia. Inconsciente pero respirando.

Vivas. Las tres vivas.

Contra todo pronóstico.

Abril cerró los ojos.

Había terminado.

Finalmente había terminado.

Pero no había terminado.

Nada realmente había terminado.

CAPÍTULO 19

El Rescate Fallido

Hospital General. Sala de emergencias.

Abril despertó bajo luces fluorescentes. Médicos cosiendo corte en su frente.

"Quieta. Casi termino."

Dolor palpitante. Náusea. Visión todavía borrosa.

"¿Lucía? ¿Ana?"

"Están siendo atendidas. Concéntrate en ti."

Enfermera tomó signos vitales. Presión arterial baja. Deshidratación. Contusión cerebral leve.

"Vas a quedarte en observación veinticuatro horas."

"Quiero ver a Lucía."

"Después. Deja que la estabilicemos."

Abril fue movida a cuarto privado. IV conectado. Monitores pitando.

Se quedó sola. Mirando el techo.

Sus padres llegaron una hora después. Su madre llorando. Su padre en shock.

"¿Qué pasó? ¿Dónde estabas? Llevamos días buscándote..."

Abril no tenía energía para explicar. Solo cerró los ojos.

Su madre le tomó la mano. "Estás a salvo ahora. Estás a salvo."

Pero Abril no se sentía a salvo.

Sentía... nada. Vacío.

Dos cuartos más allá, Lucía estaba en cirugía menor.

Corte en el brazo requería puntos. Desnutrición severa requería IV con nutrientes.

Examen físico completo reveló más: costillas fracturadas viejas que sanaron mal. Hematomas en diferentes etapas de curación. Evidencia de abuso prolongado.

El médico documentó todo. Evidencia para caso criminal.

Carmen Romero llegó al hospital corriendo. "¿Dónde está mi hija?"

La llevaron a la sala de espera. "Está en cirugía. Sale pronto."

Carmen se desplomó en silla. Llorando. Seis meses de infierno terminando finalmente.

Pero Daniel, su hijo, no estaba con ella. No podía estar.

Porque Daniel estaba muerto. Hacía tres semanas.

Asesinado por David en su plan de contingencia.

Carmen no sabía cómo decirle a Lucía.

Cómo explicar que había perdido a su hermano mientras estuvo cautiva.

Ana estaba en cuidados intensivos.

Desnutrición crítica. Órganos comenzando a fallar. Neumonía por condiciones insalubres.

Los médicos trabajaron toda la noche estabilizándola.

No había familia que llamar. Solo trabajadora social que vino por protocolo.

Ana despertó brevemente. Confundida. Asustada.

"¿Dónde estoy?"

"Hospital. Estás a salvo."

"¿David?"

"No puede lastimarte más."

Ana cerró los ojos. No sabía si creerlo.

David Roca sobrevivió la cirugía.

Dos balazos. Uno en el hombro. Otro en el abdomen.

Serio pero no fatal.

Fue puesto bajo custodia policial. Dos oficiales afuera de su cuarto.

Despertó doce horas después. Sedado pero consciente.

Marta estaba esperando.

"David Roca. Está bajo arresto por secuestro, agresión agravada, intento de asesinato."

David sonrió débilmente. "Detective. Buen trabajo encontrándome."

"¿Dónde está Javier Ortiz?"

"¿Quién?"

"Tu cómplice. El que te ayudó a capturar a Ana."

"No sé de qué habla."

Marta se inclinó. "Ana lo identificó. Sabemos que existe. ¿Dónde está?"

David cerró los ojos. "Quiero abogado."

"¿Dónde están los cuerpos de María, Elena y Patricia?"

"Abogado."

Marta apretó los puños. "Mataste a esas chicas. Mantuviste a Lucía seis meses. Torturaste a Ana. Casi matas a Abril."

David abrió un ojo. "Pero no maté a nadie. Todavía. Técnicamente."

"El hermano de Lucía—"

"Pruébalo."

Marta quería golpearlo. Borrarlo de existencia.

Pero era policía. Tenía reglas.

"Vas a prisión por el resto de tu vida."

"Tal vez. O tal vez buen abogado encuentra tecnicismos. Evidencia obtenida ilegalmente. Procedimientos violados." David sonrió. "Rompiste puerta de mi casa sin orden válida. Entraste a mi sótano. Contaminaste escena del crimen."

Marta sintió hielo en su estómago.

Tenía razón.

La primera entrada a su casa había sido sin orden apropiada. Entrada de emergencia basada en mensaje de texto.

Cualquier abogado decente podría argumentar causa probable insuficiente.

"Te veo en corte, detective."

Marta salió del cuarto. Furiosa. Frustrada.

Vicente la esperaba afuera.

"¿Confesó?"

"Pidió abogado."

"Mierda."

"¿Qué sabemos de Javier Ortiz?"

"Nombre aparece en registros de servicios sociales. Pero no hay foto reciente. No aparece en base de datos. Es como fantasma."

"¿Dirección?"

"La que tenemos es apartamento que desocupó hace tres meses. Sin rastro desde entonces."

Marta miró por la ventana del hospital. Ciudad extendiéndose.

Javier estaba ahí afuera. Libre. Cómplice de David.

Probablemente ya huyendo. Tal vez fuera del país.

"Emite alerta nacional," dijo Marta. "APB. Foto si la encontramos. Lo que sea."

"Ya lo hice. Pero si es inteligente, ya cambió identidad."

Marta sabía que Vicente tenía razón.

David había planeado esto meticulosamente. Javier probablemente tenía ruta de escape planeada.

Podrían no encontrarlo nunca.

Tres días después del rescate.

Abril fue dada de alta. Contusión cerebral sanando. Heridas superficiales cerradas.

Físicamente estaba mejorando.

Mentalmente era otra historia.

No podía dormir sin pesadillas. Veía a David cada vez que cerraba los ojos.

Veía el cuchillo. El sótano. La oscuridad.

Sus padres la llevaron a casa. La trataron como cristal frágil.

"¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Comida?"

Abril solo quería ver a Lucía.

"¿Puedo ir al hospital?"

"El médico dijo que descansaras..."

"Por favor."

Sus padres intercambiaron miradas. Finalmente asintieron.

La llevaron.

Lucía estaba en cuarto de hospital. Despierta. Mirando por la ventana.

Había ganado medio kilo. Todavía peligrosamente delgada.

Los médicos dijeron que recuperación tomaría meses. Tal vez años.

Daño físico podía sanar. Daño psicológico era permanente.

Abril tocó la puerta. "¿Lucía?"

Lucía se volteó. Por un segundo, algo parecido a alivio cruzó su cara.

Luego nada. Expresión vacía.

"Hola."

Abril entró. Se sentó en la silla junto a la cama.

"¿Cómo estás?"

"Viva supuestamente."

Silencio incómodo.

Abril buscó palabras. No encontró ninguna adecuada.

"Tu mamá vino," dijo Lucía finalmente. Voz plana. "Me dijo sobre Daniel."

Abril sintió que algo se rompía en su pecho.

"Lucía... lo siento tanto."

"David lo mató. Hace tres semanas. Mientras yo estaba en ese sótano pensando que lo estaba protegiendo manteniéndome callada." Lucía se rio. Sonido sin humor. "Todo fue mentira. David ya lo había matado. Solo no me dijo."

Lágrimas corrieron por su cara pero su voz permaneció plana.

"Nueve años. Mi hermano tenía nueve años."

Abril tomó su mano. Lucía la dejó pero no respondió.

"David lo mató para probar un punto. Porque podía. Porque disfrutaba el control."

"No es tu culpa."

"¿No?" Lucía la miró. Ojos muertos. "Subí a su auto. Confié en él. Le dije todo en terapia. Le di toda la información que necesitaba para destruir a mi familia."

"No sabías."

"Debí saber. Debí... algo." Lucía cerró los ojos. "Mamá apenas puede mirarme. Ve a Daniel muerto y me ve a mí viva y no entiende por qué no fue al revés."

"Eso no es cierto."

"Sí lo es. Lo veo en sus ojos. Y tiene razón. Daniel debería estar vivo. Yo debería estar muerta."

"No digas eso."

Lucía retiró su mano. "Quiero estar sola."

"Lucía..."

"Por favor. Vete."

Abril se paró. "Voy a volver. Voy a estar aquí."

"No quiero que estés aquí."

Las palabras dolieron como cuchillo.

"No lo dices en serio."

"Sí lo digo. Miro y veo todo de nuevo. El sótano. El miedo. Todo." Lucía se volteó hacia la ventana. "No puedo... no puedo verte ahora."

Abril esperó. Esperando que Lucía cambiara de idea.

No lo hizo.

Abril salió. Llorando silenciosamente.

Había salvado a Lucía.

Pero perdido a Lucía de todos modos.

Ana permaneció en cuidados intensivos dos semanas.

Cuando finalmente fue movida a cuarto regular, la trabajadora social vino con noticias.

"No hay casa de acogida disponible ahora mismo. Vas a tener que quedarte en cuidado temporal del estado hasta encontrar colocación."

Ana no respondió. Ya no importaba.

Había sobrevivido a su padrastro. Sobrevivido al sistema. Sobrevivido a David.

¿Para qué? ¿Para volver al mismo ciclo?

No tenía familia. No tenía hogar. No tenía futuro.

Solo existencia vacía.

Los médicos la pusieron en vigilancia de suicidio. Por protocolo.

Ana no intentó nada. No por falta de deseo. Por falta de energía.

Simplemente existía. Respiraba. Esperaba.

Esperando a que algo cambiara o terminara.

Lo que fuera que viniera primero.

Un mes después del rescate.

David Roca fue formalmente acusado.

Tres cargos de secuestro. Múltiples cargos de agresión. Intento de asesinato.

Su abogado, pagado por algún benefactor anónimo, empezó a desarmar el caso.

"Entrada ilegal a propiedad. Evidencia contaminada. Procedimientos violados."

El fiscal peleó. Pero la defensa tenía puntos válidos.

La primera entrada de Marta a casa de David había sido cuestionable legalmente.

El juez permitió que evidencia de esa entrada fuera impugnada.

Sin esa evidencia, el caso se debilitó.

Las fotos que Abril había dado a Marta. Los archivos en la computadora de David. Todo potencialmente inadmisible.

El fiscal pidió a las víctimas testificar. Construir caso con testimonios.

Lucía se negó. "No puedo. No puedo verlo otra vez."

Ana aceptó pero se desmoronó en el estrado durante deposición preliminar. Incapaz de hablar coherentemente.

Abril era la única con testimonio sólido. Pero su evidencia cubría solo su propio secuestro. No el de Lucía o Ana.

Y David había estado cautivo menos de veinticuatro horas. Su abogado argumentó que fue "malentendido" que escaló.

"Mi cliente niega haber intentado matar a nadie. La herida de la señorita Mendoza fue accidental durante forcejeo que ella inició."

Absurdo. Pero con evidencia comprometida, se volvió batalla de narrativas.

Tres meses después del rescate.

David Roca aceptó acuerdo.

Diez años de prisión. Posibilidad de libertad condicional en cinco.

El fiscal no tuvo opción. El caso se estaba cayendo. Era esto o arriesgar que David saliera completamente libre.

Lucía oyó las noticias en televisión.

Diez años.

Su hermano estaba muerto. Ella había pasado seis meses en infierno.

Y David cumpliría diez años. Tal vez cinco.

Saldrá y tendría vida.

Mientras Daniel nunca tendría ninguna.

Lucía apagó el televisor.

Se acostó en su cama en el apartamento que su madre le había conseguido.

Pequeño. Vacío. Solo.

Su madre ya no visitaba. Las llamadas se habían espaciado. Luego detenido.

Lucía entendía. Cada vez que Carmen la miraba, veía a Daniel.

Y no podía soportar eso.

Lucía cerró los ojos.

Diez años. David estaría libre a los cuarenta y pico.

Joven todavía. Podría empezar de nuevo.

Mientras Lucía nunca empezaría nada.

Solo sobreviviría.

Si es que eso contaba como vida.

CAPÍTULO 20

El Giro Devastador

Seis meses después del rescate.

Marta se sentó en su apartamento vacío. Botella de whisky a medio terminar en la mesa.

Había sido removida del cuerpo policial tres meses atrás.

Violaciones de procedimiento en el caso Roca. Entrada ilegal. Evidencia contaminada.

No fue despedida oficialmente. Le dieron opción de renunciar.

Lo hizo.

Ahora trabajaba seguridad privada. Turnos nocturnos en almacenes. Trabajo sin alma que pagaba renta.

Su ex-esposo había finalizado el divorcio. Se llevó todo excepto los muebles que Marta no quería de todos modos.

El apartamento se sentía más vacío ahora. Como su vida.

Marta bebió directo de la botella. Ya no se molestaba con vasos.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

Casi no contestó. Pero algo la hizo levantar.

"¿Solís?"

"Detective Solís." Voz masculina. Desconocida. "Tengo información sobre el caso Roca."

Marta se sentó derecha. "¿Quién es?"

"No importa. Lo que importa es que David Roca no trabajó solo. Ya lo sabe."

"Javier Ortiz. Ya lo estamos buscando."

"No solo Javier. Hay más. Red completa. David era solo pieza."

Marta sintió hielo en sus venas. "¿Qué red?"

"Gente en posiciones de poder. Servicios sociales. Sistema judicial. Policía incluso. Facilitando. Encubriendo."

"¿Tiene pruebas?"

"Algunas. Pero necesito protección. Si esto sale, me matan."

"¿Dónde está?"

"Madrid. Puedo viajar a Valencia con documentos. Pero necesito garantías."

"Déme su nombre. Arreglaré protección oficial."

Pausa. "Ya no es policía, detective. No puede garantizar nada."

"¿Cómo sabe eso?"

"Porque hice mi investigación. Por eso la llamo a usted. Porque no es parte del sistema ya. Porque le importa."

Marta pensó rápido. "Necesito algo concreto. No puedo ayudar sin evidencia."

"Revise muerte de Daniel Romero. Fecha. Hora. Coartada de David Roca."

"¿Qué con eso?"

"David estaba dando sesión de terapia en el instituto cuando Daniel fue asesinado. Hay registro. Estudiante confirmó cita de emergencia de última hora."

"Eso es imposible. David confesó—"

"No confesó. Su abogado nunca permitió confesión formal. Y fiscalía nunca investigó asesinato de Daniel formalmente porque fue

incluido en acuerdo."

Marta buscó su laptop. Archivos del caso todavía guardados.

Encontró timeline. David supuestamente mató a Daniel Romero a las 6 AM. Antes de ir al instituto.

Pero si tenía sesión a esa hora...

"¿Quién mató a Daniel entonces?"

"Javier Ortiz. Bajo órdenes de David. Pero David no pudo haber dado esas órdenes esa mañana. Porque ya sabía que iban a rastrearlo. Ya había planeado todo."

Marta procesó esto. "David planeó matar a Daniel semanas antes."

"Correcto. Y Javier ejecutó. Mientras David mantenía coartada perfecta."

"¿Por qué me dice esto?"

"Porque Javier no desapareció. Sigue activo. Siguió trabajando en servicios sociales bajo identidad diferente. Tiene acceso a más chicas."

Marta sintió náusea. "¿Dónde?"

"Barcelona ahora. Pero se mueve. Como David. Cada pocos años. Nuevas víctimas."

"Necesito nombre. Ubicación exacta."

"Cuando tenga protección. No antes."

"¿Cómo lo contacto?"

"Yo lo contacto. Una semana. Tenga plan para protegerme o esto muere aquí."

Llamada terminada.

Marta miró el teléfono. Rastreó número. VPN. Sin ubicación.

Revisó la información sobre Daniel Romero. Buscó registros del instituto.

Encontró. David Roca había tenido sesión de emergencia 6-7 AM día que Daniel fue asesinado.

Estudiante: Abril Mendoza.

Abril había dado coartada a David. Sin saberlo.

Marta marcó número de Abril. Buzón.

Dejó mensaje. "Abril. Soy Marta Solís. Necesito hablar contigo urgente. Sobre David. Llámame."

Abril vio el mensaje tres horas después.

No quería hablar con Marta. No quería hablar con nadie sobre David.

Había pasado seis meses intentando olvidar. Terapia dos veces por semana. Medicamentos para dormir. Para ansiedad.

Nada funcionaba realmente.

Todavía veía el sótano. Sentía las manos de David. Oía su voz.

No había vuelto al instituto. Estudios desde casa. Aislada.

Sus padres caminaban sobre cáscaras de huevo alrededor de ella. Tratándola como cristal frágil que podía romperse en cualquier momento.

No estaban equivocados.

Abril borró el mensaje sin responder.

Pero algo la molestaba. ¿Por qué Marta llamaba ahora? Meses después.

Finalmente marcó de vuelta. Contra su mejor juicio.

"Abril. Gracias por llamar."

"¿Qué quieres?"

"Necesito saber sobre sesión de emergencia con David. Día que Daniel Romero fue asesinado."

Abril sintió que el piso desaparecía. "No hubo sesión."

"¿Qué?"

"David me pidió que dijera que hubo. Dijo que necesitaba coartada para investigación interna del instituto. Algo sobre acusación falsa de estudiante."

"¿Y mentiste por él?"

"No sabía... pensé que solo estaba protegiéndose de problema laboral."

Marta maldijo. "David usó esa coartada. Para asesinato de Daniel."

Abril sintió que iba a vomitar. "No... yo no sabía..."

"No es tu culpa. Él te manipuló."

Pero Abril sabía la verdad. Había ayudado a David establecer coartada que le permitió ordenar asesinato de Daniel.

Su culpa. Indirecta pero real.

"Abril, necesito que testifiques. Que esa sesión nunca pasó. Podemos reabrir el caso."

"¿Para qué? Ya aceptó acuerdo."

"Para cargos adicionales. Conspiración para asesinar. Podríamos añadir años."

"No puedo. No puedo volver a corte. No puedo verlo."

"Abril—"

"No." Voz firme. "Ya di suficiente. Ya perdí suficiente."

Colgó.

Tiró el teléfono.

Se acostó en su cama. Temblando.

Daniel había muerto. Y Abril había ayudado sin saberlo.

Una culpa más para cargar.

Como si no tuviera suficientes.

Lucía se enteró sobre la coartada falsa por las noticias.

Investigación reabierta sobre muerte de Daniel Romero. Nuevos testigos. Posible cómplice.

La reportera mencionó que testigo había confirmado que David Roca tenía coartada el día del asesinato.

Coartada que ahora resultaba ser falsa.

Lucía apagó el televisor.

Se sentó en oscuridad.

Seis meses. Seis meses desde el rescate.

Su vida no había mejorado. Si acaso, empeoró.

No podía mantener trabajo. Ataques de pánico en lugares cerrados. Incapaz de confiar en cualquiera.

Vivía de asistencia del gobierno. Apartamento subsidiado. Terapia subsidiada.

Existencia subsidiada.

Su madre no llamaba. Su madre había seguido adelante. O intentaba.

Difícil seguir adelante cuando tu hijo está muerto y tu hija es recordatorio viviente de todo lo que perdiste.

Lucía se miró en el espejo. Había ganado peso. Ya no esqueleto.

Pero su cara seguía vacía. Ojos muertos.

Había sobrevivido.

Pero no estaba viviendo.

Solo respirando. Esperando. No sabía qué esperando.

Tal vez esperando que terminara. De alguna forma.

Su teléfono vibró. Número desconocido.

Normalmente no contestaría. Pero algo la hizo levantar.

"¿Hola?"

Silencio. Luego voz. Distorsionada. Como pasada por filtro digital.

"Hola, Lucía."

Su sangre se congeló.

"Extrañas nuestras conversaciones?"

Conocía esa voz. Incluso distorsionada.

"David."

"En persona. Bueno, en voz."

"¿Cómo... estás en prisión."

"Las prisiones tienen teléfonos. Sobornos hacen maravillas."

Lucía colgó. Manos temblando.

El teléfono sonó otra vez. Número diferente.

No contestó.

Mensaje de texto llegó.

"Puedes colgar. Puedes bloquear. No importa. Siempre encuentro forma de contactarte. Ahora. En cinco años. En diez cuando salga."

Otro mensaje.

"Nunca estarás libre de mí, Lucía. Nunca. Vives porque yo lo permito. Recuérdalo."

Foto adjunta.

Lucía tembló mientras la abría.

Era ella. Tomada hoy. Saliendo de su apartamento.

Alguien la estaba vigilando.

Último mensaje: "Él todavía está ahí afuera. Y sabe dónde estás."

Lucía dejó caer el teléfono.

Se acurrucó en esquina de su apartamento.

Como en el sótano. Posición familiar. Segura.

Lloró hasta quedarse sin lágrimas.

David tenía razón.

Nunca estaría libre.

Aunque hubiera escapado físicamente, él todavía la tenía.

Siempre la tendría.

Esa noche, tres cosas pasaron.

Marta recibió paquete anónimo. Documentos. Fotos. Evidencia de red de tráfico conectada a David y Javier.

Nombres. Ubicaciones. Víctimas.

Más grande de lo que imaginaba.

Abril recibió nota deslizada bajo su puerta.

"Lo siento por todo. No merecías nada de esto. - L"

La letra de Lucía.

Abril corrió afuera. Buscó en el pasillo. En la calle.

Lucía no estaba ahí.

Ana, todavía en hospital psiquiátrico después de segundo intento de suicidio, escribió última nota.

La dejó en su mesa de noche.

Guardó pastillas que había estado acumulando durante semanas.

Esperó a que enfermeras hicieran rondas.

Luego las tomó todas.

Esta vez nadie llegó a tiempo.

Ana Méndez murió a las 3:47 AM.

Sola. En cuarto de hospital.

Dieciséis años. Vida rota desde el principio.

Finalmente en paz.

CAPÍTULO 21

Lucía Quebrada

Marta llegó al apartamento de Lucía a las 6 AM.

La nota de Abril la había alertado. "Lucía dejó nota de despedida. No contesta teléfono. Por favor ve a buscarla."

Marta llamó a la puerta. Sin respuesta.

Llamó otra vez. Más fuerte. "Lucía. Soy Marta Solís. Abre."

Nada.

Marta probó la puerta. Cerrada.

Pateó. Madera barata. Cedió en segundo intento.

Entró.

El apartamento estaba oscuro. Cortinas cerradas. Olor a cerrado y depresión.

"¿Lucía?"

Buscó en el pequeño espacio. Un cuarto. Baño. Cocina.

Encontró a Lucía en el baño. Sentada en la bañera vacía. Mirando al vacío.

Botella vacía de pastillas en el piso.

"Mierda." Marta corrió hacia ella. "¿Lucía? ¿Cuántas tomaste?"

Lucía la miró. Ojos vidriosos. "No suficientes aparentemente."

Marta checó las pastillas. Antidepresivos. Botella completa había estado llena.

"¿Cuándo las tomaste?"

"No sé. Horas."

Marta llamó ambulancia. Luego intentó mantener a Lucía consciente.

"Mírame. Quédate despierta."

Lucía se rio débilmente. "¿Por qué? ¿Qué diferencia hace?"

"Hace diferencia."

"¿A quién? Mi mamá no me quiere. Mi hermano está muerto. Abril no puede verme sin recordar todo. Ana..." Voz quebrándose. "Ana tuvo la idea correcta."

"¿Qué de Ana?"

"Murió anoche. ¿No sabías? Lo vi en noticias. Sobredosis. Finalmente lo logró."

Marta sintió peso en su pecho. Ana había muerto.

Otra víctima. Aunque sobrevivió el cautiverio físico, no sobrevivió el después.

"Lucía, no puedes rendirte."

"Ya me rendí. Hace meses. Solo mi cuerpo no entendió el mensaje."

Paramédicos llegaron. Cargaron a Lucía en camilla.

Marta fue con ellos al hospital.

Hospital bombeó estómago de Lucía. Carbón activado. IV con fluidos.

Sobreviviría físicamente.

Psiquiátricamente fue puesta en retención involuntaria de 72 horas.

Marta esperó hasta que la estabilizaran. Luego entró a su cuarto.

Lucía estaba despierta. Mirando el techo.

"No debiste salvarme."

"No voy a disculparme por eso."

"Debiste dejarme morir."

Marta se sentó. "Sé que es difícil ahora—"

"¿Difícil?" Lucía se rio. Sonido quebrado. "Difícil es examen de matemáticas. Difícil es encontrar trabajo. Esto no es difícil. Esto es imposible."

"¿Qué es imposible?"

"Seguir viviendo. Pretender que hay punto. Que hay futuro." Lucía se volteó hacia ella. "Mi hermano tenía nueve años. Debería estar en cuarto grado. Jugando fútbol. Viendo caricaturas. Creciendo."

Lágrimas corrieron.

"Y yo estoy aquí. Rota. Inútil. Sin propósito. Él merecía vivir. Yo merecía morir."

"No digas eso."

"¿Por qué no? Es verdad. Incluso mi mamá lo piensa. Ve mi cara y ve a Daniel muerto. Preferiría que yo hubiera muerto en lugar de él."

"Eso no es cierto."

"Sí lo es. Dejó de visitarme. Dejó de llamar. Me dio este apartamento y suficiente dinero para rentar y básicamente dijo 'vive tu vida. Lejos de mí.'"

Lucía cerró los ojos.

"David ganó. Aunque está en prisión. Aunque me rescataron. Ganó. Porque destruyó todo lo que era yo. Y lo que dejó no vale la pena salvar."

Marta no tenía respuesta.

Porque Lucía tenía razón en algo. David había ganado.

No matándola. Matándola hubiera sido piadoso.

Dejándola viva pero destruida era victoria real.

Lucía pasó tres días en retención psiquiátrica.

Evaluada por doctores. Declarada no apta para vivir sola.

Opciones: cuidado institucional a largo plazo o familia.

Carmen Romero fue contactada.

Vino al hospital. Habló con doctores.

"No puedo llevarla a casa. No puedo... no puedo mirarla todos los días."

El doctor entendió. "Hay facilidades—"

"Hagan lo que sea necesario."

Carmen firmó papeles. Lucía fue transferida a institución psiquiátrica.

No se despidieron. Carmen no entró a ver a Lucía antes de irse.

Solo firmó y se fue.

Lucía fue movida dos días después. Facilidad a las afueras de la ciudad.

Cuarto pequeño. Cama. Escritorio. Ventana con vista a jardín institucional.

Terapia diaria. Medicamentos. Rutina estricta.

Otros pacientes con sus propios traumas. Algunos hablaban. Otros no.

Lucía no hablaba mucho.

Solo existía. Tomaba pastillas. Iba a sesiones. Comía cuando le decían.

Autómata.

Funcionaba pero no vivía.

Un mes después de su admisión, Lucía tuvo visita.

Abril.

Habían pasado tres meses desde que se vieron.

Abril se veía mejor. Había ganado peso. Cabello crecido. Algo de vida en sus ojos.

Se sentó frente a Lucía en sala de visitas.

"Hola."

"Hola."

Silencio incómodo.

"Vi tu nota," dijo Abril finalmente. "La que dejaste."

"No debí haberlo hecho. Solo te preocupé."

"Claro que me preocupaste. Te amo."

Lucía miró sus manos. "No me amas. Amas quien era yo. Esa persona murió en el sótano de David."

"No es cierto."

"Sí lo es. Mírame. No soy Lucía. Soy... cascara. Eco. Lo que David dejó."

Abril tomó su mano. "Eres Lucía. Estás herida. Pero sigues siendo tú."

Lucía retiró su mano. "No puedo hacer esto."

"¿Hacer qué?"

"Esto. Nosotras. Pretender que podemos tener algo normal."

"No tiene que ser normal. Solo tiene que ser real."

"No es real. Nada es real. Solo..." Lucía buscó palabras. "Solo sobrevivo. Día a día. Y algunos días ni siquiera quiero hacer eso."

"Entonces déjame ayudarte."

"No puedes ayudar. Nadie puede."

Abril sintió lágrimas. "Vine por ti. Casi muero por ti. ¿Eso no significa nada?"

"Significa todo. Y nada." Lucía finalmente la miró. "Te amo. Nunca dejaré de amarte. Pero ese amor está envenenado ahora. Mezclado con dolor y trauma y pérdida. No puedo separarlo. No puedo sentir amor sin sentir todo lo demás."

"Entonces sentimos todo. Juntas."

"No quiero que cargues eso. Ya cargaste suficiente."

"Déjame decidir qué cargo."

Lucía se paró. "Necesito que te vayas."

"Lucía—"

"Por favor. Esto es demasiado."

Abril se paró también. "Voy a volver. No me rendiré contigo."

"Deberías."

Abril salió. Llorando.

Lucía volvió a su cuarto. Se acostó en la cama.

Miró el techo.

Había empujado a Abril. Intencionalmente.

Porque Abril merecía mejor. Merecía alguien que pudiera amarla sin cargar todo este peso.

Alguien que no estuviera rota irreparablemente.

Lucía cerró los ojos.

Daniel estaba muerto. Ana estaba muerta.

Ella estaba técnicamente viva.

Pero apenas.

Y cada día que pasaba, la línea entre viva y muerta se volvía más borrosa.

CAPÍTULO 22

Ana y Abril

Dos años después del rescate.

Abril Mendoza cumplió dieciocho años en terapia.

Su terapeuta le dio cupcake. Pequeña celebración.

"¿Cómo te sientes?"

"Vieja."

"Dieciocho no es viejo."

"Se siente así."

Abril había logrado cosas en dos años. Terminó preparatoria con estudios desde casa. Aceptada en universidad local. Empezaría en otoño.

Progreso medible.

Pero internamente seguía rota.

Pesadillas cada noche. Ataques de pánico en lugares cerrados. Incapacidad de confiar en cualquiera.

Había intentado salir con alguien una vez. Chica de grupo de terapia.

Duró tres semanas. Abril tuvo flashback durante momento íntimo.

Se desmoronó. Asustó a la chica.

No volvieron a salir.

Abril aceptó que tal vez relaciones no eran para ella. No ahora. Tal vez nunca.

"¿Has visitado a Lucía?" preguntó la terapeuta.

"Ella no quiere verme."

"¿Lo sabes o asumes?"

"Lo sé. Me lo dijo."

Abril había intentado visitar mensualmente el primer año. Lucía la rechazaba cada vez.

"No puedes ayudarme. Deja de intentarlo."

Eventualmente Abril dejó de ir. Duele demasiado ser rechazada por persona que amas.

"¿Y Ana?" preguntó la terapeuta.

Abril miró hacia abajo. "Ana murió. Hace dos años."

"Lo sé. Pero ¿has procesado eso?"

"¿Qué hay que procesar? Se mató. Porque no podía vivir con el trauma."

"¿Y cómo te hace sentir eso?"

"Como que tomó decisión correcta tal vez."

La terapeuta hizo nota. "¿Has pensado en suicidio recientemente?"

"No más de lo usual."

"¿Qué es usual?"

"Todos los días. Pero no lo haré. No le daría a David esa satisfacción."

Verdad parcial. Abril pensaba en suicidio. Planeaba a veces. Pero nunca ejecutaba.

Porque sabía que si moría, David realmente ganaría.

Y no podía darle eso.

Ana había dejado nota antes de morir.

Marta la tenía. Evidencia en caso cerrado.

Pero la había leído. Muchas veces.

"A quien le importe (probablemente nadie):

No culpen a nadie. Esto fue decisión mía. Única decisión que tuve control real.

Mi padrastro me rompió cuando era niña. El sistema terminó el trabajo. David solo aprovechó lo que ya estaba destruido.

He intentado vivir. Intenté terapia. Medicamentos. Rutina. Nada ayuda.

Cierro los ojos y estoy de vuelta en el sótano. En la casa de mi padrastro. En todas las camas de extraños que me acogieron porque el estado dijo que eran seguros.

Nunca estuve segura. Nunca estaré segura.

Lucía y Abril sobrevivieron. Me alegro por ellas. Pero yo no puedo.

No soy lo suficientemente fuerte. O tal vez soy lo suficientemente fuerte para admitir que no quiero hacer esto más.

De todos modos, se termina ahora.

Espero que haya algo después. Algo mejor. Pero si no hay nada, al menos hay paz.

- Ana"

Marta había llorado leyéndola.

Ana tenía dieciséis años. Vida completa por delante supuestamente.

Pero no había vida. Solo supervivencia. Y supervivencia no era suficiente.

Nadie vino al funeral. Marta organizó uno de todos modos.

Cremación simple. Urna enterrada en cementerio público.

Lápida que decía: "Ana Méndez. 2007-2024. Finalmente descansa."

Marta visitaba a veces. Dejaba flores.

Única persona que lo hacía.

Presente.

Marta trabajaba caso privado ahora. Investigadora independiente.

Casos pequeños principalmente. Infidelidades. Personas desaparecidas. Fraude de seguros.

Pagaba facturas.

Pero el caso Roca nunca la dejó.

La evidencia que había recibido dos años atrás—documentos sobre red de tráfico—seguía en su escritorio.

Había intentado llevarla a autoridades. Fueron rechazadas.

"Sin testigos vivos. Sin evidencia corroborativa. Es solo teoría conspirativa."

Marta sabía que no era teoría. Era real.

Javier Ortiz seguía libre. Otros también.

Red operando. Chicas desapareciendo.

Pero sin placa, sin recursos, Marta no podía hacer mucho.

Excepto documentar. Buscar. Esperar oportunidad.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

"¿Solís?"

"Detective Solís." La voz del informante de dos años atrás. "¿Recuerda nuestra conversación?"

"Cada palabra."

"Estoy listo para hablar. Con protección adecuada."

"Ya no puedo garantizar eso. No soy policía."

"Lo sé. Pero tiene contactos. Puede hacer que escuchen."

"¿Qué cambió?"

"Javier. Se está volviendo descuidado. Tomó otra chica. Esta tiene familia con dinero. Con conexiones. No van a dejarlo ir."

Marta tomó notas. "¿Dónde?"

"Barcelona. Pero se va a mover pronto. Tiene dos semanas máximo."

"Necesito ubicación exacta."

"Primero protección. Para mí y mi familia."

"Trabajaré en ello. Llame en tres días."

"Tres días. O la chica muere. Y Javier desaparece otra vez."

Llamada terminada.

Marta miró el teléfono.

Tres días para conseguir protección oficial sin placa ni autoridad.

Imposible por canales normales.

Tendría que ir por fuera del sistema.

Abril recibió llamada de Marta esa noche.

"Necesito tu ayuda."

"¿Con qué?"

"Javier Ortiz. Tengo ubicación. Pero necesito testigo dispuesto a testificar para conseguir orden."

"Ya testifiqué todo lo que sé."

"Necesito que hables con prensa. Hagas ruido. Presiones al sistema para que actúe."

Abril sintió pánico subiendo. "No puedo hacer eso. No puedo... no puedo ser pública con esto."

"Javier tiene otra chica. Si no hacemos algo, muere."

"Entonces ve a la policía."

"Ya lo hice. Me ignoraron."

"No es mi problema."

"Sí lo es. Porque si no detenemos a Javier ahora, seguirá. Más chicas. Más Anas. Más Lucías."

Abril cerró los ojos. "No puedo. Lo siento."

Colgó.

Se sentó en oscuridad.

Otra chica. Otra víctima.

Abril podía ayudar. Pero significaría exponerse. Contar su historia públicamente.

Revivir todo otra vez.

No podía. No valía la pena.

Excepto...

Pensó en Ana. En su nota final.

Pensó en Lucía. Encerrada en institución psiquiátrica.

Pensó en chica que no conocía. Cautiva en algún lugar. Esperando rescate.

Abril agarró su teléfono. Llamó a Marta de vuelta.

"Lo haré. Pero tiene que valer la pena."

"Lo valdrá. Te lo prometo."

Abril esperó que fuera verdad.

Porque si hacía esto—si se exponía públicamente—no habría vuelta atrás.

Su trauma se volvería público. Su historia. Su dolor.

Todo por posibilidad de salvar a extraña.

Tal vez no valía la pena.

O tal vez era única forma de que algo de esto tuviera sentido.

CAPÍTULO 23

El Pacto del Silencio

Abril dio entrevista a periódico local tres días después.

Periodista joven. Amable. Prometió sensibilidad.

"Solo cuenta lo que te sientas cómoda compartiendo."

Abril contó todo. El secuestro de Lucía. Su investigación privada. El sótano. David. El rescate.

Y Javier Ortiz. El cómplice que nunca fue capturado.

"¿Crees que sigue activo?"

"Sé que lo está. Y nadie hace nada."

El artículo salió dos días después. Primera página.

"Sobreviviente de Secuestro Habla: El Cómplice Que Escapó"

Foto de Abril. Mirando directo a cámara. Sin esconderse.

La historia se volvió viral localmente. Luego nacionalmente.

Otros medios la contactaron. Abril dio más entrevistas. Cada una más difícil que la anterior.

Revivir trauma públicamente era diferente a terapia privada.

Más expuesto. Más vulnerable.

Pero funcionó.

Presión pública creció. "¿Por qué Javier Ortiz no ha sido arrestado?"

Policía se vio forzada a responder. "Estamos investigando activamente."

Marta recibió llamada del informante.

"Funcionó. Tienen protección aprobada para mí. Estoy listo para hablar."

"¿Ubicación de Javier?"

"Barcelona. Almacén en zona industrial. Igual que David. Mismo patrón."

Marta pasó información a policía de Barcelona.

Raid ejecutado tres días después.

Encontraron a Javier Ortiz. Y a la chica. Viva. Cautiva tres semanas.

También encontraron documentos. Computadoras. Evidencia de red más grande.

Nombres. Ubicaciones. Otras víctimas.

El caso explotó.

Javier fue arrestado. Sin posibilidad de fianza.

Su abogado intentó mismo juego que David. Tecnicismos. Evidencia contaminada.

Pero esta vez fiscal estaba preparado. Raid ejecutado correctamente. Orden judicial sólida.

Caso hermético.

Javier aceptó acuerdo. Treinta años. Sin libertad condicional.

A cambio, dio nombres. Todo. Completa cooperación.

Red se desmanteló. Diecisiete arrestos en seis meses.

Trabajadores sociales. Oficiales de policía. Jueces. Sistema podrido desde adentro.

Abril vio noticias desde su apartamento.

Se sentía... vacía. No victoriosa. Solo cansada.

Había ayudado. Javier estaba en prisión. La red desmantelada.

Pero Ana seguía muerta. Lucía seguía rota. Daniel seguía en tumba.

Nada de esto los traía de vuelta.

Marta visitó a Abril una semana después del arresto de Javier.

"Hiciste lo correcto. Salvaste a esa chica. Y probablemente a docenas más."

"No se siente como victoria."

"Nunca lo hace. Pero es algo."

Abril asintió. "¿Y ahora qué?"

"Ahora intentamos vivir. Lo mejor que podamos."

"No sé cómo hacer eso."

"Yo tampoco. Pero seguimos intentando."

Marta se fue.

Abril se quedó sola en su apartamento.

Universidad empezaba en dos semanas. Nueva vida supuestamente.

Pero Abril sabía la verdad. No había nueva vida. Solo versión diferente de la misma existencia quebrada.

Cargando trauma como peso permanente.

Aprendiendo a vivir con él. No superarlo. Solo... existir alrededor de él.

David Roca vio las noticias desde prisión.

Javier arrestado. Red desmantelada. Todo desmoronándose.

Sonrió.

No le importaba realmente. Javier era peón. La red era herramienta. Prescindibles.

David tenía lo que quería. Poder. Control. Incluso desde prisión.

Todavía contactaba a Lucía ocasionalmente. Mensajes a través de terceros. Cartas que esquivaban censura.

Recordándole. "Nunca estarás libre."

Y tenía razón.

Lucía vivía en institución. Medicada. Monitoreada. Controlada por doctores ahora en lugar de David.

Pero seguía controlada. Seguía cautiva.

Solo diferente tipo de sótano.

David cumpliría su sentencia. Eventualmente saldría. Todavía joven. Capaz de empezar de nuevo.

Mientras Lucía nunca empezaría nada.

Mientras Ana estaba muerta.

Mientras Abril cargaba culpa y trauma que nunca la dejarían.

David había perdido su libertad.

Pero había ganado algo más permanente.

Había destruido vidas completamente. Dejado cicatrices que nunca sanarían.

Eso era victoria real.

Y nadie podía quitarle eso.

CAPÍTULO 24

Lucía y Abril (Dos Años Después)

Dos años después del arresto de Javier.

Cuatro años después del rescate.

Lucía cumplió veintiún años en institución psiquiátrica.

No hubo celebración. Solo rutina usual. Pastillas. Terapia. Comida institucional.

Su doctora vino a verla esa tarde.

"Lucía, hemos estado revisando tu caso. El equipo cree que estás lista para programa de vida asistida."

Lucía miró por la ventana. "¿Qué es eso?"

"Apartamento supervisado. Visitas regulares de trabajadora social. Sigues en terapia pero vives semi-independiente."

"No quiero."

"¿Por qué no?"

"Porque aquí es seguro. Controlado. Afuera es... demasiado."

"Afuera es vida, Lucía."

"No quiero vida. Solo quiero... nada."

La doctora suspiró. "No puedes quedarte aquí para siempre."

"¿Por qué no?"

"Porque no necesitas este nivel de cuidado ya. Estás estable. Funcional."

"Funcional," repitió Lucía. "Qué palabra."

La doctora dejó papeles. "Piénsalo. Tienes dos semanas para decidir."

Se fue.

Lucía miró los papeles. Programa de vida asistida. Reintegración a sociedad.

Palabras bonitas para empujarla fuera de único lugar donde se sentía... no segura. Pero contenida.

Afuera había gente. Responsabilidades. Futuro.

Lucía no quería futuro. Solo quería existir sin decidir nada.

Pero no le darían esa opción.

Abril estaba en tercer año de universidad.

Estudiando psicología. Irónico tal vez. O apropiado.

Entendía trauma mejor que nadie. Podría ayudar a otros eventualmente.

Si primero se ayudaba a sí misma.

Sus calificaciones eran buenas. Asistencia perfecta. Participaba en clase.

Desde afuera parecía estudiante exitosa.

Desde adentro seguía rota.

Vivía sola. Sin compañeros de cuarto. No podía manejar intimidad de espacio compartido.

Salía con alguien ocasionalmente. Nunca duraba.

Primera cita: bien. Segunda: tensa. Tercera: Abril encontraba excusa para terminar.

Intimidad emocional era imposible. Intimidad física peor.

Había aceptado que probablemente estaría sola permanentemente.

No era castigo. Solo realidad.

Lucía fue movida a programa de vida asistida tres semanas después.

Apartamento pequeño. Un cuarto. Cocina básica. Baño.

Trabajadora social visitaba tres veces por semana. Terapeuta dos veces.

"¿Cómo te estás adaptando?"

"Estoy aquí."

"Eso no responde la pregunta."

Lucía se encogió de hombros. Adaptarse implicaba intentar. Ella solo existía.

Tomaba pastillas. Iba a citas. Comía cuando recordaba.

No salía mucho. Supermercado una vez por semana. Farmacia cuando necesitaba.

Resto del tiempo en apartamento. Mirando televisión sin ver realmente. Durmiendo demasiado. Despertando de pesadillas.

Rutina diferente pero mismo vacío.

Carmen Romero nunca llamó.

Lucía había dejado de esperar. Aceptado que su madre la había abandonado emocionalmente.

No la culpaba. Entendía.

Cada vez que Carmen la veía, veía a Daniel. Recordaba lo que perdió.

Más fácil no verla en absoluto.

Lucía vivió con eso. Como vivía con todo. Soportando. No procesando.

Abril vio en redes sociales que Lucía estaba en programa de vida asistida.

Publicación de organización de salud mental. Historias de éxito. Lucía fotografiada desde atrás en su nuevo apartamento.

"Sobreviviente de trauma reconstruye su vida."

Abril sabía que era mentira. O al menos verdad parcial.

Lucía estaba viva. Pero no viviendo.

Abril pensó en contactarla. Había pasado cuatro años.

Tal vez Lucía estaba lista ahora. Tal vez podían... algo.

Marcó número de la institución. Preguntó cómo contactar a Lucía.

"Lo siento. Información de pacientes es confidencial."

"Soy Abril Mendoza. Estuve... estábamos juntas en..."

"Entiendo quién es. Pero no puedo dar información sin permiso de Lucía."

"¿Puede preguntarle? Si quiere hablar conmigo."

Pausa. "Dejaré mensaje con su terapeuta."

Abril esperó. Una semana. Dos. Tres.

Sin respuesta.

Mensaje era claro. Lucía no quería contacto.

Abril lo aceptó. Dolió. Pero lo aceptó.

Seis meses en programa de vida asistida.

Lucía recibió mensaje de su terapeuta.

"Abril Mendoza quiere contactarte. ¿Estás interesada?"

Lucía miró el mensaje por largo tiempo.

Abril. La chica que amó. Que vino por ella. Que casi murió por ella.

Lucía todavía la amaba. Nunca dejó de amarla.

Pero amor estaba mezclado con dolor. Ver a Abril significaba recordar todo.

El sótano. David. Daniel. Ana.

Todo.

Lucía escribió respuesta.

"No. Dile que siga adelante. Que viva su vida. Que me olvide."

Envió antes de poder arrepentirse.

Lloró después. Pero decisión estaba tomada.

Abril merecía mejor. Merecía alguien que pudiera amarla sin cargar todo este peso muerto.

Lucía no podía ser esa persona.

Probablemente nunca podría.

Abril recibió respuesta a través de la terapeuta.

"Lucía no está lista para contacto. Pide que respetes su espacio."

Abril leyó el mensaje tres veces.

Luego borró el número. Borró emails viejos. Fotos.

No por enojo. Por supervivencia.

Si Lucía no quería contacto, Abril tenía que seguir adelante.

No había otra opción.

Enterrar el amor. Guardar los recuerdos. Vivir hacia adelante.

O al menos intentar.

Un año después.

Abril se graduó de universidad. Título en psicología.

Sus padres asistieron. Orgullosos. Aliviados de que hubiera logrado algo normal.

"¿Qué sigue?" preguntó su madre.

"Maestría. Eventualmente práctica clínica."

"Estamos orgullosos de ti."

Abril sonrió. "Gracias."

Pero por dentro sentía vacío. Había logrado cosas. Pero ¿para qué?

No había nadie con quien compartir. No había futuro que imaginaba con felicidad.

Solo existencia. Funcional pero hueca.

Lucía seguía en programa de vida asistida.

Dos años ahora. Estable. Funcional. Esas palabras otra vez.

Su terapeuta sugirió empleo de medio tiempo. "Estructura. Propósito."

Lucía consiguió trabajo en biblioteca. Organizando libros. Mínima interacción humana.

Perfecto para ella.

Trabajaba tres días por semana. Ganaba suficiente para complementar asistencia del gobierno.

Rutina. Estabilidad.

Pero no felicidad. Lucía había aceptado que felicidad no era para ella.

Solo existencia menos miserable.

Eso tendría que ser suficiente.

David Roca cumplió cinco años de sentencia.

Elegible para libertad condicional.

Audiencia programada.

Lucía recibió notificación. Podía asistir. Dar declaración de impacto de víctima.

Decidió no ir.

Ver a David significaría darle poder otra vez. Probar que todavía la afectaba.

No le daría esa satisfacción.

Abril recibió misma notificación. Decidió asistir.

"Necesito verlo. Ver que está encerrado."

Fue sola. Se sentó en sala de audiencias.

David entró. Con esposas. Uniforme de prisión.

Se veía mayor. Cinco años habían dejado marca.

Pero sus ojos. Todavía fríos. Calculadores.

Miró a Abril. Sonrió.

Pequeña sonrisa. Conociendo.

Abril sintió hielo en su columna.

La audiencia procedió. David hablaba. Arrepentimiento performativo. Rehabilitación.

"He usado mi tiempo aquí para reflexionar. Entender el daño que causé. Estoy diferente ahora."

Mentiras. Todo mentiras.

Junta de libertad condicional deliberó.

Decisión: denegada. "Vuelva a aplicar en dos años."

David fue llevado afuera.

Abril salió de la sala. Temblando.

Marta la esperaba afuera. Había venido también.

"¿Estás bien?"

"No. Pero estaré bien eventualmente."

Mentira. Pero necesaria.

Dos años después, David aplicó otra vez.

Esta vez Lucía asistió. Necesitaba enfrentarlo.

Se sentó en sala. Esperó.

David entró. La vio. Algo cruzó su cara. Sorpresa tal vez.

Lucía miró directo a él. Sin parpadear.

Durante la audiencia, dio declaración.

"David Roca destruyó mi vida. Mató a mi hermano. Me mantuvo cautiva seis meses. Incluso ahora, cuatro años después, vivo con consecuencias."

Voz firme. Sin lágrimas.

"Si lo liberan, lo hará otra vez. Tal vez no inmediatamente. Pero eventualmente. Porque no está rehabilitado. Solo es mejor mintiendo."

Se sentó.

David no la miró otra vez.

Junta deliberó. Decisión: denegada otra vez.

"Vuelva en dos años."

Lucía salió. Vio a Abril en pasillo.

Sus ojos se encontraron. Por primera vez en años.

Abril abrió la boca. Para decir algo. Cualquier cosa.

Lucía sacudió la cabeza. Pequeño gesto.

Se fue sin hablar.

Abril la vio irse.

Última vez que se vieron.

CAPÍTULO 25

Nadie La Busca. Nadie La Oye.

Diez años después del rescate.

Abril Méndez tenía veintiocho años. Doctora en psicología clínica. Especialización en trauma y PTSD.

Consultorio privado. Pacientes que confiaban en ella. Vida construida desde ruinas.

Desde afuera, historia de éxito. Sobreviviente que se convirtió en sanadora.

Desde adentro, todavía luchaba. Cada. Día.

Pesadillas menos frecuentes pero no desaparecidas. Relaciones que empezaban y terminaban. Incapacidad de intimidad verdadera.

Había aceptado su realidad. Soledad permanente no era castigo. Era supervivencia.

Vivía sola. Trabajo llenaba sus días. Terapia propia llenaba sus noches.

Existencia funcional. Nada más. Nada menos.

Lucía Romero tenía veintiocho años. Trabajaba en biblioteca todavía. Mismo trabajo. Diez años.

Vivía en mismo apartamento de programa de vida asistida. Aunque ya no necesitaba supervisión oficialmente.

No había razón para moverse. Este espacio era conocido. Seguro en su familiaridad.

Terapia redujo a una vez al mes. Medicamentos estables. Rutina establecida.

Despertaba. Trabajaba. Volvía a casa. Dormía. Repetía.

Sin amigos. Sin familia. Sin conexiones significativas.

Su madre había muerto dos años atrás. Cáncer. Lucía asistió al funeral. Parada en la parte de atrás. Invisible.

No lloró. Había llorado suficiente hace años. No quedaban lágrimas.

Carmen fue enterrada junto a Daniel. Familia reunida en muerte. Lucía excluida incluso en eso.

Estaba bien. Lucía había dejado de pertenecer a esa familia hace mucho.

Marta Solís tenía cincuenta y dos años. Todavía investigadora privada.

El trabajo era inconsistente. Pagaba facturas. Nada más.

Vivía sola. Nunca se volvió a casar. Nunca intentó realmente.

La botella seguía siendo compañera constante. Menos que antes. Pero presente.

Algunos casos la mantenían despierta por la noche. Otros pagaban renta.

El caso Roca todavía vivía en su escritorio. Archivo que nunca cerró emocionalmente.

Incluso con Javier en prisión. Red desmantelada. Justicia servida técnicamente.

No se sentía como cierre.

Solo como pausa.

David Roca fue liberado en libertad condicional a los cuarenta y nueve años.

Doce años cumplidos. Comportamiento ejemplar. Rehabilitación demostrada.

Junta aprobó su liberación con restricciones. Monitoreo de tobillo. Terapia obligatoria. Prohibición de contacto con víctimas.

Salió de prisión un martes gris.

Sin familia esperándolo. Sin amigos.

Hogar de transición le dio cuarto. Trabajo en almacén organizado por su oficial de libertad condicional.

David aceptó todo con humildad performativa. "Agradezco la oportunidad de empezar de nuevo."

Pero sus ojos. Todavía fríos. Calculadores.

Esperando.

Tres meses después de su liberación.

Lucía vio noticia por casualidad. Televisión en sala de descanso de la biblioteca.

"David Roca, condenado por secuestro múltiple, liberado en libertad condicional."

Foto de David saliendo de prisión. Mayor. Pelo canoso. Pero inequívocamente él.

Libre.

Lucía se quedó quieta. Mirando la pantalla hasta que cambió a otra noticia.

Luego volvió a trabajar. Organizando libros. Manos temblando apenas.

Esa noche en su apartamento, Lucía se sentó en oscuridad.

David estaba libre. Caminando por las mismas calles. Respirando mismo aire.

Después de todo—seis meses de cautiverio, hermano asesinado, vida destruida—estaba libre.

Lucía cerró los ojos.

Había sabido que este día vendría eventualmente. Se había preparado.

Pero preparación no era lo mismo que aceptación.

Abril también vio la noticia.

Paciente la canceló ese día. Abril encendió televisión durante tiempo muerto.

Ahí estaba. David. Libre.

Abril sintió náusea subiendo.

Marcó número de Marta. Primero vez en años.

"¿Viste?"

"Sí." Voz de Marta sonaba cansada. Derrotada.

"¿Qué hacemos?"

"Nada. No hay nada que hacer. Cumplió sentencia. Tiene derecho a libertad condicional."

"¿Y si vuelve a hacerlo?"

"Está monitoreado. Si viola términos, vuelve adentro."

"Eso no detiene a nadie realmente."

"Lo sé."

Silencio.

"¿Has hablado con Lucía?" preguntó Marta.

"No en diez años."

"Tal vez deberías. Esto va a afectarla."

"No quiere saber de mí. Lo dejó claro."

"Diez años es mucho tiempo. La gente cambia."

Abril lo dudaba. Pero tal vez Marta tenía razón.

Buscó información de contacto. Eventualmente encontró dirección de trabajo de Lucía. La biblioteca.

Fue al día siguiente.

Biblioteca estaba tranquila. Media tarde de miércoles.

Abril entró. Buscó. Encontró a Lucía organizando libros en sección de historia.

Se veía... igual. Delgada todavía. Pálida. Pero viva.

Abril se acercó. "¿Lucía?"

Lucía se volteó. Reconocimiento inmediato. Luego algo parecido a dolor.

"Abril."

"Hola."

Silencio incómodo.

"Vi la noticia," dijo Abril. "Sobre David."

"Yo también."

"¿Estás... cómo estás?"

Lucía miró sus manos. "Igual que siempre. Existiendo."

"¿Quieres hablar? ¿Café?"

"No puedo. Estoy trabajando."

"Después de tu turno."

Lucía dudó. Luego asintió. "Termino a las cinco."

Se sentaron en café cerca de la biblioteca.

Diez años. Diez años desde que se vieron.

Lucía se veía mayor. Cansada. Pero algo en sus ojos era diferente. Más presente. Menos muerta.

"¿Cómo has estado?" preguntó Abril.

"Sobreviviendo. Trabajando. Viviendo rutina." Lucía tomó café. "¿Y tú?"

"Similar. Trabajo. Terapia. Existencia."

"Leí sobre ti. Doctora ahora. Ayudando a otros."

"Intentando."

Silencio.

"¿Por qué viniste?" preguntó Lucía.

"Porque David está libre. Y pensé... pensé que tal vez necesitabas saber que no estás sola."

"He estado sola diez años. Estoy acostumbrada."

"No tenías que estarlo."

Lucía miró por la ventana. "Sí tenía. Necesitaba distancia. De todo. De todos. Especialmente de ti."

"¿Por qué especialmente de mí?"

"Porque mirar era recordar todo. El sótano. El miedo. Lo que perdimos." Lucía se volvió hacia ella. "Y porque te amaba. Todavía te amo probablemente. Pero ese amor está contaminado con trauma. No puedo separarlo."

"Entonces no lo separamos. Vivimos con ambos."

"No quiero que vivas con mi trauma. Ya tienes suficiente propio."

Abril tomó su mano a través de la mesa. Lucía no la retiró.

"Diez años," dijo Abril. "Diez años de terapia. De intentar procesar. Y sabes qué aprendí?"

"¿Qué?"

"Que trauma no desaparece. Solo aprendemos a vivir alrededor. Y es más fácil con alguien que entiende."

Lucía cerró los ojos. Lágrimas silenciosas.

"Extrañé tanto. Cada día. Pero tenía tanto miedo."

"Lo sé."

Se quedaron así. Manos conectadas a través de mesa. Dos sobrevivientes. Dos vidas rotas.

No era reconciliación romántica. No era final feliz.

Solo dos personas decidiendo que tal vez existir juntas era mejor que existir solas.

Tal vez.

David vio desde otro café. Al otro lado de la calle.

Había seguido a Abril desde su consultorio. Curiosidad. Control.

Vio la reunión. Las lágrimas. Las manos conectadas.

Sonrió.

Todavía tenía poder sobre ellas. Incluso ahora. Incluso libre.

Vivían sus vidas con su sombra. Siempre lo harían.

David pagó su café. Se fue.

Monitor de tobillo rastreando cada movimiento. Oficial de libertad condicional revisando cada ubicación.

Pero David era paciente. Siempre lo había sido.

Esperaría. Encontraría formas alrededor de restricciones.

Y eventualmente... bueno.

Siempre había más chicas.

Siempre había más sótanos.

Solo cuestión de tiempo.

En otra ciudad. Barcelona.

Adolescente caminaba a casa del instituto. Sola. Audífonos puestos.

No notó auto deteniéndose.

No notó hombre saliendo.

Solo sintió mano en su hombro.

Se volteó. Vio sonrisa amable. Credencial de servicios sociales.

"Hola. ¿Eres Sofía Martínez? Tu madre pidió que te recogiera. Emergencia familiar."

La chica dudó. "¿Qué emergencia?"

"Tu madre puede explicar. Pero necesitamos ir ahora."

Otra duda. Pero el hombre parecía oficial. Tenía credencial.

Subió al auto.

Error fatal.

Una semana después. Sofía fue reportada desaparecida.

Familia desesperada. Policía investigando.

Pero sin pistas. Sin testigos. Sin cámaras útiles.

Como si hubiera desaparecido en aire.

Archivo abierto. Búsqueda activa por 48 horas.

Luego búsqueda rutinaria.

Luego caso frío.

Otra chica. Otra desaparición. Otra familia destruida.

El ciclo continuaba.

Lucía y Abril empezaron a verse regularmente. Café semanal. Conversaciones cuidadosas.

Reconstruyendo conexión lentamente. Sin romance. Sin presión. Solo... compañía.

Dos sobrevivientes navegando existencia juntas.

No era curación. No era cierre.

Solo era menos solitario.

Un mes después de reconectarse, Lucía recibió mensaje.

Número desconocido. Foto adjunta.

Abrió sin pensar.

Era ella y Abril. En el café. Tomada desde afuera.

Mensaje debajo: "Lindas juntas. Como antes. Algunos ciclos nunca terminan."

Lucía dejó caer el teléfono.

David.

Todavía mirando. Todavía controlando.

Aunque libre. Aunque monitoreado.

Encontró forma de llegar a ella.

Lucía se acurrucó en esquina de su apartamento.

Posición familiar. De años atrás.

Nunca estaría libre. David tenía razón. Siempre la tendría.

Física o psicológicamente. No importaba.

Cautiva para siempre.

En algún lugar de España.

Puerta de sótano cerrada.

Candado trabándose.

Chica dentro gritando.

Nadie la busca. No todavía.

Familia cree que se fue con amiga. Amiga cree que está en casa.

Pasarán horas antes de que noten.

Días antes de que tomen en serio.

Semanas antes de que caso se enfríe.

La chica grita hasta que voz se rompe.

Nadie la oye.

Las paredes son gruesas. El sótano está insonorizado.

Como todos los demás.

El ciclo continúa.

Siempre continúa.

Porque hay chicas que nadie busca. Nadie oye. Nadie extraña.

Hasta que es demasiado tarde.

Y para entonces, ya son fantasmas.
